

DISCURSO
SOBRE LOS DEBERES,
QUALIDADES Y CONOCIMIÉNTOS
DEL MEDICO,

CON EL METODO DE SUS ESTUDIOS.

*POR EL DOCTOR JUAN GREGORY,
Médico del Rey de la Gran Bretaña, y
Profesor de Medicina en la Universidad
de Edimburgo &c.*

TRADUCIDO DE LA EDICION FRANCESA.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL
AÑO DE 1803.

*Se hallará en Madrid en la librería
de Gomez Fuentenebro, calle de las
Carretas.*



DISCURSO PRIMERO.

Utilidad y dignidad de la Medicina. = Razones que muchas veces han dado motivo á las sátiras burlescas contra los Médicos. = Qualidades necesarias para formar un Médico. = La Medicina ofrece ocasiones en que exercitar el ingenio, y servir á la humanidad. = Exámen de los deberes y qualidades del Médico. = Division de esta materia. = Ingenio, conocimientos y carácter que convienen al Médico. = Dificultades que acompañan á la profesion. = Necesidad de dominarse á sí mismo, de tener presencia de ánimo, y firmeza en las resoluciones. = Qualidades morales. = Humanidad, afabilidad y política; indulgencia y amabilidad, particularmente para con los enfermos que

padecen enfermedades nerviosas. = Diferencia singular entre la conducta ordinaria de un Médico al principio de su práctica, y despues de estar mas exercitado en ella. = Obligaciones de ser prudente, callado y honesto. = Temperancia, sobriedad, candor. = Docilidad en las disputas; no ha de ser obstinado en sus opiniones.

El objeto que debo proponerme para cumplir con la obligacion que me impone el lugar que tengo el honor de ocupar en esta Universidad, es explicar la *Medicina práctica*, por la qual entiendo el arte de conservar la salud, de prolongar la vida, y de curar las enfermedades: arte tan extensa como importante, para cuya completa inteligencia son indispensables otros muchos conocimientos que se suponen ya anteriormente adquiridos con el estudio de los diferentes ramos auxiliares.

Pero antes de entrar en esta materia expondré primero, para no apartarme del uso recibido, algunas lecciones preliminares, que sin pertenecer especialmente á mi asunto, merecen sin embargo la atencion de cualquiera que se destina á la práctica de la Medicina. Me parece superfluo detenerme en probar la dignidad y utilidad de este arte, y en particular en la última, de que nadie ha dudado seriamente hasta ahora; ¿pues que enfermo no confesará con reconocimiento la utilidad de un arte que le alivia, le consuela en los males y dolores que le afligen? En efecto, poner en problema si la Medicina hace generalmente mas bien que mal al género humano, es lo mismo que querer disputar si la razon, por que los hombres la pervierten tan frecüentemente, contribuye en realidad á hacernos la vida mas ó menos feliz; si un temperamento vigoroso y fuerte con abundantes bienes de fortuna es un

bien ó un mal para el que los disfruta; si las artes y las ciencias nos han sido mas ventajosas que perjudiciales. Semejantes questões pueden servir para abrir campo á la eloqüencia, y hacer ostentacion de ingenio y erudicion; pero en la realidad no hay nadie que no convenga en que estos conocimientos sean verdadera y esencialmente útiles, si se hace de ellos el debido uso y aplicacion. Es verdad que en todos tiempos hubo eruditos que exercitáron su ingenio festivo á expensas de nuestra profesion; pero bien mirado, sus sátiras han ridiculizado siempre á los Médicos, y no á la Medicina, y esto no sin alguna especie de fundamento. Los Médicos, considerados como una clase de hombres que viven por oficio de la Medicina, tienen un interes distinto y separado del honor del arte. Sin embargo, no han faltado algunos, que llevados únicamente del zelo generoso de dar lustre á la ciencia, la han

exercido con aquel candor y nobleza que le es debida, distinguiéndose en su práctica por la afabilidad y modestia de sus procederes, no menos que por la extension de luces y conocimientos nada comunes: convencidos de su propio mérito, miráron con desprecio todo género de artificio, poniendo en aquel solo todo el suceso de su arte. Pero tales hombres no son los que mas abundan en ninguna profesion. Unos, obligados de la imperiosa necesidad, otros estimulados de la vanidad, y otros solícitos en ocultar su ignorancia, han recurrido muchas veces á medios viles é indignos para deslumbrar al pueblo, y pasar por hombres instruidos con los ignorantes, que es siempre el número mayor entre los hombres: tales han sido por lo común una afectacion misteriosa en todos los escritos y conversaciones relativas á la profesion, ó una vana ostentacion de ciencia impenetrable para todos, menos para los

iniciados en sus misterios, un ayre satisfecho de confianza en su propia experiencia y habilidad junto con cierta gravedad en sus acciones, que inspirando desprecio y fausto, publican manifestamente su orgullo y su presunción. Pero aunque con semejantes artificios hayan podido deslumbrar á algunos hombres, no se libertaron con todo eso de los tiros satíricos con que los han ridiculizado los críticos festivos. El teatro en particular no ha omitido ocasión de representar, bien que con demasiada licencia á los profesores de una arte benéfica y saludable; pero es evidente que el objeto de sus sátiras en el fondo ha recaído siempre mas bien sobre algunas anécdotas, ó sobre la conducta particular de algunos individuos, que sobre el arte mismo que ejercian.

Por lo tocante á la dignidad de la facultad, me parece ocioso detenerme mucho tiempo. Creo con entera con-

fianza que no habrá profesor que no sienta interiormente la satisfaccion de haber hecho la eleccion de una profesion honrosa, que á pesar del orgullo y extraños caprichos de ciertos paises, ha sido generalmente mirada, y con justa razon, como una de las mas estimables. Para sobresalir en ella, no hay á la verdad ninguna que exija mas extension y profundidad de conocimientos. Las Matemáticas, ó á lo menos los principios elementares de esta ciencia, la Historia natural y la Física tienen una conexiön esencial con el arte de curar, así como tambien la Anatomía, la Botánica y la Química, que constituyen sus verdaderos y sólidos fundamentos. Hay tambien otras algunas ciencias, que sin ser absolutamente necesarias para la práctica de la Medicina, son sin embargo tan útiles, que apenas hay Médico medianamente educado que carezca de este adorno; ta es el conocimiento de las lenguas latina,

griega y francesa; á lo qual si se añade el arte de conocer á los hombres, y distinguir su carácter, arte que se aprende fácilmente con el trato y comunicacion entre ellos, me parece que nadie dudará que en ninguna profesion se requiere mayor fondo de luces y talentos que en la de la Medicina. Estos son bastantes títulos para probar su dignidad: digo su dignidad, si esta debe calcularse por la utilidad real que trae al género humano, y por la variedad de prerogativas que se necesitan para ejercerla con acierto y con decoro.

Es verdad que nosotros tenemos justo motivo de mirar con la mayor complacencia la consideracion de que goza la Medicina en todos los dominios del Imperio Británico, cuya satisfaccion será mas apreciable para aquellos que han visto en los demas pueblos de la Europa el desprecio con que se trata á los que cultivan qual-

quiera de sus ramos. Esta feliz prerogativa nos viene entre otras cosas de que por lo regular aquellos que en nuestro pais se aplican al estudio de esta ciencia son jóvenes de las mejores familias, dotados de ingenio y de penetracion, cuyas raras qualidades, adornadas de los conocimientos que han adquirido en su fina educacion, contribuyen á dar mas dignidad y esplendor á la profesion.

Pero ademas de la consideracion general debida á la utilidad y dignidad de la Medicina, la podemos considerar todavia baxo dos aspectos diferentes.

En primer lugar como una ciencia que presenta al ingenio un dilatado campo para una infinidad de descubrimientos, siendo evidente que la grande extension de la materia, y la variedad de causas que daremos á conocer mas adelante, han dexado esta ciencia imperfecta en muchas de sus partes, porque es preciso confesar en honor de

la verdad, que algunas de estas existen todavía hasta el presente casi enteramente abandonadas.

En segundo lugar, la Medicina ofrece un campo no menos dilatado al ejercicio de los sentimientos de humanidad. Al Médico se presentan innumerables ocasiones de aliviar á los infelices afligidos con socorros que no se pueden comprar con todo el oro de las Indias: satisfaccion que para un corazon benéfico es una fuente de los mas dulces placeres. Pero fuera de este bien que el Médico tiene tan freqüentes ocasiones de hacer por razon de su profesión, se pŕesentan otras muchas circunstancias en que se desea su asistencia como hombre, y como hombre sensible á la miseria de sus semejantes. ¿Quántas ocasiones no se le ofrecen entonces de exercitar la paciencia, de desplegar su buen natural, de mostrar su generosidad y compasion, y todas las nobles virtudes que honran á

la humanidad? Es muy comun acusar al Médico de duro y cruel en el ejercicio de su práctica, suponiendo que su corazon es insensible por familiarizarse necesariamente con la vista de la miseria humana: acusacion que yo creo injusta, y que me complazco en que lo sea, porque el hábito puede darle mucho imperio sobre su carácter, y esparcir por todo él una sombra de calma, que á primera vista puede fácilmente confundirse con la insensibilidad. Pero debo notar aquí, como propio de este lugar, que quando es real esta insensibilidad, el Médico puede decirse verdaderamente desgraciado, pues que se halla privado de un incentivo poderosísimo, que excitaria todos sus esfuerzos y facultades para vencer la enfermedad que aflige á su semejante. Por otra parte la demasiada sensibilidad del Médico puede hacerlo incapaz de ejercer su propio deber por un exceso de turbacion é in-

quietud, que obscureciendo su entendimiento, y abatiendo su espíritu, le impidan obrar con aquella entereza y valor de que acaso depende en gran parte la vida de su enfermo.

Estas reflexiones me conducen naturalmente á hacer algunas observaciones sobre los deberes y obligaciones del Médico: materia de la mayor importancia; pero de naturaleza muy delicada para haber de ser manejada por uno de la profesion con franqueza y libertad. Sin embargo, voy á procurar quanto me sea posible tratarla sin reserva alguna. La dificultad de hablar de este punto sin ofender á alguno, depende de que la Medicina puede ser considerada yá como un arte importante y saludable al género humano, ó como un comercio, del qual saca su sustento una clase numerosa de hombres. Estos dos aspectos, aunque distintos, estan muy lejos de ser incompatibles, bien que por lo comun pocas

veces se hallen combinados en la práctica. Me esforzaré en aclarar esta materia quanto me sea posible , para que se vea evidentemente que el sistema del Médico en órden á su conducta , que es mas adecuado y propio para los progresos de su arte , es aquel que mantiene con mayor eficacia la verdadera dignidad y honor de la profesión , y que mas favorece al interes particular de aquellos de sus miembros que estan dotados de verdadero talento y mérito real. Temería ventilar este punto, si tuviese que tratarlo entre personas de mas edad que la de mis discípulos. La juventud es la edad en que mas fácilmente se imprimen en el corazon los sentimientos de libertad , de generosidad y de franqueza. Si en esta época de la vida está cerrado el corazon á tan nobles impulsos , ¿ en qué otra podrán penetrar mas vivamente? El entendimiento con los socorros de la edad y de la experiencia podrá perfeccionarse

adquiriendo nuevas luces ; pero tambien es cierto que á medida que el juicio se rectifica, se va extinguiendo como por grados aquel fuego de la imaginacion y del carácter , origen comun de sus propios errores , y que al tocar aquel término de la vida en que ya comienza á declinar , los progresos de nuestra razon se aumentan por un lado , al paso que por otro sentimos enervarse y debilitarse el ingenio , entibiarse el deseo ardiente de adquirir conocimientos y hallar la verdad , y cerrarse el corazon al valor , á la emulacion y á la generosidad.

Para tratar esta materia como conviene , consideraré en primer lugar qué clase de ingenio , de talento y de carácter son los que mas propriamente se requieren para formar un Médico.

En segundo lugar , quáles son las qualidades morales con que debe entrar en el exercicio de su profesion , esto es , la obligacion que contrae para

con los enfermos de ser humano, paciente, atento, discreto, callado, y hombre de bien.

En tercer lugar indicaré algunas reflexiones sobre el *decorum* y otros objetos particulares que le conciernen como Médico, los cuales son esenciales para mantener la dignidad de la profesion, como igualmente sobre las qualidades generales y propias de la conducta que debe observar en orden á sus enfermos, con sus compañeros, los Cirujanos, y los Boticarios.

En quarto lugar describiré el plan de estudios que particularmente es necesario para exercer la práctica con acierto y con reputacion, notando al mismo tiempo qué prerogativas le son indispensables de puro adorno, si se considera como un hombre instruido y bien educado, sin cuyo requisito verdaderamente es muy difícil poder sostener el honor y dignidad de la profesion.

Comencemos por el exámen del in-

genio, talento y carácter que se requiere para formar un Médico.

Acaso no habrá profesion para la que se requiera mas inteligencia y penetracion que la Medicina. En las otras profesiones científicas, miradas como ciencias, se halla establecido cierto modelo de reglas y leyes fixas, á las quales deben reducirse siempre todas las questões relativas á ellas, y por las que deben igualmente resolverse. Una aplicacion continúa con una buena memoria son suficientes para adquirir el conocimiento de estas leyes; el campo que se presenta al ingenio es sumamente reducido y corto, pues que la invencion no puede dilatar sus límites con nuevos descubrimientos, ni el juicio rectificar sus combinaciones para perfeccionarse mas, supuesto que una vez establecidas estas leyes, sean buenas ó malas, ha de ser preciso someter á ellas sus resultados. Los únicos casos en que puede el ingenio dilatarse

son aquellos en que no existe declaracion de ley alguna, con la qual sea forzoso conformarse ; pero aun en estos últimos , como los puntos problemáticos deben estar sometidos á la decision de jueces, cuyas opiniones son frecuentemente contrarias , por quanto dependen de diferentes combinaciones y circunstancias accesorias , no hay regla cierta para poder juzgar qué opinion es la mas sólida y mejor fundada , de suerte que las consecuencias, bien ó mal deducidas de semejantes racionios, vienen tambien á quedar indecisas. El caso es muy diferente en la Medicina; aquí no tenemos autoridad determinada y establecida á que poder recurrir en los casos dudosos ; qualquier Médico se ve en la necesidad de conformarse con su propio juicio, sin tener mas apelacion que á la naturaleza y á la experiencia. Entre la infinita variedad de hechos y de teorías con que en toda la carrera de sus estu-

dios ha procurado abrumar su memoria, se ve obligado, sin tener otro recurso que su propio juicio, á distinguir con una crítica prudente los que estan fundados en la naturaleza y la experiencia, de los que solo deben su origen al fraude, á la ignorancia y al sistema caprichoso de una imaginacion delirante y acalorada. Deberá igualmente aprender por sí solo á distinguir los hechos importantes de aquellos que, por ciertos y verdaderos que sean, resultan sin embargo ser de poca consideracion, y enteramente inútiles para el fin principal de su profesion. Pero supongamos vencidas estas dificultades, no le será muy fácil con todo eso aplicar á la práctica los conocimientos que ha sacado de sus tareas. Quando se compone un sistema de Medicina práctica, es preciso que cada enfermedad se considere separadamente, y como independiente de qualquiera otra; mas en la realidad se ven tan freqüentemen-

te complicarse y ofrecerse baxo formas tan diferentes, que no hay hasta ahora sistema que haya podido abrazarlas todas. En tales circunstancias un práctico principiante se halla rodeado de tantas dificultades, que no acierta con la resolución de nada: embarazo que solo se llega á vencer mediante un discernimiento delicado, adquirido con el hábito, una penetración perspicaz y pronta, capaz de descubrirle las verdaderas analogías, y una solidez en sus juicios (prerogativa que pocas veces se halla unida con las anteriores), por medio de la qual consiga aprender á distinguir los aspectos ilusorios que le ofrezca la imaginación. Un jóven que se halla en los primeros pasos de la práctica dotado de viveza de ingenio, y no sin alguna doctrina, no tiene idea de estas dificultades; llevado de las voces halagüeñas de la presunción, se figura que todas las enfermedades deben ceder á su habilidad; no solo cree co-

nocer las causas próximas , y las indicaciones curativas que se le presentan en todos los casos , sino tambien los diversos remedios mas propios para cada uno de ellos. Sin embargo , sus enfermos serán dignos de compasion , si un poco de experiencia no humilla este orgullo, haciéndole tocar muchos casos en que no conoce ni las causas próximas , ni las indicaciones curativas , y que aun conociéndolas con claridad, ignora los medios de satisfacerlas completamente, ó convenciéndolo por otro lado, lo que no abatirá menos su vanidad, de que aquellas son diferentes entre sí, y muchas veces contradictorias. En esta situacion , por muy engreido que se halle con su sabiduría , acaso le veremos perplexo siendo un espectador ocioso, ó contentándose con oponer á la violencia del mal débiles paliativos, ó en fin dirigir sus pasos con el mayor temor y desconfianza á la escasa luz de una analogía precaria y engañosa. Estas son las

dificultades que encontrará el Médico en los primeros tiempos de su práctica. Por muy buenos principios y conocimientos que haya adquirido en todos sus estudios, no le será posible vencer semejantes obstáculos á no estar dotado de un ingenio penetrante, de un juicio sólido y perspicaz, ayudado en muchas circunstancias de un tino particular de poder descubrir á primera vista en donde estriba la mayor probabilidad del suceso, á fin de dirigir hácia este lado sus operaciones.

Pero fuera de esta especie de ingenio, que conviene particularmente al Médico, y cuyas qualidades acabamos de describir, hay otros conocimientos de que no debe carecer. Así es que no debe atender tan solamente á su propia perfeccion, sino que tambien es preciso que estudie el carácter de su enfermo, que luche contra sus preocupaciones, contra las de sus parientes, y contra las de todos en general; como

igualmente estar alerta contra los tiros y asechanzas de aquellos que tienen intereses opuestos á sus adelantamientos; siendo cierto por desgracia que los únicos jueces de su mérito son los que las mas veces alimentan un interes funesto en obscurecerlo y desacreditarlo. Es pues evidente que el Médico necesita de no menos sagacidad y conocimiento de mundo, que de ingenio y de erudicion.

Tales son los requisitos que deben desearse en un verdadero profesor de Medicina; pero todos serán insuficientes, si al mismo tiempo no junta á esto cierto imperio sobre su carácter, no menos que un prudente dominio sobre sus pasiones naturales ó adquiridas. Porque comunmente ocurren en la práctica casos imprevistos, y tal vez las enfermedades toman un curso tan inesperado, que son capaces de perturbar el espíritu mas tranquilo, y desconcertar el carácter mas impetuoso, de

donde puede suceder que alucinándose el juicio, no pueda discernir por esta causa qué es lo que en tal caso fuera conveniente hacer, ó si lo comprende, quede sorprendido sin acertar con resolución alguna. En semejantes circunstancias es muy preciso un discernimiento pronto, junto con la mayor firmeza en executar su resolución; cuya política es tanto mas necesaria, quanto el enfermo no puede dexar de abatirse, si descubre en el Médico la menor desconfianza. Las debilidades y conducta irregular de los enfermos, así como otras muchas dificultades y contradicciones que un práctico encuentra á cada paso, pueden igualmente irritar su carácter, de tal modo que se olvide de la delicadeza y decoro con que está obligado á portarse. De aquí se ve evidentemente que el Médico tiene necesidad de mucha firmeza de ánimo, de cierta serenidad y calma, junto con la mayor constancia y mas decidi-

da resolucion , aun en los casos en que él mismo conoce plenamente las dificultades.

Pasemos ya á indicar las qualidades morales que señaladamente se requieren en un Médico , entre las quales debe ocupar el primer lugar la humanidad, quiero decir , aquella sensibilidad interior que nos conmueve al ver los males que afligen á nuestros semejantes, excitando nuestra compasion en su consuelo ; aquella simpatía , que pintando vivamente en nuestro corazon la imágen del dolor, nos impele con la mayor inquietud en busca del remedio , obligándonos á exâminar las mas remotas circunstancias que pueden contribuir al alivio del enfermo á costa de una escrupulosa meditacion y una diligente eficacia que el oro no puede comprar. Así es que no es el menor consuelo de la vida tener al Médico por amigo.

Con esta misma compasion que

muestra el Médico , se capta naturalmente el amor y confianza de su enfermo , que en muchos casos son de la mayor consecuencia para el restablecimiento de su salud. Si el Médico posee estas qualidades agradables, si está dotado de un corazon sensible y compasivo , si goza de estas prerogativas amables , que *Shakespar* llama con énfasis *la leche de la humanidad*, el enfermo cree ver en él un ángel tutelar, que le trae el alivio y consuelo de sus aflicciones : al contrario , se sobrecoge y se estremece al aspecto de un Médico insensible , que con sus modales broncos y groseros parece quererle significar la sentencia de su muerte. Por mas humano y compasivo que sea el corazon de un hombre , que todos los dias se halla en medio de escenas dolorosas y tristes , puede llegar con el tiempo á adquirir aquella serenidad y presencia de ánimo que en el ejercicio de la práctica son sumamente

apreciables y necesarias. Este hombre pues podrá probar todo el precio de la compasion y sensibilidad, sin dexarse por eso arrastrar de una afeminada debilidad que le haga dexar de ser hombre. Al contrario, aquellos Médicos que cierran la entrada en su corazon á estos sentimientos de humanidad, los representan como ficciones ridículas ó vanos pretextos de hipocresía, ó como indicios manifiestos de un espíritu débil; pero no es difícil descubrir los vestigios de la verdadera humanidad; porque estos dulces sentimientos no se muestran nunca con ostentacion, antes bien párece como si se quisieran esconder entre los mismos beneficios que producen: por otra parte será muy fácil romper el velo que sirve de máscara á la hipocresía, si se observa atentamente la conducta de un Médico para con los Grandes, y su modo de portarse con los de mas baxa esfera; su trato y asistencia con los que le recom-

pensan liberalmente, comparada con la de aquellos que carecen de medios para satisfacerla. Una alma noble y generosa se afana en ocultar su sensibilidad con mas cuidado, quando las personas son de alta gerarquía, que quando son de mediana condicion, evitando de este modo, no sin mucha satisfaccion suya, la injusta interpretacion que en tales casos se suele hacer comunmente. Querer insinuar que la sensibilidad es efecto de un corazon débil, es hacer una acusacion tan maliciosa como injusta. La experiencia demuestra que un carácter afable y humano, bien lejos de ser incompatible con un espíritu firme y constante, suele ser por lo regular una consecuencia de él; siendo cierto en general que los modales duros y severos son propios solamente de un talento limitado, é indicios de un alma poco ilustrada, y que frecuentemente son una máscara de que se sirven los hombres para mostrar magna-

nimidad , y ocultar su pobreza de espíritu y su debilidad natural.

Hay otra especie de buen natural, que es muy laudable en un Médico, y que se diferencia de su sensibilidad. Este consiste en cierta afabilidad y dulzura , que le hacen capaz de sufrir con paciencia, y aun con apariencias de alegría , la mayor parte de contradicciones y disgustos á que está sujeto en el curso de su práctica. Si es rígido y demasiado minucioso en la prescripcion de las reglas dietéticas, puede estar muy seguro que no se las observarán con tanta escrupulosidad, y si se obstina en mandarlas con severidad , conseguirá que le oculten con cuidado las omisiones ó contravenciones que hayan cometido contra ellas : indispensablemente resultando de aquí que ignore el verdadero estado del enfermo , que atribuya á efectos de la enfermedad lo que solo proviene de la irregularidad de la dieta , y dé virtu-

des á los remedios que el enfermo acaso no haya tomado. No es difícil conocer los errores peligrosos á que puede conducirle semejante conducta; los cuales evitará sin mucha dificultad, si valiéndose de un modo prudente, prescribe con menos rigor las reglas que prevee no han de ser executadas sin trabajo y dificultad. Seria ciertamente muy útil que un Médico pudiese dominar en cierto modo á sus enfermos; pero hay muy pocos de estos que quieran concederle este imperio absoluto. Así un Médico prudente deberá prescribir un método fácil de ser executado con preferencia á otro de difícil execucion, aunque aquel no sea tan exâcto, porque entre dos males diferentes vale mas elegir el menor, y en ningun caso le es permitido exponerse á perder la confianza del enfermo, y á ser engañado acerca de su verdadera situacion. Pero esta indulgencia que acabamos de recomendar, debe ser

manejada con mucho juicio y prudencia, por quanto es necesario que un Médico conserve su dignidad, y en cierto modo su autoridad para con los enfermos, pues que esto resulta en beneficio de sus intereses recíprocos.

Hay una clase numerosa de enfermos que exponen la paciencia y bondad de un Médico á la mas penosa prueba; hablo de aquellos que padecen enfermedades nerviosas. Aunque sus temores sean infundados, no por eso sus males son menos reales, y tienen su asiento tan dependiente de la constitucion, como el reumatismo ó la hidropesía. Sin embargo, seria una cosa no menos cruel que absurda mirar estas dolencias como ridículas, ó desentenderse de remediarlas, baxo pretexto de que son efecto de una imaginacion desordenada. Es cierto que por lo comun nacen de esta causa, ó vienen acompañadas de deformidades del cuerpo bien manifiestas. Pero suponiendo que

tengan otro origen , siempre será un deber del Médico hacer todo lo que está de su parte en alivio de los infelices. Los desórdenes de la imaginacion pueden ser un objeto tan importante de la atencion del Médico , como los del cuerpo mismo , y ciertamente entre todos los males no los hay mayores, ni que mas exijan su compasion que los de esta clase ; pero exîgen asimismo no menos habilidad que juicio de parte del Médico en saber usar á tiempo de su sensibilidad ; porque si trata de la curacion con demasiada indiferencia, ó si se presenta al enfermo con un ayre festivo y alegre fuera de tiempo , este se ofende vivamente ; al contrario, si con sobrada diligencia se inquieta por la menor cosa que observa , fomenta él mismo la enfermedad. Por consiguiente , tanto por el interes del enfermo , como por el suyo propio, es necesario abrazar un justo medio entre la indiferencia y el tono jocosos, no

menos que entre la diligente solicitud á la vista del mas ligero síntoma. Alguna vez para recrear el ánimo, y procurar distraerle de los males presentes, apartando su imaginacion del triste aspecto de los venideros puede introducir insensiblemente, sin que el enfermo lo note, algunas conversaciones agradables é interesantes, y emplear de quando en quando alguna agudeza graciosa que le dé mas chiste y delicadeza.

No pocas veces se advierte una diferencia notable entre la conducta de un Médico en los principios del ejercicio de su profesion, y la que observa despues de haber adquirido reputacion y una práctica dilatada. En la primera época es afable, político, humano, y muy diligente en la asistencia de sus enfermos; pero luego que ha cogido el fruto de semejante conducta, se halla en estado de poder ser independiente, toma otra ruta muy distinta, se hace soberbio, ambicioso,

omiso, y por lo ordinario se porta con sobrada grosería. Conociendo todo el poder que ha adquirido, obra como si fuese un déspota, aprovechándose bajamente de la confianza que ha granjeado por su habilidad.

Un Médico, por la naturaleza de su profesion, se halla freqüentemente en estado de conocer los caractéres particulares y los intereses de las familias que visita. Fuera de lo que puede saber por sus propias observaciones, le ocurre muchas veces verse obligado á entrar en la confianza de aquellos que acaso se imaginan deben la vida á sus cuidados. Las tristes circunstancias en que los trata y conoce, son muy diferentes de aquellas en que los vén los demas hombres. En esta situacion de abatimiento, en vez de conservar la acostumbrada jovialidad, la igualdad de carácter, y la firmeza de ánimo, se entregan por lo comun al tedio, al mal humor, á la impaciencia y á la timidez.

De todo lo dicho es fácil conocer que frecuentemente pueden depender el crédito de los individuos y la reputación de las familias de la discreción, de la sagacidad y de la probidad del Médico. Principalmente es de la mayor importancia la prudencia y el secreto en orden á la asistencia del sexô. Fuera de la atención y respeto que naturalmente exige el trato de las mugeres, puede suceder en ciertas circunstancias, que por un efecto de su propia delicadeza se empeñen cautelosamente en ocultar su salud, aunque dichas circunstancias no interesen á su reputación; y hay casos en que el secreto de estas mismas circunstancias pueden influir sobremanera en su salud, en su fortuna y en su felicidad.

La temperancia y la sobriedad son las virtudes que mas particularmente competen al Médico. En el curso de una dilatada práctica se presentan frecuentemente casos tan imprevisos y

delicados, que exígen los mayores esfuerzos de memoria y de juicio. He oido decir de algunos grandes Médicos, que con igual acierto curaban estando tomados del vino como quando no lo estaban. Si esto fuese cierto, nos daria motivo para hacer una reflexi3n muy poco favorable á sus talentos, porque semejante conducta indicaria ciertamente que su práctica era un resultado de una ciega rutina, estribando su método curativo en la apariencia engañosa de los síntomas, sin atender á aquellas circunstancias particulares y delicadas, cuyo conocimiento forma la grande diferencia que hay entre un Médico dotado de verdadero talento, y aquel que carece de él. La embriaguez es tan perjudicial para la memoria como para el juicio; de ella nace la confusion y desórden en las ideas, la ligereza y vacilacion en nuestras resoluciones, y de consiguiente la inaptitud para qualquiera operacion que exíge el

firme y entero úso del entendimiento.

Entre los deberes morales del Médico puede tambien ponerse aquella docilidad y candor que disponen su corazon al convencimiento y reconocimiento de sus errores, no menos que al deseo de rectificarlos. La adhesion á un metodo curativo determinado para una enfermedad, aunque sea ineficaz, no puede dimanar sino de un desmedido amor propio llevado hasta el mas alto grado de obstinacion ó de la ciega creencia en la infalibilidad de un sistema adoptado exclusivamente; error tanto mas difícil de curar, quanto trae por lo comun su origen de la ignorancia. El verdadero saber, y la prerogativa de un discernimiento claro pueden arrastrarnos á una extrema desconfianza y humildad; pero estas qualidades son incompatibles con el amor propio. Otras veces sucede que esta obstinacion trae su origen de un vicio del corazon. Hay Médicos que reconocen sus faltas; pero son

fermo. = *Conducta de los Médicos principiantes para con los mas antiguos.* = *Distincion entre la Medicina, la Cirugía y la Farmacia.* = *Trage.* = *Política.* = *Delicadeza afectada.* = *Reflexiones sobre los remedios secretos.* = *Exámen de la acusacion de incredulidad contra los Médicos.*

Paso ahora á indicar algunas observaciones sobre el *decoro* y algunos otros objetos particulares que contribuyen esencialmente á mantener la dignidad de la profesion.

El decoro, la decencia y la compostura son palabras muy indeterminadas en su aplicacion, porque las ideas que nos representan estan fundadas ya sobre la naturaleza y la razon, ya sobre el capricho, el uso y las costumbres particulares de las naciones. En el primer caso la obligacion que se deriva de ellas es inmutable y constante en

todos los países y en todos los siglos; en el segundo es incierta, varia, y por consiguiente menos estrecha. Procuraré aclarar este punto quando se presente ocasion mas oportuna.

Dexamos indicados los deberes principales del Médico para con sus enfermos, la atencion que exíge de parte suya el carácter y la constitucion propia de cada uno de ellos, y la indulgencia que deben merecerle los infelices dolientes, quando no es incompatible con su seguridad. Puede suceder que el enfermo ó alguno de sus amigos propongan un remedio que les parece bueno, y que realmente puede serlo; talvez un remedio así propuesto le sugiere al Médico mas hábil una idea en que hasta entonces no habia pensado; por consiguiente está obligado á adoptarlo abiertamente. Sin embargo, no faltará alguno, que alegando por pretexto la dignidad de la profesion, aunque en su corazon no sienta sino la ofensa de su

amor propio , se niegue á poner en uso semejante remedio , sin atender á su mérito ó eficacia. Esta conducta es ciertamente reprehensible. Todos los hombres tienen derecho de hablar quando se trata de su salud y de su vida , ¿y por qué razon se podrá quitar este derecho á un amigo que cree conservar la vida de su amigo con el remedio que propone? La política y el órden le obligan á someterse al juicio del Médico ; pero no está este menos obligado á oirlo atentamente , y á exâminar de buena fe aquello que quieran encomendar á su discernimiento. Si merece realmente su aprobacion , debe confesarlo con franqueza , y ponerlo inmediatamente en execucion ; si , por el contrario , lo cree verdaderamente perjudicial , debe declararlo por tal ; pero de modo que haga ver que su opinion no tiene otro origen que la íntima persuasion de creerlo así , y de ningun modo el resentimiento ó la obstinacion. Si el

enfermo está resuelto á hacer la prueba de un remedio intempestivo ó peligroso, el Médico debe negar absolutamente su consentimiento ; pero no tiene derecho alguno para quejarse de que no hayan seguido su dictámen.

Una de las ocasiones en que mas comprometido se halla el Médico es quando tiene que declarar á sus enfermos el peligroso estado en que se hallan , en cuyo caso es algunas veces disimulable y aun necesario apartarse de la verdad ; porque sucede con frecuencia hallarse un enfermo en grave peligro de su vida , y recobrar su entera salud , si no conoce el riesgo á que está expuesto de perderla. Por otra parte puede suceder , y sucede muy freqüentemente, hallarse un hombre acometido de una grave enfermedad , sin haber puesto en órden sus asuntos, de cuya disposicion puede depender la felicidad de su familia. En este caso y en otros semejantes convie-

ne que el Médico con dulzura y prudencia haga al enfermo alguna insinuación sobre el peligro de la enfermedad, y obligación en que se halla de desempeñar un deber tan necesario ; pero tanto en semejantes casos, como en todos, importa no ocultar nunca á los parientes la verdadera situación del enfermo: la justicia lo exige así, pues mediante esta declaración podrán recurrir, si lo estiman por conveniente, á otros socorros mas superiores. Este deber de la profesion para un corazon humano y compasivo es ciertamente desagradable, pero del todo indispensable. Para desempeñarlo debidamente, es necesario no menos prudencia que humanidad : sin embargo , me parece que una reflexión puede contribuir eficazmente á disminuir el disgusto que por lo comun causa la necesidad de ejecutarlo , y es que si el enfermo recobra la salud , sus amigos sentirán mas placer al verla restablecida contra sus espe-

ranzas; y si por desgracia muere, no habrá culpa que le puedan imputar. Permítaseme declamar aquí contra la costumbre adoptada por algunos Médicos de abandonar á sus enfermos quando los creen sin esperanza de vida, por no aumentar superfluamente nuevos dispendios á la familia. No es para el Médico de menos obligacion mitigar las angustias del enfermo, y consolarle en los tristes momentos de una muerte próxima é inevitable, que conservar la salud y curar las enfermedades. En efecto, en caso de que sus luces en calidad de Médico no puedan servir al enfermo de socorro alguno, ¿su presencia y su asistencia como amigo dexarán de serle tanto á él como á sus gentes sumamente agradables, y tal vez útiles? Tampoco me parece conveniente que se retire luego que viene el Médico del alma para asistir al enfermo en sus oficios espirituales; antes creo será muy

bien visto y muy conveniente que uno y otro asistan á su lado, y obren de concierto. Los discursos de un Ministro evangélico, el lenguaje de la piedad y de la razon que inspiran al enfermo el mas dulce consuelo y confianza, pueden muchas vezes, mejor que todas las medicinas, calmar las angustias del ánimo y la agitacion de los espíritus; pero la indiscrecion, la ignorancia y el fanatismo, llenando de tetricos anuncios la imaginacion, pueden ocasionar al enfermo graves daños, abatiendo su espíritu, y contribuyendo de este modo á abreviar una vida, que sin esto se hubiera acaso podido conservar.

Es muy freqüente por nuestra desgracia ver las rivalidades y querellas que se originan entre los individuos de la profesion, las quales pueden llegar á ser perjudiciales á los enfermos. Sin embargo, yo creo que por poco justo y humano que sea un Médico, no

perjudicará jamas á los intereses de su enfermo, haciéndolos entrar en las consecuencias de sus disputas y desavenencias particulares. Los Médicos en una consulta, sean los que quierán en otra parte, sus resentimientos particulares ó sus diferentes opiniones, deben desentenderse de toda parcialidad, y no atender á otro triunfo que al de la vida de su enfermo.

Su objeto no debe ser otro que el de exâminar con desvelo todo aquello que pueda contribuir eficazmente á la salud del enfermo. Si entrando en sí mismo, y consultando su corazon, no le hallase dispuesto á abrazar con franqueza todo lo que le dicta su íntima conciencia sobre el estado del enfermo y el peligro de la enfermedad, el honor le impone la obligacion de retirarse al punto de la consulta. Quando se juntan dos Médicos en consulta, estando de buena fe, y teniendo una mútua confianza el uno en el otro, no puede menos de

resultar de este concurso grandes ventajas para la curacion de la enfermedad; porque puede ocurrir al uno un remedio en que el otro no habia pensado : ó no hallándose el uno con bastante resolucion ni confianza en su propia opinion para mandar un remedio poderoso, bien que dudoso para él, y del que con todo puede depender la vida del enfermo , en este caso la aprobacion de su compañero fixará su opinion, y el remedio quedará adoptado. Pero si la confianza no es recíproca, si las opiniones se juzgan no segun su mérito intrínseco, sino segun la persona que las propone, ó si hay motivo para creer que siendo expuestas con franqueza, habrán despues de ser divulgadas y presentadas falsamente al público sin respeto al honor y al secreto ; y si en consecuencia de esto el Médico compromete su propia responsabilidad sobre los efectos que se sigan de su dictámen ; en semejantes casos no hay du-

da que las consultas en vez de contribuir á proporcionar ventajas al pobre doliente, redundan en su perjuicio, siendo el resultado mas favorable que este puede esperar el acuerdo de un remedio indiferente que no le haga ni bien ni mal.

Quando los Médicos por último recurso apelan en sus disputas al juicio del público, lo que regularmente sucede es, que las partes interesadas se perjudican recíprocamente en su estimacion, y ademas, lo que es de mucha consecuencia, desacreditan la profesion, exponiéndola al desprecio y mofa de todó el mundo. En ningun otro caso, á mi parecer, á no ser en el dicho, puede un Médico excusarse de concurrir á junta con otro, quando ha sido requerido; esto es, estando cierto que no podrá conducirse con moderacion por temor de que sus pasiones le ofusquen y perturben el juicio; en tal caso puede con razon excusarse, y lo debe ha-

cer así. Pero si su excusa procede de no competir con su compañero en grados, en honores ó prerogativas pomposas y de condecoracion, no siendo otro el motivo, entonces la excusa es injusta é imperdonable; porque es obligacion del Médico hacer todo lo posible por salvar la vida de su enfermo, quando puede hacerlo sin nota de delito.

Debe buscar con desvelo los remedios eficaces, sin desdeñarse de recibirlos, sea la que fuese la mano que los ofrezca, y el conducto de que se derivan. Podrá decirse que de este modo sacrifica los intereses de la facultad; pero no se trata aquí de la política particular de un cuerpo, ni de los artificiosos recursos de los oficios baxos: trátase de los deberes de una profesion noble, cuyo objeto es la vida y la salud de la especie humana; de una profesion que ha de ser exercida por hombres de honor y de costumbres francas; profesion cuya dignidad no pue-

de sostenerse por medios que no convengan con su verdadero fin, y no por aquellos que solo se dirigen á aumentar la fortuna de algunos de sus individuos.

Conviene que los Médicos jóvenes procuren con particular atencion, quando concurren á consulta con sus mayores, usar para con ellos de modales afables y respetuosos; porque, fuera del respeto que se debe á la edad, estos merecen por su larga y dilatada experiencia una deferencia particular en qualquiera materia. A la verdad, las hipóteses y los sistemas tienen tan frecuentes y repetidas revoluciones en la Medicina, que rara vez se oye hablar de un mismo modo á un Médico viejo y á un principiante sobre materias de su profesion, aunque muchas veces la diferencia sea mas aparente que real, no consistiendo la diversidad en otra cosa que en el puro language, y no en las opiniones, que son intrínsecamente las

mismas. Pero como sucede por lo comun que los objetos en que un Médico principiante ha fixado particularmente su atencion durante sus estudios anteriores, tienen poca relacion con la práctica, y rara vez son de mucha consideracion en un caso singular; no debe por lo mismo hacerlos intervenir en sus consultas, como agenos del verdadero fin á que estas se dirigen. No son menos reprehensibles los Médicos jóvenes, ni muestran mas juicio y urbanidad quando, valiéndose de la ocasion, emplean todo su conato en ridiculizar las opiniones antiguas y proscriptas que abrazaron sus mayores, y que adoptan todavia como las mas solidas y seguras. Un poco de reflexion les hará conocer que no es imposible que en el espacio de algunos años sus mas favoritas teorías lleguen á demostrarse tan poco solidas y falces como aquellas que poco antes habian merecido la preferencia; lo qual puede conducirlos á considerar quan

vivamente sentirian ellos mismos ver que sus descendientes se complacian en derribar los ídolos de su juventud exponiéndolos á la burla y desprecio con sus satíricas invectivas , en un tiempo acaso, y en una edad en que ya no se hallasen con voluntad ni con paciencia para defenderlos.

El mismo respeto que se debe tributar á las opiniones de los Médicos que han encanecido en el ejercicio de la facultad , deberia igualmente extenderse á sus autores favoritos, y á todos aquellos escritores que han contribuido á los progresos de la Medicina, cuyos nombres han sido reverenciados por los mas hábiles y mas sabios de la profesion en todas sus épocas. La prudencia y el decoro exígen asimismo que los prácticos jóvenes expongan con modestia y moderacion sus opiniones, quando no convienen con las de los otros concurrentes. Porque de otro modo el insulto que hacen á unas personas

que generalmente han sido estimadas de todos, es una señal de petulancia y presuncion , mas bien que una nota de aquel espíritu noble y generoso que produce siempre el amor de la verdad. Es cierto que en los jóvenes es muy natural y propio de su carácter el dexarse arrebatar de un grande amor por la libertad, el qual les hace sufrir con impaciencia el yugo de la autoridad en materia de opiniones. Pero esta vivacidad de ingenio seria muy laudable quando se emplease oportunamente en ridiculizar ciertos autores reconocidos generalmente por vanos y pomposos, así como tambien quando se dirige á reprimir la insolencia de aquellos, que respirando presuncion y gravedad, no saben hablar sino en el tono de un dictador. Pero quando se trata de hombres como Hipócrates, Sidenham ó Boerhaave, no menos eminentes por su candor y modestia, que por su ingenio y trabajos con que han esclarecido la

profesion, al mismo tiempo que se deben exâminar sus opiniones con libertad, se deben censurar no solamente con decencia, sino tambien con aquel respeto que se debe á sus inmortales nombres.

En diferentes épocas hemos visto, y señaladamente en Francia cosa de veinte años hace, originarse grandes controversias sobre los límites que deben separar la Medicina de la Cirugía, y sobre la subordinacion de esta última á la primera, de cuya disputa han podido resultar no pocos perjuicios á la humanidad, con no menos descrédito y degradacion de los mismos interesados, por haberla tratado de un modo poco digno de hombres instruidos y bien educados. Me valdré de esta ocasion para exponer mi modo de pensar sobre esta materia.

La Medicina, como nos dice Celso, estaba dividida antiguamente en tres partes: la primera comprehendia las reglas dietéticas, la segunda la pres-

cripción de los medicamentos, y la tercera las operaciones manuales ó la Cirugía. Las dos primeras, aunque teóricamente se distinguían, sin embargo en la práctica se hallaban reunidas; pero la última por lo comun se exerció siempre separadamente. Tal vez los Médicos antiguos executáron por sí mismos las operaciones manuales; las quales fuéron despues cometidas á esclavos que habia destinados á este servicio. Entre los modernos se ha visto no pocas veces abrazar y practicar ambas facultades á unos mismos profesores, como; por exemplo, Hildano, Severino, Bartolino y otros muchos que se han distinguido no menos por su ingenio que por sus raros conocimientos. Pero en muchas partes de la Europa, en los siglos pasados, y aun en nuestros dias, la Cirugía no se cóntaba entre las artes liberales; y los Cirujanos no merecian mas consideracion que la de simples barberos; por lo que debemos pruden-

temente suponer que en estos países no ejercen dicha facultad por lo comun mas que personas de la mas baxa condicion, que carecen por consiguiente de carrera y de toda educacion científica. Entre los modernos el divorcio de la Medicina y Cirugía ha tenido consecuencias muy funestas, pues formando los Médicos y los Cirujanos dos cuerpos separados, tienen intereses diversos que sostener, los quales en muchos casos se perjudican y contradicen mutuamente. Los Cirujanos pretendian no solamente el privilegio exclusivo de hacer todas las operaciones, sino que reclamaban tambien la curacion de la mayor parte de las enfermedades externas y algunas de las internas, en las que se suponía que requerian necesariamente operacion; de donde sucedia que algunas veces se pusiese la curacion en manos de hombres ignorantes ó nada versados en la carrera de las letras. Pero todo observador ingenioso verá y comprehen-

derá fácilmente que las enfermedades del cuerpo tienen entre sí una conexión tan íntima, que es imposible poder conocer con distincion algunas de ellas, ignorando enteramente todas las demas, y que es muy difícil poder conocer una sola; ignorando la anatomía y las leyes de la economía animal, tanto en el estado de salud como en el de enfermedad. Es necesario confesar igualmente que un práctico bien penetrado de estos conocimientos generales puede sacar de ellos ventajas mas considerables, y hacer progresos mas rápidos, dedicándose particularmente al estudio de una ó dos enfermedades con preferencia. Al Médico compete por su instituto el conocimiento de todas las enfermedades, ya sean internas, ya externas, de manera que incurre en una justa censura si ignora qualquiera de ellas. Ni es tampoco posible fixar una separacion determinada entre las enfermedades externas ó internas,

cuya distincion pueda ser útil, ó en cierto modo aplicable á la práctica. Supongamos el caso de una fractura en el muslo, á la qual se sigue la calentura y la gangrena. Se trata de saber si se pasará inmediatamente á la amputacion del miembro, ó si conviene esperar algun tiempo para que obren ciertos remedios administrados con el objeto de cortar los efectos de la gangrena; es pues al Médico á quien corresponde juzgar por los síntomas, por la disposicion del cuerpo y otras circunstancias, si será ó no prudente la dilacion. Por lo que hace á la execucion de la operacion, ya es cosa muy diferente. El talento y los conocimientos que se requieren para formar un buen Médico no son los mismos que para un buen operador, á quien lo mas esencial es tener resolucion y firmeza de ánimo, serenidad y cuidado, buenos ojos, una mano segura y habituada. Estos requisitos pueden hallarse reunidos con los

que se requieren en el Médico, y tambien pueden hallarse separados. Si las operaciones de la Cirugía se cometiesen solamente á cierta clase de hombres, que no fuesen mas que simplemente operadores, se podria esperar, no sin fundamento, que el arte llegaria á tocar su perfeccion mas fácilmente siendo exercitado por esta clase de profesores, que por aquellos que abrazando otras partes mas complicadas, exercen la práctica en todos los ramos de la Medicina. Lo mismo puede decirse de la Farmacia si no se ocupara en otra cosa que en la preparacion de los remedios. Pero en la realidad no sucede así. En muchas partes de la Europa los Cirujanos hacen de Médicos por lo comun; en otras son los Boticarios los que ocupan este lugar, sin haber estudiado Medicina; de donde resulta que en muchos pueblos se entrometen á exercer la práctica personas de extraccion ordinaria y nada versadas en la carrera

de las letras, que son la deshonra de la profesion. En quanto á la Farmacia seria de desear con mucha mas razon que los que se emplean en este ramo, no se mezclasen de ningun modo en el ejercicio de la Medicina, siendo los Medicos mismos los que diesen ó despachasen los remedios, sin llevar interes alguno, ó vendiéndolos á sus enfermos al precio que les costasen. La adopcion de uno ú otro de estos dos medios es únicamente lo que puede introducir en la práctica de la Medicina aquella simplicidad y arreglo en el modo de recetar, que tanto han deseado todos los que conocen y aprecian los verdaderos intereses del arte; ni de otro modo que estableciendo este uso, puede esperarse ver gozar á los Médicos de aquella honrosa independendencia que los exîme de otros cargos, y solo exîge de ellos los que se dirigen á los progresos de la profesion. Pero en el día es un hecho muy sabido de todos, que

en la mayor parte de los pueblos de Europa existen Médicos dotados de grandes conocimientos, y adornados de una educacion completa que ven depender no pocas veces el buen éxito de su reputacion á la voluntad de los Boticarios, los quales no aspiran ni á lo uno ni á lo otro, viéndose las mas veces en el conflicto de reconocer los servicios á que estan obligados para con estos, de un modo que qualquiera que se interese en el honor de la Medicina, debe mirar con indignacion.

No ha sido mi ánimo ofender en lo que acabo de decir á ninguna de las clases que componen la Medicina; porque todas son respetables quando se exercen con la habilidad é integridad necesarias. Mi objeto ha sido solamente establecer como una verdad evidente que cada una de ellas debe ser practicada separadamente, o que si alguno quisiese abrazarlas todas, debe estudiarlas con orden, y poseer con perfeccion to-

dos los ramos que comprehenden. No pretendo reglar los puntos relativos á la presidencia , ni insinuar la deferencia debida á los diversos grados y prerrogativas honoríficas de la facultad. Como el doctorato no da ciencia ni talento , el solo título jamas exíge consideracion real alguna, así como la falta de él no quita á ninguno la estimacion y respeto que se debe al verdadero mérito. Si un Cirujano ó un Boticario han adquirido en su carrera los conocimientos necesarios que debe tener un Médico, hayan ó no recibido este grado, no hay duda que uno y otro serán Médicos verdaderamente, y como tales deberán ser tratados y respetados. En la Gran Bretaña está reconocida la Cirugía por un arte liberal, de modo que en muchas partes los Cirujanos y los Boticarios son los Médicos ordinarios de la mayor parte de las familias , mereciendo ciertamente esta confianza por su educacion y sus cono-

cimientos, de suerte que no se recurre al Médico sino en los casos difíciles y peligrosos. Sin embargo, hay ciertos límites entre las dos profesiones que merecen atención, según que están reglados por las costumbres del país, y por los estatutos de diferentes Sociedades. Pero un Médico dotado de un espíritu franco y noble, no se envanecerá con esta distinción puramente de nombre, ni usará de ciertos privilegios para con aquellos que en punto de mérito son sus iguales; porque no fundará en otra cosa su superioridad que en la mayor extensión de conocimientos, en la mayor habilidad, y en la mayor pureza de costumbres, despreciando generosamente todas las distinciones que nacen de la vanidad, del interés personal ó del capricho; y dirigiendo todos sus desvelos á evitar los perjuicios que pueden padecer los progresos de la profesión y los intereses de la humanidad de una adhesión pundonorosa á las formalidades.

Por lo que hace á la decencia y decoro con que debe presentarse el Médico, se ve generalmente que se concede demasiada importancia á cierta formalidad en el modo de vestir, no menos que á una gravedad particular en el modo de conducirse para con las gentes. Ya notamos anteriormente que el decoro y el traje se derivaban de la naturaleza ó de la razon, y algunas veces de la moda ó del capricho solamente, cuya observacion puede aplicarse á los casos siguientes. En ciertos estados puede ser sumamente conveniente y adaptado un traje particular y propio sin consideracion á moda alguna; por eso en el traje ó aparato exterior de los Jueces y Magistrados es necesario y decente todo aquello que es propio para inspirar temor y respeto, porque esto imprime en el espíritu del pueblo el temor y la veneracion que se debe á las leyes, de cuyo efecto no se sigue ningun abuso ni peligro

que pueda perjudicar á los deberes de la magistratura. Pero en la Medicina es muy diferente, porque no hay relacion ó consideracion especial en el traje del Médico para que haya uno que se deba preferir, supuesto que su profesion no tiene necesidad ni de respeto ni de autoridad, fuera de la que se debe al mérito y talento personal. En efecto, la experiencia ha manifestado que semejantes apariencias ó formalidades exteriores no han tenido por lo regular otro objeto que deslumbrar artificiosamente á los hombres débiles y crédulos que se dexan llevar de ellas; que en general los mas ignorantes y atrasados en la profesion han sido siempre los mas escrupulosos en la observancia de estas fórmulas ridículas; que freqüentemente sirven de máscara para aparentar el verdadero mérito, y que en lugar de dar lustre á la profesion, la exponen algunas veces á ser un objeto de burla y de desprecio. Por consi-

guiente, el Médico no está obligado á sujetarse á un traje particular y adecuado á su profesion, ni tiene otro respeto á que atender en este punto que á conformarse con el uso del pueblo en que tiene su residencia, cuya necesidad está siempre sújeta á las leyes de la razon. Sin embargo, si por las costumbres ó preocupaciones del pais hay un traje particular que merece mas consideracion, como si fuese un distintivo de los hombres cuerdos, de talento y de dignidad, el Médico prudente no deberá apartarse de semejante uso establecido; pero en los lugares en que no se juzga del mérito de un Médico por tales exterioridades, pudiéndose presentar como los demas, sin perder nada en su estimacion, me parece que tiene entera libertad, si le agrada, de aprovecharse de esta indulgencia, haciéndolo de un modo que no sea ageno de la decencia de su profesion.

Hay algunos casos en que son su-

mamente reprehensibles los Médicos que estudian y afectan en su trage y compostura una ridícula gravedad, la qual es muy propia para excitar una impresion repugnante y desagradable, ó inspirar un terror pánico, como se ve algunas veces no solamente en los niños; sino aun en aquellas personas, que gozando de perfecta salud conservan el ánimo imperturbable y sereno, pero que quando se hallan oprimidas de una enfermedad, caen muchas veces en una debilidad y abatimiento de ánimo que no pueden sufrir la vista de qualquiera otra persona extraña. En este estado, por deseada que sea la visita del Médico, siempre causa cierto temor y sobresalto, porque recuerda naturalmente la idea del peligro, que el trage y su exterior grave no son los medios mas convenientes para disipar. Seguramente si en algun caso son oportunos el ayre franco y alegre, los modales expresivos y afectuosos, es en esta ocasion en que

particularmente es necesario convertir los oficios de Médico en los servicios de un amigo.

A la verdad, yo no sé por qué razón se ha de singularizar un Médico en su carácter y modo de presentarse; por que puede ser afable sin baxeza, grave sin afectacion, y alegre sin ligereza, acomodándose siempre á las circunstancias presentes en que se halle. Su semblante debe ser diferente quando se divierte con el enfermo á quien ha dado la salud y la vida, ó quando avisa á sus amigos que no está lejos la muerte que le espera sin remedio. No obstante si el uso del pais exíge que se presente siempre de un mismo modo, que siempre sea grave y formal, que mire sin alteracion quanto pasa delante de su vista, y sea tan indiferente á la alegría como á la tristeza, debe someterse á él con resignacion; pero si sin necesidad quiere aparentar voluntariamente este semblante afectado, ú otro semejante no

menos artificioso , dará justo motivo á que se llegue á sospechar tanto de su ciencia, como de las qualidades de su corazon.

Uno de los primeros cuidados del Médico debe ser el de evitar atentamente la menor singularidad que pueda influir sobre su conducta , sin exponerla de modo alguno á ser objeto de burla para el pueblo. Se engañan los Médicos jóvenes, en particular, si creen poder usar de algunas libertades con la misma impunidad , que tal vez les son permitidas á los antiguos. Porque se observa todos los dias , y acaso con poco honor de la profesion , que quando un Médico ha llegado á adquirir mucha reputacion en su arte, no hay para él ninguna singularidad, aun de aquellas que en otros hombres se reputarian por una verdadera ofensa , que no haga en la imaginacion preocupada del pueblo una impresion profunda y memorable para sus admira-

dores , capaz de aumentar mas su fama entre los demas.

Igualmente desdice del carácter afable del Médico aparentar cierta delicadeza y repugnancia al presentársele alguna de aquellas circunstancias desagradables , que se ofrecen á cada paso , y son inevitables en la práctica de su profesion. La verdadera delicadeza es una virtud del alma , y aunque consiste en una suma propension al aseo , y aun á la pulcritud en los casos en que puede ser admitida ; sin embargo , debe despreciarse enteramente quando el deber manda que se sacrifique por los intereses de la humanidad ; y así se engaña torpemente el Médico que cree degradar su dignidad en el ejercicio de qualquiera ministerio que pueda contribuir de qualquier modo que sea al alivio del enfermo. Quando la necesidad lo pide obra indignamente , si no usa con generosidad de su ingenio , haciendo de Cirujano , de Boticario , y aun de asisten-

te si fuere necesario. Pero si no habiendo necesidad, para captar los ánimos procura baxamente hacer los servicios de otro, entonces se degrada á sí mismo, no porque la accion desdice materialmente de la dignidad del Médico, sino porque se conduce de un modo ageno de todo hombre que sabe estimarse á sí mismo.

Los servicios que consagre á su enfermo han de ser proporcionados á la exîgencia de los casos y al peligro del mal, y como en este punto no hay mejor juez que el Médico, debe arreglar sus visitas conforme á su mismo juicio; en cuya atencion no dexará de conocer, pensando con cierta delicadeza, cosa muy necesaria por lo comun, que debe evitar todas aquellas que no sirven para otra cosa que para aumentar gastos al enfermo: conocerá igualmente que este tiene derecho á toda su atencion en todo el tiempo de la visita, sean qual fueren las ocupaciones que pueda

tener fuera de ella, de modo que debe consagrar solo á este cuidado, sin ninguna distraccion, todo el tiempo que exígiesen las circunstancias del mal. En algunos Médicos se nota tal vez por pura afectacion una apresuracion diligente y continua, que no siempre dimana de esta causa: en unos proviene de falta de órden en sus asuntos, y de no saber economizar el tiempo; en otros de una imaginacion viva, y una perpetua actividad y agitacion de ánimo que los mete en mil dificultades de que no pueden desembarazarse fácilmente. Pero qualquiera que sea la causa de este defecto, el Médico debe corregirlo á tiempo, á fin de que no degenerare en hábito, y en lo sucesivo le impida cumplir con las obligaciones que debe á sus enfermos, y disminuya en estos la confianza que deben poner en su asistencia.

Despues de haber expuesto mi modo de pensar relativamente á todo lo

que me ha parecido reprehensible en la conducta de nuestros profesores, no pasaré por alto notar con igual franqueza una circunstancia particular y comun á los doctos, no menos que á los Médicos, la qual me parece muy injuriosa á la dignidad de nuestra profesion; hablo de aquel espíritu servil de adulacion que con tanta frecuencia vemos prodigarse á las personas de calidad y á los ricos, con desdoro tal vez de unos hombres que por sus luces y talento son por otra parte dignos del mayor respeto. Pero la magnificencia y pompa que acompaña á la grandeza llega á deslumbrar de tal modo su entendimiento, que los lleva hasta venerar baxamente estas distinciones aparentes de título y de condición mas allá de los límites que prescribe un verdadero espíritu filosófico.

Han sido muy frecuentes en nuestra profesion las disputas sobre si un Médico debe tener remedios secretos

que le pertenezcan en propiedad. Para justificar este uso se dice, no sin alguna razon, que la mayor parte de los hombres hacen por lo comun poco caso, y apenas saben apreciar todo aquello que está sujeto á su inteligencia, despreciando ordinariamente lo que no les cuesta trabajo conseguir; quando por el contrario, sabemos por experiencia quanto respetamos naturalmente todo lo que se nos presenta baxo la apariencia de secreto y misterioso. Un charlatan que vende orvietano no dice de la virtud de su remedio tantas mentiras, como otras personas que no tienen en ello el menor interes, aun sin exceptuar las que merecen consideracion por su sano juicio y providad; tan cierto es que la pasion de la novedad y de todo lo que es maravilloso obra siempre con mas ó menos eficacia sobre la imaginacion, y que la razon se oscurece á medida que la fantasía se exálta. Divulgado una vez el secreto, no solo pierde luego sus mara-

villosas qualidades, sino que en pocos meses se sepulta en el olvido : si realmente es bueno, la facultad podrá adoptarlo ; pero jamas vuelve á cobrar su antigua reputacion. Se dice tambien á favor de esta opinion , que por este medio mejor que por ningun otro podria facilitarse la introduccion de un buen remedio , porque en general los hombres se inclinarán mas bien seguir la direccion de un Médico que hace profesion de adquirir remedios ocultos y misteriosos, que la de aquel que usa de los simples conocidos y ordinarios. Por último, alegan los sectarios de este partido que la mayor parte de los mejores remedios en su origen fuéron introducidos en la práctica como secretos , aunque desaprobados por la facultad. Pero concediendo que esto sea cierto, yo estoy siempre persuadido de que los secretos son mas perjudiciales que útiles en casi todos los casos ; que sirven de obstáculo á los progresos del arte, por-

que dan origen á que mire el pueblo con desprecio los remedios conocidos y aprobados , moviendo sus deseos hácia los desconocidos, y acaso inapeables para siempre; y en general porque estando estos remedios entre las manos de personas ordinarias, de ningun ejercicio en la carrera de las letras , aplicándolos indistintamente á todos los casos causan muchos mas daños y perjuicios, como sucede con particularidad en este Reyno. Sin embargo, en algunas partes del continente hay Médicos honrados y distinguidos que tienen sus remedios secretos; pero vemos por la experiencia que manejados por ellos no estan sujetos á los inconvenientes y abusos que acabamos de indicar; bien que á pesar de esto no dexamos de conocer que esta práctica anuncia un corazon interesado y un alma poco generosa.

Es muy natural al enfermo ó á sus amigos el deseo de conocer la naturaleza de los remedios que manda el Médi-

co ; pero no conviene en muchos casos condescender con esta curiosidad. Los hombres han recibido de la naturaleza una propension á admirar todo lo que se les presenta cubierto con un velo misterioso , y á despreciar lo que conocen á fondo. La firme creencia que se pone en los efectos de un remedio depende de la imaginacion mas bien que de un convencimiento positivo de la razon ; siendo cierto que un objeto conocido clara y distintamente , ó una verdad patente á los sentidos no son suficientes para exâltar nuestra fantasía. Así es que habrá pocos que se persuadan que una cataplasma hecha de pan y leche solamente , es tan eficaz como otra que se compone de una docena de drogas , cuyos nombres no conocen siquiera ; y que un vaso de vino en muchos casos que exîgen un cordial , es el mejor de los que pueden administrarse. Esta falta de fe en los remedios simples y conocidos debe necesar

riamente resultar en desprecio de las órdenes del Médico , y descrédito de su opinion. Por otra parte, condescendiendo con esta curiosidad de explicar al enfermo la naturaleza de cada remedio que se le ordena , es exponerse á interrumpir la curacion , teniendo que resolver mil dificultades frívolas , de que no es fácil convencer á una persona sin experiencia en el ejercicio y práctica de la Medicina , de donde se seguirá que el Médico se hallará continuamente perplexo é indeciso sobre lo que debe mandar , principalmente quando se trate de prescribir los remedios mayores ó mas poderosos. Por último , conviene tener presente que quando el enfermo se pone peor , ó muere entre las manos de su Médico, sus amigos se empeñan en discurrir y disputar sobre todo lo que se le ha mandado', y de aquí puede resultar que le atribuyan á aquel injustamente lo que ha sido una conseqüencia inevita-

ble de la enfermedad. Sin embargo, hay casos en que puede ser conveniente explicar al enfermo la naturaleza de los remedios, porque hay muchas personas cuyo temperamento está sujeto á ciertas singularidades, de que el Médico debe tener noticia para proporcionar la qualidad y cantidad del remedio antes de prescribirlo.

Antes de concluir este artículo me parece conveniente indicar algunas reflexiones sobre una imputacion odiosa que hacen á nuestra profesion, acusándola de incredulidad y desprecio á la Religion. Pero me atrevo á decir que los Médicos mas esclarecidos, que por su ciencia y probidad se distinguieron mas que ninguno en la Medicina, fuéron tambien los que acreditáron por su verdadera piedad mas respeto y amor á la Religion: citaré solo, por exemplo, á Harveo, Sidenham, Arbuthnot, Boerhaave, Sthal y Hoffman: veamos ahora qual puede ser el origen de la calun-

nia, que no me parece difícil de conocer. Los hombres que se acostumbran á discurrir y pensar sobre toda clase de materias con aquella libertad que inspira la buena filosofía, no pueden de ningún modo someterse supersticiosamente á una secta ó sistema particular; les es mas fácil, sin apartarse nunca de sus principios, mirar con indiferencia los de otros, que pensar mal de sus diversas opiniones; pero no pueden sufrir con paciencia el yugo de aquellos, que apropiándose una especie de autoridad soberana, quisieran dominar sobre las mismas conciencias, y obligar por fuerza á los demas á creer todo lo que ellos creen. Esta libertad filosófica, caracterizada al mismo tiempo por la moderacion y por la caridad para con los que siguen opiniones diferentes, es lo que se ha calificado por los preocupados de incredulidad secreta, de esceptismo, ó á lo menos de una suma indiferencia hácia la religion: lo que ha dado motivo á que

exâsperados algunos , bien que fuesen por otra parte verdaderos christianos, se hayan expresado tal vez de un modo muy propio para dar armas á sus contrarios , aprovechándose estos de la ocasion para calumniarlos. Y este ha sido , á mi parecer, el origen de semejante acusacion, que tantas veces y con tan poco fundamento se ha formado contra los Médicos. Es verdad que en una de las naciones vecinas , donde pocas personas han tenido hasta ahora el espíritu de pensar y discurrir con libertad sobre la religion, no atreviéndose nadie á explicarse libremente sobre esta materia , hemos visto nacer en poco tiempo algunos hombres dotados de ingenio y de imaginacion, deseòsos de sembrar las semillas de esta nueva libertad , y armados para destruir los fundamentos de toda religion , tanto natural como relevada ; pero extraviados por su ingenio, despues de haber sacudido el yugo de la mas vergonzosa

superstición , han incurrido naturalmente en el ateísmo. Acaso es un bien que estos escritores hayan caído en errores tan abominables , porque es de esperar que el mal se curará pronto por sí mismo. Pues por mas que los hombres hayan desfigurado sus opiniones religiosas con supersticiones diversas, la naturaleza ha impreso en su corazón los verdaderos caracteres de la religión ; y todos sus conatos y tentativas para desarraigarla de su seno serán tan inútiles como criminales. Aun suponiendo que el ateísmo se hiciese universal, y que se llegase á dudar de la inmortalidad del alma, es cierto que semejante opinión duraría por muy poco tiempo, porque por ella se romperian todos los vínculos de la Sociedad , dando origen continuamente á un teatro constante de anarquía y de oprobrio. Esta doctrina, sepultada en otro tiempo en los tristes escritos de algunos hombres oscuros y retirados, se presenta ahora en la boca de los que lla-

man espíritus libres y despreocupados desnuda de aquellos emblemas metafísicos con que antes se disfrazaba, y adornada de todas las gracias del estilo y de la eloqüencia para adaptarse á la capacidad de todo el mundo. Sin embargo, lejos de contener alguna prueba convincente contra la religion, no sirve sino para comprobarla mejor, mostrando la insuficiencia de sus propios argumentos. El método actual de aquellos que en nuestros dias profesan la incredulidad es mas peligroso, pues valiéndose artificiosamente de la insinuacion intentan persuadir que qualquiera que cree en la religion natural ó revelada es un hipócrita ó un mentecato, embistiendo de este modo á la juventud por su mayor flaco. En efecto, un jóven de buena educacion aborrece naturalmente la idea de hipocresía, y por un orgullo mal entendido desprecia todo aquello que le puede atraer tan odioso concepto. Por otra parte, la vanidad es

su pasión dominante , y como teme el desprecio mas que todo , no hay para él cosa mas sensible que la nota de debilidad ó de falta de talento , nota que le es mas insoportable que qualquiera otra sobre sus principios ó costumbres. Esto supuesto , me atrevo á afirmar que aquellos Médicos que mas se han distinguido por su vasto y profundo ingenio , y que procediendo en todas ocasiones con la mayor dignidad y nobleza han merecido ser mirados como los miembros mas preciosos de nuestra sociedad , lejos de haber insultado jamas abiertamente á la religion , ó ridiculizado sus principios , han sido siempre sus mas amantes observadores y mas zelosos amigos. A la verdad , entre todos los ramos de las ciencias no hay ninguno que menos conduzca á la incredulidad que el de la Medicina: un conocimiento íntimo de la naturaleza eleva el alma á la mas sublime idea del Ser supremo , al mismo tiempo que recrea el

corazon con el plácido aspecto de la providencia : ¿qué fuerza tendrán para el Médico las dudas y dificultades que acompañan á una materia tan profunda, quando en la práctica de su profesion se ve reducido á cada paso á un estado de irresolucion y perplexidad, siendo en una doctrina que está sujeta al exámen de sus sentidos?

Pero ademas de esto se presentan continuamente al Médico en su profesion algunas circunstancias particulares que deben naturalmente disponer su ánimo á la consideracion de la suerte que debe caverle despues de esta escena del mundo ; hoy ve oprimidos de males y de miseria á los mismos que ayer vió rodeados de satisfacciones y de placeres ; ya ve luchar á unos contra las angustias de una muerte lenta y dolorosa ; y compadece á otro que es arrebatado de un penoso y fuerte delito : ¿quién no creerá que tan funestas y tristes escenas no deben enternecer su

corazon, mas bien que cerrarlo á los sentimientos de humanidad, inspirándole respeto para la religion, que es a quien toca únicamente consolar al alma en sus aflicciones; para una religion que enseña á gozar de la vida con moderacion, y á perderla con resignacion? Pero aun quando por fatalidad se diese un Médico que tuviese la desgracia de no creer en otra vida que en la de este mundo, por poco sensible que fuese naturalmente, no se portaria con sus enfermos sobre sus opiniones con menos reserva y precaucion que si debiese preservarlos de un contagio pestífero y mortal. Puede suceder que estando sordo á los gritos de su corazon, por mil distracciones y proyectos diversos que tal vez preocupan su ánimo, no conozca su propia y desgraciada situacion; pero seria la suma barbarie querer destruir el único apoyo que le queda á un ser moribundo, quitándole en el momento que va á dar el último á Dios á

los placeres del mundo, el único consuelo que puede sobrevivir al sepulcro. Si por un justo motivo de humanidad, y la debida consideracion á la paz y felicidad de la sociedad no se modera en sus opiniones, ocultándolas en lo interior de su corazon, ó sofocando en su alma semejantes sentimientos destructores de toda religion y moral, no hay para que recomendar con tanto zelo y ardor la decencia de la profesion; semejante conducta es inexcusable, y arguye quando menos una ligereza de ánimo indomable, ó una vanidad criminal que viola todos los deberes de la moral, de la decencia y de las buenas costumbres.

No pretendo justificarme de haberme apartado un poco de mi asunto, tratando una materia tan seria; pero me parece que exâminando los deberes y qualidades del Médico era de mi obligacion procurar combatir con todo mi esfuerzo una acusacion tan injuriosa á

químicos.= Anatomía comparada.= Patología.= Qué significa propiamente la Teoría de la Medicina.= Materia médica.= Botánica.= Historia natural.= Es necesario que el Médico esté versado en éstas ciencias preliminares.= Conocimientos de puro adorno.= Los de la historia de la Medicina, de las Matemáticas, del Latin, del Griego, del Frances, y de la lengua patria.= Observaciones sobre la composición de las obras de Medicina, y el estilo que les conviene.

Trataré de explicar en este Discurso la conexi6n que tienen muchos ramos de la Medicina con su práctica, y exâminar quan necesario es el conocimiento de estos ramos preliminares para ejercerla con acierto y con reputacion.

Ante todas cosas es esencial observar que las obras de la naturaleza tienen entre sí una conexi6n tan íntima,

que no es posible conocer con perfeccion ninguna de ellas si se consideran separadamente las unas de las otras. Así es que el conocimiento de muchas de las partes que parecen tener entre sí muy poca relacion, viene á ser con todo esto necesario para la práctica de la Medicina. Pero hay no obstante entre estas algunas que no pudiendo contribuir directa ni indirectamente al estudio y progresos de dicha ciencia, vienen á ser inútiles al profesor, el qual deberá poner el mayor cuidado en no perder el tiempo ni el trabajo, entregándose demasiado al estudio de cada una de ellas; porque aun para aquellas que pudieran servirle de puro adorno no seria bastante toda su vida, y mucho menos si quisiese poseer con perfeccion qualquiera de las que tienen conexión con las diferentes partes de la Medicina, que como vamos á decir son de la mayor atencion y profundidad. Así que, el Médico no debe aplicarse mas que

aquellos ramos que le son útiles é indispensables para la práctica. Que si se siente con una afición particular y disposición para alguna de dichas ciencias preliminares , podrá enhorabuena , si quiere , dedicar á ella todo su ingenio; pero debe desengañarse si cree que estudia de este modo la Medicina.

Crco inútil detenerme en probar que uno de los conocimientos preliminares y mas necesarios para la práctica es el de la Anatomía.

Es igualmente necesario el estudio de la Fisiología , que comprehende la doctrina del fluido animal y de todas sus funciones en su estado natural. Exâminando atentamente esta materia, se verá que el cuerpo humano es una máquina construida segun los mas perfectos principios de la mecánica , cuyo conocimiento es por consiguiente indispensable para poder conocer los movimientos de nuestra máquina. Considerando el cuerpo baxo otro aspecto , se

descubre la circulacion de diferentes especies de fluidos por varios órdenes de vasos de diversos diámetros; y así no podrán comprehenderse las leyes de sus movimientos, careciendo del conocimiento de la hidráulica. El ojo no parece ser otra cosa que una maravillosa máquina óptica; por tanto, no se puede de ningun modo explicar el fenómeno de la vision sin el conocimiento de los principios de esta ciencia. El cuerpo humano está rodeado por todas partes, y como sumergido en un fluido elástico, como es el ayre, el qual está continuamente sujeto á mil mudanzas relativas á su gravedad, calor, humedad, y otras muchas qualidades que influyen considerablemente en nuestra constitucion; de donde se ve que es igualmente necesario para la práctica el conocimiento de la naturaleza y qualidades de este fluido, que es lo que constituye la pneumática. Otros muchos exemplos podrian ponerse fácil-

mente para hacer ver quan necesario es el estudio y conocimiento de muchas partes de la Física para comprehender perfectamente la economía animal.

Pero no son suficientes las simples leyes de la Mecánica para explicar los diversos fenómenos de la economía animal, porque muchos de estos son producidos por las diferentes combinaciones de los principios químicos de los fluidos; y así es tambien necesario conocer la historia química de nuestros humores, así como su analisis y la de todas las substancias que entran en el cuerpo humano en clase de alimentos, de medicamentos, y en general de todas aquellas que son capaces de causar en su constitucion qualquiera alteracion ó desórden; lo que demuestra que el estudio de la Química debe contarse entre las ciencias auxiliares de la Medicina.

Sin embargo, el mas exácto conocimiento de la Anatomía, de los princi-

pios de la Mecánica y de la Química sería absolutamente insuficiente por sí solo para explicar todos los fenómenos que se observan en el cuerpo humano: porque ¡qué diferencia tan grande no se presenta entre un cuerpo animado y el inanimado! El primero contiene en sí el principio de su movimiento, el qual dirige y preside á la mayor parte de sus operaciones; las leyes que le gobiernan son enteramente distintas é independientes de ninguno de los principios mecánicos ó químicos conocidos hasta ahora. Por otra parte el cuerpo animado se diferencia de una máquina comun en que tiene por sí mismo la facultad, dentro de ciertos límites, de poder curar sus propias enfermedades, y ordenar muchos accidentes á que está expuesto, como se ve, por exemplo en el caso de una fractura en la consolidacion de las úlceras en el incremento que toma un riñon, quando el otro llega á destruirse ó inutilizarse, y en los

felices esfuerzos de la naturaleza en la curacion de muchas enfermedades. Por mas que se hayan querido explicar los fenómenos del cuerpo animal por solos los principios de la Mecánica, siempre han sido inútiles é insuficientes quantas tentativas se han hecho sobre este punto.

Las leyes del sistema nervioso, aunque muy difíciles de conocer, tienen entre sí un órden tan constante y tan regular como qualquiera otra de las leyes de la naturaleza; tales son las leyes relativas á la influencia del alma y el cuerpo, cuyo estudio es de la mayor importancia para el Médico, por quanto le conduce al conocimiento de una materia tan vasta como interesante, esto es, á la historia de las facultades del espíritu humano; estudio que si no ponemos toda nuestra atencion, puede llevarnos insensiblemente á un laberinto de metafísica, de que no sabremos salir. Los que estan dotados de ingenio y de

penetracion muy aguda deben ser muy circunspectos en no ocupar demasiado su atencion en esta especie de física especiosa , que ofreciendo á la imaginacion un dilatadísimo campo , presenta límites muy estrechos y circunscriptos á la experiencia , pues aunque este estudio parece ingenioso , en la realidad es tan inútil como frívolo ; en una palabra es una física , que ocupando incessantemente el espíritu en especulaciones sutiles y delicadas sobre las esencias de las cosas , lo hace por último incapaz del exámen tranquilo y severo que exíge el estudio de la naturaleza.

Para entender mejor la Fisiologia humana es necesario saber la Anatomía comparada de algunos de los animales que tienen mas analogia con el hombre ; así es que habiendo hecho muchas experiencias en los animales primeramente , estas mismas han contribuido despues mucho á ilustrar con descubrimientos importantes varios puntos de

la economía animal, porque la mayor parte de aquellos experimentos no se podían ejecutar en el cuerpo humano, como, por ejemplo, los relativos á la circulación de la sangre, á la respiración, al movimiento muscular, á la *sensibilidad é irritabilidad* de diferentes partes del cuerpo, y á los efectos de muchos remedios. En fin, al instinto de los animales se ha debido frecuentemente el descubrimiento de muchos remedios saludables; y este medio, dirigido por buenas observaciones, podía proporcionar otras tantas ventajas concernientes á la dieta y curación de las enfermedades. Pero debe tenerse presente al mismo tiempo que la Anatomía comparada ha sido tal vez causa de incurrir en grandes errores, por haberla aplicado al cuerpo humano con sobrada ligereza y precipitación.

Los autores de Fisiología han considerado ordinariamente al cuerpo humano como un ser fijo, permanente y

uniforme en sus fenómenos ; pero aplicando el conocimiento de la economía animal á la práctica , debe mirarse la constitucion humana como sujeta continuamente á un estado de inestabilidad y de fluctuacion , que acaso no será igual en dos personas diferentes. Seria un trabajo infinito querer establecer la diversidad de constituciones que se hallan en el hombre, no siendo por otra parte este trabajo de la mayor utilidad; pero es preciso conocer y estudiar algunas variedades particulares que se notan en cada una, las cuales dependen principalmente de la diferencia de la edad, del sexô, del clima, del género de vida, de algunos temperamentos singulares, ó hábito de cuerpo, que no son producidos por ninguna de las circunstancias precedentes. Uno de los objetos principales de la Fisiología debe ser ciertamente indagar y descubrir las leyes del comercio entre el espíritu y el cuerpo, estudiar los efectos que produ-

cen en la constitucion el trabajo y la educacion , conocer el poder de la costumbre, los efectos del entusiasmo y la fuerza de la imaginacion. Esta compendiosa relacion hace ver quan dilatado es el estudio de la Fisiologia , y quan íntima conexi3n tiene con el de la Medicina práctica.

La Fisiologia considera los fenómenos de la economía animal en el estado de salud, y la Patologia los considera en el de enfermedad, tratando en general de las causas , efectos y síntomas de las enfermedades. La Terapéutica enseña las leyes generales que deben observarse en la curacion de las enfermedades , y al mismo tiempo demuestra las propiedades de los remedios, comprendiéndose en esta parte la Cirugia y la *materia médica*. Entre todas estas no hay ninguna á quien mas principalmente sirva la Mecánica que á la Cirugia , en la qual se ve claramente la utilidad de aquella parte de la Física; y á

la verdad, si en este siglo se han hecho en la Medicina operatoria los mas grandes progresos, es sin duda porque la Mecánica ha sido mas generalmente conocida.

La Fisiologia, Patologia y Terapéutica componen lo que se llama las Instituciones médicas, á que otros dan el nombre de Teoría de la Medicina. Y como son infinitos los errores que en todos tiempos se introduxéron por medio de hipóteses mal fundadas, aunque talvez ingeniosas, las quales se abrogáron el nombre de Teorías, de aquí es que la preocupacion general recae al presente sobre la verdadera significacion de la palabra *Teoría médica*, como si esta no contuviese mas que investigaciones inútiles ordenadas metódicamente, distinciones sutiles y puramente de nombre, con una recopilacion de principios generales, falsos por la mayor parte, y otros tan vagos ó tan equívocos, que no fuesen susceptibles de nin-

guna aplicacion útil y oportuna. Pero no es este el verdadero carácter de la teoría , ó de las instituciones de la Medicina , las quales no deben ser otra cosa que un conjunto de hechos dirigidos á explicar todos los fenómenos de la economía animal , tanto en el estado de salud , como en el de enfermedad , no menos que á facilitar é ilustrar la doctrina de las indicaciones curativas. Estos hechos deben estar dispuestos en un órden exácto para poder establecer sobre ellos principios generales , ó á lo menos indicar los que puedan conducir especialmente para la práctica , baxo cuyo concepto las instituciones vendrán á ser uno de los preliminares necesarios para la práctica.

El conocimiento de la materia médica tiene una conexi6n íntima con la *práctica* , porque trata de los medios que sirven al Médico como de instrumentos para sus operaciones , y nos da á conocer los efectos de los medica-

mentos ; de donde se ve que la Química es de suma importancia para entender esta parte de la Medicina, pues nos enseña los medios de conservar los medicamentos, y de separar y extraer sus partes mas útiles ; pero el estudio de la Química sirve principalmente para el arte farmacéutica, siendo cierto que por falta de conocimientos químicos, ó á lo menos de su debida aplicacion, apenas ha sido conocida hasta estos últimos tiempos la pura y verdadera Farmacia. Se pueden explicar en algunos casos los efectos de los medicamentos en el cuerpo por los principios de la Mecánica, y tal vez por los de la Química; pero las mas veces dependen seguramente de las mudanzas que estos producen en el sistema nervioso , y por consiguiente de un exceso ó defecto de diferentes movimientos ó secreciones de la parte animal.

La Botánica es tambien útil á la Medicina, porque facilita el conocimien.

to de las plantas, reduciéndolas al sistema mas cómodo; y aunque no sea necesario á un Médico estar particularmente versado en el nombre é historia de cada planta, sin embargo no debe carecer de buenos principios en esta parte para saber reducirlas á la clase que corresponden en el sistema, dedicándose con especialidad á conocer las que tienen uso en la Medicina y en la vida comun.

Habiendo explicado sucintamente la conexi6n que tienen los diferentes ramos de la Medicina con su práctica, en la qual se comprehende la Higiene, ó método de conservar la salud y prolongar la vida, con la aplicacion de los principios generales de la Patologia y Terapéutica á la historia y curacion de cada enfermedad, podrá acaso preguntar alguno si un profesor que no posee á fondo todos estos conocimientos que se tienen como por preliminares indispensables, es ó no apto para ejercer

la práctica de la Medicina. A lo que puede responderse que podrá ejercerla dentro de ciertos límites: esto es, como podría ejercer una de las artes mecánicas, teniendo apenas idea de sus principios; como un marinero puede dirigir un navio sin saber los principios de la navegacion; cómo otro puede hacer una esfera de relox sin estar versado en la Astronomía, ni Trigonometría, y aun sin conocer el plan de la esfera; y así de todas las demas artes prácticas; ¿pero quién puede dudar que conociendo los principios en que estan fundadas todas estas artes, no resultarian innumerables ventajas? Este conocimiento es todavia mucho mas importante en Medicina, porque en este arte no se pueden establecer reglas generales que sean aplicables á todos los casos; así es que la diferencia de edad, de constitucion, de clima y otras muchas circunstancias ocasionan tanta variacion en la aplicacion de los reme-

dios mas conocidos , que á cada paso se hallaria el Médico alucinado, si no poseyese á fondo los principios de su facultad. Es verdad que ha habido muchos Médicos que han exercido con acierto su práctica, sin tener los mayores conocimientos en los principios de la Medicina; pero han suplido este defecto con su ingenio y sagacidad extraordinaria, hallándose en estado de poder servirse de los pocos conocimientos que tenian con un gran fondo de juicio , y de consiguiente con mucho acierto; quando, al contrario, habrá otro que poseyendo mejor los principios de su profesion, pero destituido de aquel talento natural , cometerá mil errores en la práctica , aplicando siniestramente los conocimientos especulativos que tanto aprecia. Por otra parte, siendo la Medicina una ciencia tan complicada que comprehende muchas partes diferentes, regularmente son pocos los Médicos que no profesan una inclinacion

manifiesta á alguno de estos ramos particulares , al qual se dedican con tanta aficion , que fixando todo su conato en este estudio, olvidan y abandonan el de todas las demas. De aquí nace que muchos de nuestra profesion se han distinguido infinito por su habilidad en la Anatomía, Química y Botánica, sin que por eso hayan pasado en Medicina mas que por Médicos ordinarios. Pero aunque no sea suficiente por sí solo un profundo conocimiento de estas ciencias para formar un buen Médico práctico , con todo, ningun hombre que sepa discurrir inferirá de aquí que no son de la mayor utilidad.

Sin embargo, no basta tener de estas ciencias un conocimiento superficial, aunque no se debe perder el tiempo en poseerlas con perfeccion. Un pintor ó un estatuario debe aplicarse á conocer la forma de todos los músculos en todos los movimientos diversos y actitudes del cuerpo, porque este estu-

dio le es mas necesario que á un Médico, y por esta consideracion deberán ser aquellos diestros anatómicos. La carrera que ofrece la Química estudiándola en toda su extension , y haciendo su aplicacion á todas las artes útiles, es infinita ; lo mismo diré de la Botánica, si se quiere conocer las particularidades de cada planta. Así que , estudiando los principios fundamentales y las reglas de estas ciencias , debe ponerse la mayor atencion y vigilancia , si se desea conseguir la utilidad que prometen, en no aplicarlas sino á los principios y conocimientos de la profesion , abandonando los otros servicios que pueden suministrar á otros ramos diferentes.

En atencion á lo que queda dicho, me parece fácil conocer que un Médico que posee los principios de su arte, que sabe generalmente todos aquellos ramos que tienen con él una conexiõn natural , que aplica oportunamente estos conocimientos, debe tener, usar

do igualmente de este recurso , muchísima ventaja en su práctica , sobre aquel que ignora los principios de la Medicina y los de las demas ciencias auxiliares. El ingenio y el entendimiento son dones que da el cielo , y que no se pueden adquirir con toda la ciencia del mundo ; el trabajo y el estudio no pueden alcanzarlos ; pero mediante estos últimos socorros es como vienen á hacerse los primeros capaces de los mas grandes progresos.

Fuera de los conocimientos que acabamos de referir , y que son esencialmente necesarios para la práctica racional y metódica , hay otros que aunque pueden reputarse solo de puro adorno , con todo no deben ser extraños á un Médico de completa educacion.

Es muy verosímil creer que cualquiera que posee una ciencia ha de saber su historia , principalmente la de la Medicina , que en verdad no es para el Médico un objeto de pura curiosidad,

antes bien su estudio le es tan útil como interesante. Desde luego se presenta á primera vista que no sería menos desagradable que inútil querer desenterrar y revolver ahora la multitud de teorías que en todos los siglos han variado y alterado la práctica de la Medicina, y seguir la sucesion de aquellas que elevándose en su origen hasta la admiracion, y produciendo en la práctica no pocas alteraciones, viniéron en fin á sepultarse en el olvido: si sus malos efectos hubieran cesado con las locuras y caprichos de los que las diéron el ser, sería inútil volver á resucitar su memoria; pero no sucede así ciertamente, porque una mala práctica introducida por una teoría dominante se extiende fácilmente con rapidez, y es aplaudida tal vez por aquellos que no pueden juzgar de sus buenos ó malos efectos. Venga despues un Médico ingenioso, y haga ver los absurdos que encierra dicha teoría; mas no podrá remediar las

peligrosas consecuencias que se han seguido en la práctica, las cuales se hallan ya adoptadas entre una infinidad de ignorantes que las han acomodado á otra teoría forjada en sus mismas cabezas; porque es menester convenir que entre los que aspiran en Medicina á la gloria de distinguirse, los mas ignorantes son los que mas se obstinan en sostener sus propias quimeras, ya sea por un efecto de su orgullo, ya de un hábito mal adquirido.

El conocimiento profundo de la historia médica, por el qual se llega á conocer el origen de las máximas y remedios adoptados en la práctica, enseña naturalmente al Médico á recibir con cautela aquellos que quieren introducirse por algun falso racionio ó por la supersticion: bien que debemos confesar que el descubrimiento de algunos remedios saludables lo hemos debido muchas veces á teorías absurdas y ridículas. Otras de las ventajas que

promete la historia de la Medicina es hacernos conocer algunos remedios eficaces , cuyo uso se habia perdido con el tiempo, ó por otros accidentes.

La diferencia de costumbres , y las variaciones de nuestros sistemas especulativos de Medicina, han contribuido en cierto modo á disminuir el uso general de algunos remedios atrevidos, pero felices, que empleaban los antiguos , como, por exemplo, los cauterios, los ejercicios de la Gimnástica, las fricciones, unciones y otros. Asimismo hace ver la historia de la Medicina, como despues de algunas revoluciones se presentan otra vez, solo con la diferencia de voces , las mismas hipóteses vanas y fútiles que en aquellas épocas se celebráron.

Aunque no se puede negar que los progresos de la Medicina desde Hipócrates han sido demasiado lentos, considerando el número y talentos de los que la han profesado ; sin embargo, es

preciso confesar que los que ha hecho en este siglo han sido considerables: su historia demuestra el aumento que sucesivamente ha ido tomando de los descubrimientos accidentales de algunos empíricos temerarios, de las exâctas y fieles observaciones de los Médicos instruidos y sagaces, de las sabias y prudentes investigaciones de aquellos hombres que han poseido un ingenio verdaderamente médico y filosófico, porque debe creerse que hasta las hipótesis mas arbitrarias que han dominado en Medicina no han dexado tal vez de traer consigo alguna utilidad: en efecto, ¿á cuántas experiencias importantes no ha dado ocasion el impaciente deseo de establecer una teoría, por falsa que se haya demostrado en lo sucesivo? Los Químicos fanáticos que se lisonjeaban de poner leyes á la naturaleza, y que se fiaban de la eficacia de sus propios remedios, hiciéron acaso curas maravillosas, usando de remedios que ningun

Médico se hubiera atrevido á emplear sin nota de temeridad. Sthal por otra parte y sus sectarios, que confiaban casi enteramente la curacion á la naturaleza sola, han contribuido á los progresos del arte, dedicándose con la mas diligente atencion á observar la historia de las enfermedades y las operaciones de la naturaleza.

No sé de qué modo ni en que términos debo recomendar el estudio de las Matemáticas, porque en este punto mi voto no será acaso el mas seguro, y temo de su parcialidad á favor de una ciencia á que he profesado siempre una inclinacion innata y hereditaria, y que ha sido la ocupacion y los placeres de mi juventud. Dexamos indicado arriba la conexi6n íntima que tiene la Física con el estudio de la economía animal; y todos saben que no se pueden hacer muchos progresos en aquella ciencia sin el auxilio de las Matemáticas, ó á lo menos sin un conoci-

miento mediano de sus elementos. La aplicacion que se hizo de su doctrina á la Medicina á fines del siglo pasado y principios de este tuvo ciertamente las mas felices conseqüencias, entre las quales debe contarse particularmente el haber contribuido á desterrar las falsas hipótesis de las sectas galénicas y químicas con aquel galimatias del escolasticismo que dominaba en el lenguaje de la Medicina, reduciendo esta ciencia á meras disputas de palabras que nada significaban. Asimismo, se introduxo desde esta época en cada una de las diversas partes del arte un espíritu mas libre de investigacion, mayor atencion y exâctitud en las experiencias y observaciones, y mas claridad y precision en los racionios. Sin embargo, no puedo menos de confesar que talvez se ha abusado de este estudio. La mayor parte de los Médicos versados en las Matemáticas se imaginaron malamente que todos los fenomenos de

la economía animal podían explicarse por los solos principios de la Mecánica; pero la imposibilidad de aplicar estos conocimientos á muchos casos; y la precipitación y ligereza con que se aplican en otros, dan frecuentemente ocasion á deducir consecuencias muy erróneas.

Es verdad que todo aquel que está acostumbrado á la exactitud, claridad y pureza del raciocinio geométrico no puede menos de ver con una especie de indignacion el orgullo del lenguaje matemático, y la palabra *demonstracion* prostituida, y las mas veces tan mal aplicada. Es fácil conocer, por lo que acabo de exponer, que no es mi ánimo recomendar el estudio de las Matemáticas como un conocimiento que directamente conduzca á hacer algun descubrimiento importante en Medicina, sino tan solo porque estoy persuadido, que además del auxilio que presta para el conocimiento de

la Física, se dirige á animar el ingenio, á facilitar la invencion y el hábito de un raciocinio conocido y exácto. Pero me tomo la libertad de hacer una advertencia que creo propia de este lugar, y es la de prevenir que no conviene internarse demasiado en el estudio de una ciencia, que ofreciendo á la imaginacion mas atractivo que ninguna otra, la distraeria probablemente del principal objeto de la profesion: conviene asimismo no dexarse arrastrar al esceptismo que el hábito de discurrir, segun todo el rigor geométrico, puede producir en qualquiera otra materia en que no es necesaria una evidencia matemática, teniendo presente que la demasiada delicadeza y exáctitud del discernimiento, aunque las mas veces sea muy útil, es en muchos casos incompatible con los asuntos ordinarios de la vida, y con los de nuestra profesion.

Me parece inútil recomendar al pro-

fesor un conocimiento profundo de la lengua latina. Serian en muy corto número los libros de que el Médico podría aprovechar ; si careciese de la inteligencia de una lengua que por muchos siglos ha sido en Europa la lengua comun de los sabios, siendo el órgano de que se han servido las naciones para introducir con prontitud y facilidad la comunicacion de sus pensamientos. El abandono que en el dia se hace de esta lengua comun , y la moda introducida por los autores de escribir en idioma vulgar, vendrá ciertamente antes de mucho á ser perjudicial al interes de las ciencias. Conviene notar aquí el error en que comunmente caen aquellos que fundan su principal mérito en poseer con perfeccion el latin, lo qual ha contribuido mas que otra cosa á su detrimento. Hablo de aquellos que se afanan y mortifican por llegar á poseer la pureza y elegancia de la expresion. El objeto de qualquie-

ra lengua no es otra cosa que expresar las ideas con claridad, con fuerza y precision; á lo qual si se añade el adorno de un estilo elegante y correcto, no hay duda que se le prestará una de las mayores bellezas; pero los grandes progresos que han hecho los modernos tanto en las ciencias como en las artes, han dado origen á muchas ideas y á muchos objetos, que los clásicos romanos no tienen voces para expresar, porque no los conociéron; por lo que un autor que tiene que expresar sus ideas, se ve obligado ó á latinizar palabras en su propia lengua para poder expresar su pensamiento, ó á adoptar palabras latinas que no se hallan usadas mas que por algunos autores de poca nota. Si se determina á no usar de mas frases que de las que son clásicas en todo su rigor, se verá precisado en muchos casos á suprimir lo que queria expresar, ó á renunciar al honor que le ofrece la elegancia de la diction. En los ca-

sos en que son mas esenciales la claridad , la energía y la precision , Celso ofrece sin duda á nuestra profesion un modelo de pureza y de elegancia en las obras de Medicina que escribió en latin; pero esta ciencia , y los progresos con que se halla enriquecida , presentan en el dia una variedad de idéas que ni Celso , ni ningun escritor Romano pudieron ofrecer en sus escritos.

Debo recomendar igualmente el estudio de la lengua griega , que fuera de ser la mas rica , expresiva y armoniosa , es en la que escribiéron nuestros mejores autores , y particularmente Hipócrates, padre y fundador de la Medicina.

La lengua francesa no es en el dia menos necesaria y recomendable , porque ademas de que la mayor parte de los autores de esta nacion , y muchos de ellos de distinguido mérito , han escrito en su propia lengua , se ha hecho tan universal en Europa, que es indis-

pensable para el que se propone viajar.

Parecerá sin duda superfluo detenerme en recomendar el estudio y conocimiento de la lengua nacional; pero es muy cierto que muchos Médicos de nota y de verdadero mérito han incurrido en todos tiempos en graves faltas, que la crítica ha ridiculizado justamente por ignorancia de la lengua, ó incorreccion en escribirla. Es una cosa al parecer muy natural suponer que qualquiera que ha recibido una educacion mediana, se hallará en estado de escribir su lengua nativa con toda exâctitud gramatical; sin embargo, este defecto se nota á cada paso con vergüenza de muchos de nuestros escritores. No á todos es dado ser elegantes y sublimes, prerogativa que sin mucho gusto y eleccion en la lectura es difícil de conseguir, y peligroso de intentar; pero lo que particularmente exîgen las obras de Medicina, en quanto al estilo, es la claridad, precision, método y sim-

plicidad: la pompa y el énfasis son ajenas de esta clase de materias, y no servirían sino para hacer sospechar que el autor, en lugar de presentar una copia de la naturaleza, no la presenta sino de su imaginación. Tenemos muchas y muy voluminosas obras, que se reducirían á muy pocos tomos, si se despojasen de sus inútiles prefacios, apologías, citas y otras mil superfluidades, reduciéndolas tan solamente á los pocos hechos que contienen, y al raciocinio que rigurosamente se sacase de ellos. Lo principal que yo quisiera recomendar á un autor, en qualquiera materia de nuestra facultad que se propusiese escribir, sería que después de la historia simple y genuina de los hechos, pusiese en el método la mas escrupulosa atención. No soy de los que admiran el suntuoso aparato de orden y distribución sistemática que ostentan algunos escritores, descomponiendo y confundiendo la mate-

ria con una infinidad de divisiones; porque en realidad todo esto puede servir para deslumbrar á un autor principiante que no está acostumbrado á este modo de escribir, haciéndole concebir la mas alta opinion de la habilidad y exâctitud del autor; pero en general es un engaño manifiesto, porque este es un género que se imita fácilmente, y que llegó á su mayor perfeccion, quando la Lógica escolástica, que consistia mas bien en distinciones de palabras que de cosas, era admirada y seguida en todas las escuelas.

Sin embargo, conviene observar sobre este punto que la composicion de una obra científica destinada solamente para el uso de los profesores, y la de otra produccion dedicada al público sobre una materia en que tiene interes particular, y es propia de su inteligencia, pueden y deben ser diferentes. El primero no necesita de mas qualidades que las que quedan indicadas, porque

todo su objeto se reduce á la indagacion de una verdad, á comunicar descubrimientos, á referir hechos nuevos, ó exponer baxo otro aspecto, ó presentar baxo de nuevas combinaciones aquellos que estan ya generalmente conocidos. Los censores de esta obra son hombres que debemos suponer dispuestos á juzgarla con justicia y con imparcialidad. Pero en una produccion de Medicina consagrada al uso del pueblo no tanto se debe atender á darle reglas y doctrina como modelos de interes, no tanto á la instruccion como á la reforma. Por tanto, esta clase de obras deben escribirse en un estilo agradable, para que su lectura no sea enfadosa y molesta, antes bien atraiga la atencion y voluntad del lector; y para esto no es bastante que el autor evite quanto le sea posible el uso de todos los términos técnicos; sino que debe serle permitido adornar con pinturas vivas y animadas las verdades que se propone

publicar , de modo que puede usar de todos los medios capaces de excitar la imaginacion , é interesar al sentimiento, sin lo qual su obra no obtendrá sino la aprobacion fria de algunos hombres especulativos, y no será ni bien ni generalmente recibida. Por lo tocante á los hechos y á las inducciones que se derivan de ellos , mediante un justo raciocinio , acaso no habrá otro juez que la sola facultad capaz de poder apreciar su mérito ; pero el que le corresponde realmente en clase de composicion debe estimarse por la aprobacion pública , y por los buenos efectos que produzca.

Si hubiera de referir por menor todos los conocimientos que podrian convenir por adorno á las qualidades del Médico , seria necesario mucho mas tiempo que el que permite este discurso. La razon no le niega las distracciones que pueden servirle de recreo , ni exíge la tirana esclavitud de obligarle

á renunciar á ninguna de las perfecciones que convienen á una persona bien educada; antes bien, recreando su imaginacion en materias mas agradables, puede serle soportable la aplicacion austera de su facultad y las fatigas de la profesion; en fin, por este medio conseguirá mas facilidad, gracia y amenidad en la conversacion, que muy distante de aquella triste pedanteria con que algunos de nuestros doctos modernos quieren singularizarse, darán á todas sus acciones un ayre noble y franco, que le harán apreciable entre los demas.



DISCURSO CUARTO.

Razones y principios generales que deben considerarse en el estudio de la naturaleza. = Utilidades de este estudio. = Es favorable á la religion. = Historia natural del hombre, que es lo que comprehende. = Todo se hace por una conseqüeneia de las leyes generales. = Establecimiento de estas leyes. = Hay en el hombre un principio original que lo dispone á la credulidad. = Cómo se adquiere la experiencia. = La evidencia de nuestros sentidos es algunas veces falaz, y otras insuficiente. = Es peligroso fiarse de un número de experiencias limitado. = Raciocinio por analogía. = Principios generales, deducidos por induccion de los hechos particulares. = Errores á que conduce la precipitacion de establecer es-

tos principios.=Errores que producen las analogías imaginarias.=Utilidad de la desconfianza filosófica.=Necesidad del raciocinio y de establecer principios generales, singularmente en Medicina.=Estado de la controversia entre los empíricos y los Médicos dogmáticos.

Por grande que sea la extension é infinita la variedad de las obras de la naturaleza, hay entre todas ellas una conexión tan íntima, que no se puede comprehender bien una parte, estudiándola con separacion de todas las demas. En la indagacion de estas diversas obras, conviene tener siempre á la vista algunos objetos y principios generales muy importantes, que son: 1.º las ventajas que resultan á los individuos: 2.º la utilidad pública.

1.º Las utilidades que resultan á los individuos son bien evidentes; el estudio de la naturaleza pone en exer-

cicio la mayor parte de nuestras facultades intelectuales; satisface y recrea la curiosidad, inspira amor á la verdad y á todo lo que merece la consideracion de grande, bello y maravilloso. Estos principios estan profundamente grabados en la naturaleza humana.

2.º Por lo que hace á la utilidad pública, es constante que el estudio de la naturaleza prolonga la cadena de las artes útiles y agradables, y hace florecer las que contribuyen á la felicidad y recreo de la vida: la profunda meditacion de sus obras abate el orgullo, y humilla el amor propio, poniéndonos á la vista nuestra ignorancia y nuestros errores, mostrándonos quan estrechos son los límites que estan prescriptos á nuestras facultades. Este estudio es asimismo favorable á los intereses de la religion, pues ofrece pruebas irrefragables de la sabiduría infinita, del poder y de la bondad suprema, que mantiene y rige este órden admirable mediante

una serie de leyes constantes é inmutables dirigidas á la felicidad de sus criaturas; órden que no es dado al entendimiento del hombre sondear, y que será siempre para la sabiduría humana un abismo inmenso que no podrá penetrar; por otra parte, ¿hay alguno, por poco sensible y mas corrompido que sea, á quien el conocimiento de las obras de la naturaleza no inspire aquella veneracion y temor, aquel amor y reconocimiento á la divinidad, aquella confianza en su bondad y sumision á su providencia que constituyen el carácter del verdadero cristiano? Algunos han creido que internándose demasiado en estas investigaciones, era fácil venir á caer en el ateismo; pero esta presuncion está destituida de todo fundamento. Sin duda es peligrosa la limitada sabiduría de aquellos hombres débiles y presuntuosos, que porque tienen un conocimiento superficial de las causas segundas, desprecian ordi-

nariamente la consideracion y exámen de las primeras; al contrario, la verdadera y profunda sabiduría enseña é inspira la humildad, porque manifiesta quan fácil es engañarse aun en el conocimiento de las causas segundas, que nos imaginamos comprehender mejor, y que aun aquellas que mas claramente se manifiestan, quando se trata de descubrir la cadena que las une, el hombre de mas profundo y perspicaz ingenio se ve obligado muchas veces á suspender sus racionios para recurrir por fin á un primer motor supremo é inteligente. Así, para justificar á la Filosofía de semejante acusacion de incredulidad, basta observar que aquellos filósofos que mas se han dedicado al estudio de la naturaleza, y que mas han enriquecido sus obras con descubrimientos ingeniosos, han sido precisamente los mas firmes apoyos de la religion. Para probar esta verdad solo citaré entre otros innumerables al

Lord Bacon , á Boyle y á Newton, nuestros compatriotas ; quando por el contrario puede verse que los que mas han contribuido á propagar el ateismo, han sido solamente aquellos hombres mas ignorantes y menos versados en el conocimiento de las obras de la naturaleza , los quales queriendo hallar la verdad en su limitado entendimiento, no se aplicáron á buscarla en la inmensidad de sus producciones : hombres que despreciando las ciencias y las artes útiles , en lugar de enriquecerlas con observaciones y descubrimientos fundados en la experiencia, no han hecho otra cosa que infectarlas con sutilezas metafísicas, y tal vez ingeniosas; pero siempre insuficientes y aun perjudiciales á sus progresos y perfeccion.

El sistema de estos hombres fabricado sobre principios meramente hipotéticos, sostenido tal vez por los encantos de la eloqüencia, y dirigido á combatir la evidencia de una bondad divi-

na, de la inmortalidad del alma y de la existencia de la otra vida, es ciertamente una prueba bien extraña de la perversidad del espíritu humano: ¿no hay otras materias en que ejercer las fuerzas de la imaginacion, si es que se quiere alguna vez emplear el poder de sus atractivos? ¿No se puede agrandar, instruir é interesar, presentando al hombre toda su dignidad, ofreciéndole los beneficios de la providencia, la dulce esperanza de la inmortalidad? ¿En lugar de degradar su naturaleza, de producir dudas sobre el objeto de sus mas caros intereses, y de querer extinguir en él los sentimientos de humanidad?

No hay entre las ciencias naturales ninguna tan útil y tan importante como la que tiene por objeto á la especie humana; lo que se manifiesta evidentemente, considerando que baxo este concepto se comprehenden:

1.º La Medicina, ó el arte de con-

servar la salud, de prolongar la vida, de curar las enfermedades, y calmar los dolores de la muerte.

2º Las artes de perfeccionar las diferentes facultades del cuerpo humano, como la fuerza y la agilidad, y que nos hacen llevaderos el dolor, el frío, la hambre, y otros muchos males á que está sujeta la especie humana.

3º La conservacion y cultura de la belleza.

4º Las leyes de union entre el espíritu y el cuerpo, y la influencia mutua que el uno tiene en el otro; examen de la mayor importancia, y de los mas dignos de la atencion del hombre, no siendo menos necesario á la doctrina de las costumbres que á la ciencia médica. Esta parte incluye:

1º La ciencia de conservar y perfeccionar diversos sentidos externos é internos, memoria, imaginacion, afectos, juicio.

2º La historia del poderoso influ-

xo de la imaginacion, tanto sobre el espíritu y cuerpo del mismo individuo, como de otro qualquiera.

3º La historia de los diversos géneros de entusiasmo.

4º La historia de las diversas circunstancias que en el padre y madre concurren é influyen no solo en la generacion, sino tambien en la constitucion y carácter de los niños.

5º La historia de los sueños con el objeto de que no nos sean temibles, ni nos causen pavorosas representaciones.

6º La historia del poder y de las leyes, de la costumbre y del hábito.

7º La historia de los efectos de la música y otros semejantes que pueden obrar sobre el espíritu y el cuerpo en razon de las impresiones que causan en los sentidos.

8º La historia de los signos naturales, y de las voces que abraza la ciencia de la *fisonomía* y del *exterior*.

9º La historia del poder y de las

leyes del principio de imitacion

Entre otros infinitos artículos que pudiera referir, me he contentado con elegir estos como los principales y mas importantes de los que contiene la historia de la especie humana: mi objeto ha sido citarlos como ejemplos, ó exponerlos como un resúmen de los puntos generales que deben seguirse en la investigacion de la naturaleza, y que estan esencialmente unidos con el estudio de la Medicina, pasando en silencio todo lo que tiene relacion con la moral, la política y la religion, como impropio de mi asunto.

Pasemos ahora á los principios generales que conviene considerar en el exámen de la naturaleza, los quales procuraré aplicar particularmente al estudio de la Medicina. Si recorremos todos los fenómenos que pasan al rededor de nosotros, veremos que hay ob-

jetos unidos entre sí, y sujetos á un órden tan invariable, que se suceden unos á otros en una serie regular y constante : la observacion y la experiencia son los únicos medios de descubrir este órden y sucesion que se observan con tanta regularidad en las obras de la naturaleza. Tenemos toda la evidencia de que es capaz la materia para persuadirnos, que nada se executa en la naturaleza por el acaso; al contrario, tenemos toda la razon posible para creer que todo se verifica en consecuencia de una ley establecida é invariable, de tal modo que en circunstancias iguales se observarian uniformemente unos mismos fenómenos.

Debo notar de paso, como propio de este punto , que hay en el hombre un principio innato , anterior al uso de todo racionio y experiencia , que lo dispone á creer la regularidad de las obras de la naturaleza ; así es que un niño ve un fenómeno que sucede á otro,

y su instinto le persuade que el mismo fenómeno se verificará inmediatamente despues , si las circunstancias no se mudan. ¿Diremos que esta persuasion dimana en el niño ni de la conexión que ve entre la causa y el efecto , ni de la experiencia, ni de alguna especie de raciocinio ? De aquí viene aquel anhelo con que por lo comun buscamos la conexión que un raciocinio derivado de tal observacion puede tener con otra diferente , pero cuya causa ó circunstancias que le acompañan se nos figuran mas ó menos conocidas; conexión que freqüentemente es ilusoria. Esta es una especie de debilidad en que particularmente incurren los ignorantes, porque no estan acostumbrados á distinguir las verdaderas conexiones establecidas en la naturaleza.

La credulidad parece del mismo modo ser en nosotros un principio original y distinto , anterior á toda experiencia, que nos dispone á creer no so-

lo el language de los signos naturales, sino el de los signos artificiales luego que principian á manifestarse. De aquí nace que la credulidad sea tan familiar á los niños, los quales creen con la mayor facilidad todo lo que oyen, hasta que la experiencia les va enseñando á reprimir esta inclinacion natural. El Doctor Reid ha tratado esta materia con mucha erudicion en sus ingeniosas *investigaciones sobre el espíritu humano*.

Los medios propios de adquirir la experiencia son la evidencia que nos dan nuestros mismos sentidos, ó el testimonio de los hombres.

1.º El testimonio de nuestros sentidos, aunque generalmente considerado como el mas alto grado de evidencia, es muchas veces falaz, y otras imperfecto; pues las sensaciones que excitan en nosotros las impresiones hechas en los órganos de nuestros sentidos dependen de muchas circunstancias, como son:

De la disposicion intermedia por donde nos viene la comunicacion de los objetos á los órganos, por exemplo del estado del ayre, si se habla de cosas pertenecientes al órgano de la vista.

Del estado del órgano mismo en que se hace la impresion, porque puede hallarse viciado por diferentes causas.

Nuestros sentidos desarmados son las mas veces insuficientes para recibir impresiones, quando por exemplo no son suficientemente excitados á excusa de *la sutileza ó tenuidad* de los cuerpos; ó el movimiento de estos es muy rápido ó muy lento, ó por ser el objeto muy comun, y por otras muchas causas.

Aunque la impresion se haga perfectamente en los órganos mejor constituidos; sin embargo, las ideas transmitidas desde estos al alma pueden ser alteradas y modificadas por la imaginacion, de tal modo que el juicio sea

enteramente erróneo. Así es que en cada parte de la historia natural, y señaladamente en la Medicina, se acumulan sin cesar hechos que se suponen confirmados por testigos oculares y veraces, que sin embargo no han existido nunca mas que en su imaginacion.

Por otra parte, por defecto de la misma memoria, cuyo lugar va ocupando insensiblemente la imaginacion, creemos tener la supuesta evidencia de nuestros sentidos, aunque en la realidad no la hayamos tenido: asimismo erramos en la opinion ó en las consecuencias del juicio formado sobre un hecho, que creemos establecido en la evidencia de los sentidos, como quando juzgamos de la magnitud real de los objetos por su apariencia; pero aunque nuestros sentidos puedan ser falaces ó imperfectos en algunas circunstancias particulares, con todo, por un instinto natural, á que no podemos

resistir, nos sentimos inclinados á fiarnos de su testimonio. Todos los conocimientos que hemos adquirido con la experiencia no tienen otro apoyo que este principio ; ni podemos sin él dar un solo paso en nuestra vida. Los mejores medios que empleamos para descubrir los errores y las imperfecciones de nuestros sentidos presuponen la necesidad de ceder á su evidencia , porque á ella es á quien se ha de recurrir siempre en último recurso.

2.º La experiencia fundada en el testimonio de los demas hombres está expuesta á los mismos inconvenientes que la propia, y ademas á otras imperfecciones que pueden traer consigo la inexâctitud ó falta de veracidad en nuestros autores.

Despues de haber exâminado las fuentes de donde nace la experiencia, pasaré ahora á considerar el modo comun y general de hacer su aplicacion. He indicado mas arriba que el hombre

crea naturalmente que lo que ha visto suceder en un caso, sucederá segunda vez, y siempre en iguales circunstancias, porque las mismas causas producirán siempre los mismos efectos. La hipótesis es igualmente cierta tanto para el labrador como para el filósofo; la única diferencia que hay entre uno y otro es que el labrador infiere que los dos casos son precisamente los mismos, porque se asemejan en las notas mas principales ó manifiestas; pero el filósofo, enseñado por la experiencia, y acostumbrado á reflexionar y exâminar, no se fia tan fácilmente en apariencias; como conoce el origen del error, procura evitarlo, exâminando las circunstancias mas mínimas y secretas para no exponerse á aventurar el juicio. El verdadero filósofo titubea y parece escéptico quando se trata de afirmar la identidad de los casos, y concluir por lo que ha visto en tales circunstancias lo que debe suceder en otras semejantes.

Un africano , que en una infinidad de circunstancias ha visto el agua siempre fluida, infiere que la fluidez es una qualidad esencial de ella; y no creerá al viajero que le dice que en muchas partes del globo se mantiene el mismo fluido en forma sólida. Su error no provendrá ciertamente de recurrir á la experiencia, sino de creer que tiene la suficiente, quando realmente carece de ella. Todo lo que con razon podria inferir de su experiencia seria que el agua en todas las circunstancias en que él la habia visto, conservaba su fluidez; pero el agua expuesta á un grado de frio suficiente para congelarla, era una circunstancia en que nunca se le habia ofrecido á la vista; por cuya razon no podia saber por su experiencia el efecto que produciria dicho grado de frio en aquel fluido quando llegara á este estado.

Aunque los hechos sean solamente los que deban servir de basa á las cien-

cias naturales y exâctas ; sin embargo, considerândolos aislados sin ninguna conexiôn con otros, ofrecen muy poca utilidad para la instruccion. Los fenómenos de la naturaleza son infinitos; pero la capacidad del espíritu humano, y particularmente la memoria, es muy limitada : de aquí es que si tanta variedad de fenómenos no pudiera reducirse á ciertas leyes y principios generales para hacer la aplicacion conveniente á otros efectos, ó para guiarse por ellos en otros casos, el conocimiento de los hechos particulares nos serviria de muy poco para extender y aumentar nuestras investigaciones en las ciencias; pero al verdadero filósofo toca aprovechar de la inclinacion que naturalmente tenemos á indagar las analogías secretas de las cosas para descubrir dichas conexiones particulares, y reducirlas á reglas y principios generales, que son *las leyes de la naturaleza*. Esta inclinacion natural á reducir los

hechos particulares á leyes generales se manifiesta evidentemente en la impaciente solicitud con que procuramos indagar y descubrir la causa de un fenómeno extraordinario que se presenta: ¿qué otra cosa es el descubrimiento de esta causa que la investigación de la ley de la naturaleza de que depende aquel fenómeno?

Quando hemos llegado en el estudio de la naturaleza al conocimiento de ciertas leyes generales mediante una comparacion exácta, y una serie determinada de observaciones, podemos llegar, comparando entre sí estas leyes, al descubrimiento de otras todavía mas generales; y de este modo, guiados de una induccion cauta, ir ascendiendo poco á poco al conocimiento de las leyes mas generales que rigen el sistema de la naturaleza; pero en esta senda ¿quántos obstáculos no se ofrecen á cada paso que se oponen ó impiden el poder establecer la filosofía sobre este

fundamento sólido? Citaré algunos de los mas obvios.

1.º El impaciente ¹ deseo con que procuramos someter todos los conocimientos, y referir todos los fenómenos á algunas leyes generales, es causa de que abandonemos aquel método lento pero seguro, que es el mas propio para inquirir la verdad: queriendo llegar por un camino mas corto al conocimiento de estas leyes, nos vemos perdidos en la misma senda, ya deduciendo por un raciocinio falso analogías imaginarias, ya suponiendo mas simples y en menor número las leyes de la naturaleza que lo que realmente son. De aquí viene la precipitación de haber reducido las ciencias á sistemas tan imperfectos como viciosos en todas sus partes.

2.º El placer que se siente en descubrir las analogías presenta por lo comun á la imaginacion semejanzas ilu-

1 Bacon, *de augmentis scientiarum*.

sorias entre cosas que en la realidad ó no hay ninguna, ó es de muy poca consideracion. Las pruebas que se sacan de las analogías parece que se anticipan, por decirlo así, á los esfuerzos de una imaginacion exáltada; pero las pruebas mas directas y concluyentes, sacadas de un fondo de observaciones y de experiencias, piden regularmente una atencion y una aplicacion penosa, despues de lo qual son con todo eso muchas veces insuficientes para establecer el principio deseado. No por esto niego la utilidad de las analogías, siendo cierto que por este medio llegamos al conocimiento de algunas cosas que sin él no podriamos conocer. Así, por esta clase de racionamiento analógico nos anticipamos tal vez muchos descubrimientos y principios útiles; pero nunca debemos contentarnos con esta certeza analógica, quando podamos conseguir una evidencia mayor y mas directa; porque todas las conse-

qüencias deducidas de la primera no serán nunca mas que probables conjeturas llamadas comunmente *teorías*.

3º Los descubrimientos de los principios generales de una ciencia, ó las nuevas invenciones en las artes útiles traen consigo una especie de entusiasmo, que apoderándose ordinariamente de la imaginacion preocupada y seducida, priva al hombre de sus facultades, ocultándole las dificultades, ó presentándoselas como muy frívolas y dignas de desprecio. Así es que el ocultar los hechos que se oponen á una hipótesis favorita no siempre es por falta de buena fe, sino porque el autor unas veces no los ve, y otras los omite como de poco momento. Si otras veces procura obscurecerlos ó sepultarlos en el silencio, es por temor de perjudicar á un descubrimiento que él se figura ser de la mayor importancia. Pero el verdadero filósofo en semejantes circunstancias se desconfiará de sí mismo, y

aunque perciba algun rayo de teoría, pondrá en execucion , por decirlo así, todas sus facultades , á fin de conseguir toda la experiencia posible que pueda conducirle directamente á la verdad ó falsedad del principio de que se trata.

Tan lejos está de que semejante desconfianza filosófica deba desanimarnos y retardar los progresos de las ciencias, que, al contrario, es uno de los mejores medios de penetrar mas á fondo é internarnos en la indagacion de las causas y leyes generales. La incertidumbre es un estado penoso , y .este disgusto que engendra es un poderoso estímulo que nos obliga á disiparla por medio de un exámen mas atento y profundo. La demasiada inclinacion á las teorías no solamente puede exponernos á incurrir en peligrosísimos errores, sino que dexándonos en una seguridad falsa y engañosa, nos priva de todo motivo capaz de excitar nuestro zelo, y proseguir mas adelante en nuevas

investigaciones. Así, ni el verdadero escepticismo filosófico, ni el poco aprecio ó vil opinion de nuestros conocimientos actuales es lo que en nosotros entibia el amor al estudio de las leyes de la naturaleza, sino el desprecio y desestimacion de nuestras facultades, que es verdaderamente lo que extingue el fuego del ingenio, y desvanece nuestros altos y ambiciosos proyectos.

En las obras dedicadas al corazon no es tan esencial aquella precision severa y lentitud que conviene en la investigacion de la verdad. La imaginacion es su elemento, y las mas veces es permitido en este género emplear analogías menos exâctas y rigorosas. Un filósofo puede leer con gusto una novela divertida, sin que por eso merezca la crítica de hombre de poco gusto y falta de talento; pero se expondrá á contraer con razon esta nota, si muestra igual satisfaccion en la lectura de una obra filosófica, que en lugar de

estar fundada en observaciones y experiencias no contiene mas que sueños y delirios de una imaginacion fuerte y preocupada; á menos que en la firme creencia de no leer en ella otra cosa que un romance, no quisiese carecer del gusto de la diction y elegancia de la obra.

4º Es digno de notarse con particularidad una especie de error propio de esta materia, en que incurrimos con bastante frecuencia. Hay algunos que declaman amargamente contra las teorías y las hipótesis en materias filosóficas, los cuales (acaso sin conocerlo) son los que mas abiertamente las fomentan y sostienen. Nótase este vicio señaladamente en los escritores de Medicina, los cuales desprecian por lo comun todo género de racionio ó principio diferente de los suyos, tratándolos de vanas teorías, contra las que no cesan de declamar, como si quisieran condenar toda especie de racionio dirigido á la in-

vestigacion de las causas y principios, y suponerlos todos inútiles ó propios para inducir á error. Mas deberia considerarse, que no es posible dar un paso en la carrera de las ciencias sin el socorro del raciocinio ; porque la razon es la que guia nuestras operaciones en la execucion de qualquiera experiencia útil, y principalmente en el establecimiento de una serie bien ordenada de ellas, que es el fundamento de toda ciencia natural. Es asimismo necesario fixar un punto general que sirva de principio fundamental, al que deban reducirse los hechos particulares segun que sean conformes á él, ó desecharse si son opuestos; pero la razon es la que ha de determinar despues todas las circunstancias que conviene exâminar al hacer qualquiera observacion ó experiencia con el objeto de descubrir la verdad. Sin el raciocinio ó sin la confianza que ponemos en ciertos principios que miramos como demostrados ó como pro-

bables , no podriamos sacar utilidad alguna de la experiencia , porque no podriamos aplicarla de un caso conocido á otro distinto ; por exemplo , yo tengo un enfermo en el caso de una intermitente , que me propongo curar con la quina ; supongamos que con este remedio he dado la salud anteriormente á quinientos enfermos ; sin embargo , estoy cierto no haber curado ninguno , cuya disposicion con respeto á la edad , temperamento y otras particularidades fuese perfectamente igual . Así pues , si me resuelvo á emplear el remedio supuesto , es preciso que discurra baxo el principio de que la quina curará universalmente dicha enfermedad , á pesar de la diferencia de circunstancias . Pero este es un principio de que yo no tengo otra prueba directa y concluyente que la que he sacado por un racionio probable fundado en la analogía ; y en la realidad semejante principio no es siempre seguro , aunque los Médicos se

vean obligados á valerse de él en la práctica , mientras que nuevas y repetidas observaciones no determinen las excepciones que sean adaptables á todos los casos. Boerhaave , Hoffman, Sthal y otros escritores sistemáticos declaman contra las teorías , copiándose las suyas de uno en otro , porque cada uno explica , aunque de diferente modo , la causa próxima de todas las enfermedades de que tratan , y los efectos diferentes de los remedios que prescriben por principios que son igualmente hipotéticos. Sidenham , que todos reconocen por un escritor puramente práctico , usa á cada paso de racionios hipotéticos; pero con la diferencia de que sus hipóteses no fuéron para él mas que vanas apariencias que en nada influyéron en su práctica , siéndole fácil abandonarlas en todos los casos que no convenian de ningun modo con la experiencia.

De todo lo que acabamos de decir resulta pues que el uso del racionio es

absolutamente necesario en la Medicina, de tal modo que la diferencia de un Médico á otro consiste en el mejor modo de discurrir, que es propio de cada uno. Algunos por exemplo se dedican á estudiar las causas de las enfermedades y los efectos de los remedios; pero convencidos de la dificultad de tales investigaciones, y conociendo los diferentes orígenes del error, principian recogiendo y ordenando todos los hechos que tienen relacion con su objeto: si conciben alguna esperanza, aunque remota, de poder establecer un principio seguro, intentan demostrarlo por medio de alguna experiencia que sea una prueba directa y concluyente de su existencia; mas si esta prueba no corresponde á sus intentos, reconocen su error y lo confiesan con franqueza; quando el caso no es susceptible de una prueba directa, no consideran dicho principio sino como mas ó menos probable; pero sin abandonar por eso el exámen co-

menzado. Los que obran de este modo son á mi parecer los que tienen justo derecho al título de Médicos *racionales*. Otros al contrario, fundados en algunos hechos solamente, y guiados por vagas analogías, no se detienen en establecer principios hipotéticos: una imaginacion fecunda siempre está provista de materiales: emplean todo su ingenio en forzar y desnaturalizar los hechos para hacerlos convenir entre sí, despreciando como increíbles ó falsos aquellos que son contrarios á su opinion. En la práctica no hacen aprecio de las observaciones particulares, porque miran como seguros los principios generales que se han forjado, y los creen tan bien fundados, que no necesitan de confirmacion. Estos son los que se abrogan el título de Médicos *racionales*. Pero ciertamente no son dignos de este título los que no tienen á él otro derecho que la invencion de forjar sistemas, que por lo

comun son falsos y contradictorios.

Desde la época en que vivió Serapion, que fue el primero de los empíricos, hasta la presente, se han distinguido constantemente los Médicos en dos sectas: la una que supone no tener otra guía que la observación y la experiencia; pero desacreditada por sus antagonistas, y tildada con la nota de charlatanismo: la otra que toma el nombre de Médicos *racionales* ó *dogmáticos*; pero á quienes se echa en cara menospreciar la experiencia, y ser amantes de hipótesis imaginarias que no son de modo alguno aplicables á la práctica, ó no sirven sino para corromperla. Esta división me parece haber sido muy perjudicial á los progresos de la Medicina; y como entre los mismos profesores de esta ciencia hay unos que adoptan un partido, y otros que se alistan en el otro, sin tener la mas justa idea de la naturaleza de la disputa, procuraré manifestar su origen, y ha-

cer ver que muchos han estado engañados , ó se han visto empeñados en ella por el modo obscuro con que se ha tratado esta materia. Pero no será fuera del caso presentar antes un prospecto general del estado en que estaba la Medicina antes de esta época.

No vemos el menor vestigio de haber existido sistema alguno regular de Medicina antes de Hipócrates. La práctica antes de este tiempo, sin otro fundamento que la experiencia imaginaria ó real de los efectos que habian producido los remedios en algunas enfermedades particulares sin consideracion á sus síntomas ní causas , no parece haber sido otra cosa que el ejercicio habitual de un puro charlatanismo: por otra parte se sabe por la historia del Egipto que la Medicina estaba confiada en este pais, así como lo estuvo generalmente en los pueblos mas antiguos, al zelo de los sacerdotes, los quales envolviéndola con el velo del misterio

la llenáron de supersticiones religiosas, y la exerciéron con el mayor artificio. Esta ciencia estuvo también por muchos siglos sujeta á otros inconvenientes que nacióron de hallarse en poder de algunas solas familias griegas descendientes de Esculapio.

Es evidente que los filósofos que no eran de esta familia, y que comenzáron á estudiar la Medicina, considerándola como una parte útil de la Física, fuéron los primeros que introduxéron en su estudio un espíritu mas vasto de observación y de raciocinio. El que mas se distinguió entre todos fue Pitágoras, el qual con su perspicaz ingenio y una curiosidad sin limites recorrió y exâminó todas las partes de la naturaleza. Su imaginacion le conduxo á la creencia de los genios, de la magia, de la harmonía de los sueños y del poder de los números, llenando de tales chîmeras toda su Flosofia, y de consiguiente la Medicina con quien estaba

hermanada. Los filósofos que viniéron despues no hiciéron otra cosa que corromperla mas y mas, desfigurando cada una de sus partes con la hipótesis mas absurda.

Este fue el estado en que la encontró Hipócrates. Su sagacidad le descubrió lo necesario que era corregir estos abusos, y tomar á su cargo la empresa de dar un modelo del arte enteramente nuevo, levantando su edificio sobre la sólida base de la observacion. De aquí es que se cree fuese él el primero que separó el estudio de la Medicina del de la Filosofía. Pero como trató al mismo tiempo de establecer principios generales sacados de las observaciones particulares, se le mira con razon como el padre del sistema racional ó dogmático. Sin embargo, recorriendo con atencion sus obras se echa de ver que no pudo enteramente desentenderse de algunos puntos de la Filosofía supersticiosa que reynaba en su tiempo; pero á vuelta

de esto se observa en todas ellas un raciocinio mas fino y mas exácto de lo que podria suponerse, considerado el estado miserable en que se hallaba entonces la Anatomía, y las demas ciencias que tienen relacion con la Medicina.

Despues de Hipócrates se pasáron muchos siglos sin que parezca que la Medicina hizo el menor progreso. Dos grandes hombres de la antigüedad, Platon y Aristóteles, concurriéron, aunque de diferente modo, á retardar los pasos de nuestro arte, no solo por aquella época, sino tambien hasta nuestro tiempo.

Platon, que mostró en sus escritos la belleza y pureza de lá elegancia ática, será considerado siempre como el padre de las bellas letras; pero en lugar de mirarlo como un filósofo que conoció la naturaleza, no se puede dexar de imputarle haberla corrompido casi en todas sus partes, principalmente en la Medicina.

Timeo hizo lo mismo. Sus opiniones relativas á la economía animal no son mas que continuos sueños de una imaginacion exáltada. La sublimidad de su ingenio, extendiéndose á recorrer todas las obras creadas y su irresistible eloqüencia , cautiváron á todos los filósofos que le sucedieron , los quales mas dotados de imaginacion que de juicio, apartáron la atencion del estudio de la naturaleza para entregarse á contemplarla, de suerte que sus ideas absurdas y teológicas se introduxéron en nuestros sistemas de Medicina del mismo modo que en los que formáron sobre la divinidad.

Aristóteles tuvo mas vasto y perspicaz ingenio. Sus escritos merecen relativamente á algunas ciencias la alta estimacion de que gozan , tanto por su erudicion, como por la solidez de sus raciocinios; pero á mí no me pertenece hablar sino de los que tienen relacion con la Física y con la Medicina; y aun-

que es verdad que este filósofo no ha tratado expresamente de este arte, puede decirse, sin embargo, que su doctrina ha influido en él mas que la de ningún otro Médico. Sus principios filosóficos eran los mismos que los de Platon, no menos hipotéticos y visionarios que los de este; pero sostenidos con argumentos mas especiosos y fundados en mas ámplios conocimientos de la naturaleza, los quales habiendo sido adoptados por Galeno, se puede conocer fácilmente que la mayor parte de los sistemas de Medicina hasta los del último siglo se derivan todos mas ó menos de aquella misma fuente. Pero los perjuicios que causó á esta ciencia no provienen de haber introducido en ella falsos principios, tanto como de haber corrompido el espíritu propio que se requiere para las investigaciones filosóficas. En efecto, Aristoteles, ó acaso los Pedagogos sus secuaces, baxo el pretexto de enseñar á raciocinar con clari-

dad y precision impidiéron verdaderamente los progresos de los conocimientos útiles, distrayendo el ánimo de la experiencia y observacion, y aplicando toda su atencion á inútiles sutilezas que creian y publicaban ser los únicos criterios para llegar á los secretos de la naturaleza, no siendo en la realidad mas que un vano aparato de juegos de palabras.

Las diferentes modificaciones que experimentáron las doctrinas de Platon y de Aristóteles, no menos que las de algunos otros filósofos, que el tiempo ha reducido al olvido, introduxéron en la Medicina muchos y considerables absurdos, sepultándola en un caos de disputas y partidos en que no tenia el menor interes. En este estado de confusion estaba la ciencia médica, quando *Serapion* intentó su reforma, sosteniendo que la Filosofía era agena del arte de curar, cuya práctica no debia reconocer otro principio que la sola expe-

riencia. Llevado de esta idea creyó que no era necesario empeñarse en conocer ninguna de las causas de las enfermedades, sino las que fuesen por sí muy manifiestas, y de consiguiente abandonó la anatomía, la disección, la abertura de los cadáveres, y el exámen de todas las causas ocultas y remotas. Por absurda que deba parecernos esta doctrina, atendidos los progresos y estado de la Medicina, sin embargo en su tiempo se miró como la mas especiosa. Los Médicos entonces no conocian ninguna de las partes de la Física, que tan íntimamente está unida con su profesion; ignoraban asimismo la Anatomía, la Fisiologia y la Química. Si hubieran conocido su ignorancia en estas materias, sus racionios hubieran podido ser defectuosos en lugar de ser falso, porque los hubieran suspendido al menos en todas ocasiones en que la falta de hechos no les permitiese continuarlos; pero rara vez se han conduci-

do así los Médicos y los Filósofos de ningun siglo; porque siempre que las observaciones han faltado, la imaginacion ha ocupado prontamente su lugar, de modo que nunca faltan materiales para formar por algun tiempo qualquiera género de hipóteses. La doctrina de Platon me suministrará un medio de dar á conocer el estado de la Medicina de los tiempos remotos.

Se suponía que la primera forma que recibieron las partículas elementales de la materia habia sido triangular. Los diferentes modos y posiciones de estos triángulos produxéron los quatro elementos, el fuego, el ayre, el agua y la tierra; si el fuego dominaba se producian las calenturas ardientes y continuas; si el ayre, las quotidianas é intermitentes; si el agua, las tercianas; y si la tierra, las quartanas. En consecuencia de esta teoría se determinaba el método curativo de cada una de estas enfermedades, que se suponía correspon-

der á las causas próximas de que hemos hablado, y que por muchas razones era tan incompleto como absurdo. Esta es una leccion de humildad para el entendimiento humano, que nos enseña que aun en la nacion mas ilustrada y distinguida por los hombres de mayor ingenio se han seguido ciegamente y abrazado semejantes chimeras como verdades incontrastables.

Serapion tuvo entre los antiguos un gran número de sectarios de mucho ingenio, los quales se distinguieron con el nombre de *empíricos*; pero entre los modernos hubo tan pocos Médicos memorables por sus conocimientos que hayan querido alistarse abiertamente en esta secta, que en el dia no se emplea el término de *empíricos* sino como un nombre injurioso que sirve para denominar el ignorante charlatanismo. Pero aunque todos los Médicos recibidos en la facultad conforme á los debidos reglamentos de esta materia, declaman

contra el nombre de empíricos ; sin embargo, en la realidad puede decirse todavía que existe, bien que en otros términos, la antigua distincion entre los empíricos y los dogmáticos. Uno y otro partido me parece muy digno de nuestra censura, no solamente por lo que toca á su conducta como Médicos, sino por el modo impropio y ageno de toda urbanidad con que fomentan sus mútuas desavenencias. Para probar esto procuraré fixar el sentido de algunas palabras que ocurren con mas frecuencia en esta controversia, cuya ambigüedad contribuye á perpetuarla.

Empírico significa propiamente un Médico que se atiene á la experiencia, y se dirige por sola ella en la práctica, baxo de cuyo aspecto es honorífico semejante título. La experiencia es ciertamente la base de todos los conocimientos médicos: es el último recurso á quien se debe apelar, siendo constante que qualquiera asercion contraria á

ella ó á los hechos merece ser mirada y despreciada como falsa. Sin embargo, se da generalmente este nombre á aquel que por la observacion que ha hecho de los efectos de un remedio en un caso particular, lo aplica luego indistintamente á otros diferentes. Mas como las denominaciones de las enfermedades no son mas que nombres aplicados á cierto número de síntomas, que rara vez pasa de tres ó quatro, se sigue que se dará una misma denominacion á todos los casos en que se presentan dichos síntomas, ó para decirlo de otro modo, todos estos casos se refieren al mismo género de enfermedad, aunque por muchos respetos sean enteramente diferentes entre sí, y exijan diversos métodos de curacion. Así es que baxo el género de viruela se comprehenden otras muchas especies, que se diferencian mas unas de otras, que una inflamacion del pulmon y un reumatismo. Es pues evidente, segun esto, que no puede

haber un remedio universal para todos los casos de viruelas, ni á la verdad, para ninguna otra enfermedad, porque aunque convengan en algunos de estos síntomas de donde reciben el nombre; se diferencian sin embargo en otros de mayor consideracion. Además de esto, es necesario tambien atender en la aplicacion de un remedio á la naturaleza de las causas próximas ó remotas que han producido la enfermedad con arreglo á la constitucion del enfermo, su edad, sus hábitos, igualmente que á la estacion del año, al clima y á otras circunstancias.

Estas verdades son tan palpables para qualquiera que tiene la menor noticia de Medicina, y son tan patentes y tan perceptibles para qualquiera, que es de admirar haya hombres tan ignorantes ó tan imprudentes que se atrevan á proclamar un remedio como universal para todo género de enfermedades; pero no es menos extraño que se

hallen entendimientos tan limitados que sean capaces de dar crédito á semejante asercion.

Por lo que acabamos de exponer se ve claramente, que á pesar de que los empíricos pretendan no tener otra guia que la experiencia, son ellos los que realmente la abandonan.

En efecto, hay una especie de experiencia que por extensa que sea no da al Médico ni mas sagacidad, ni mas acierto en la práctica por la razon de no haber sido acompañada de la observacion necesaria. Hay algunos que emprenden el exercicio del arte persuadidos firmemente de la infalibilidad de ciertos principios, y de los remedios que se derivan de ellos: estos, á la verdad, consiguen hacer la aplicacion en el mismo instante que fixan el nombre de la enfermedad: no se toman el trabajo de distinguir los casos en que tales remedios tienen ó han tenido buen éxito: su práctica no varía nunca, ni

quieren oír hablar de otros métodos mejores que el suyo, y de consiguiente para esta clase de Médicos están por demás todas las ventajas de los nuevos descubrimientos.

El destino de la Medicina y Agricultura han sido en esta parte semejantes. En el curso de estos treinta años últimos se han adquirido en estas dos ciencias mas conocimientos reales, y confirmado mas hechos que en todos los siglos anteriores juntos, demostrando al mismo tiempo la poca solidez y aun la falsedad de muchos de los principios que dominaban en aquellos tiempos; lo qual debe hacer ver, principalmente á los Médicos y á los ruristas, quan engañados han vivido hasta aquí con su experiencia, y darles al mismo tiempo una idea de la dificultad de su profesion, y de la extension de conocimientos que exige.

Segun el método que han practicado los empíricos en todos los siglos, no

es de admirar que sus escritos hayan sido tan poco útiles á los progresos del arte: antes por el contrario, es muy extraño que hayan tenido tanta parte en inundarle de tan grandes errores y falsos principios, como hasta aquí lo han tenido encadenado, con especialidad por lo tocante á la parte que trata de los efectos de los remedios. No falta quien pretende que los libros de los empíricos podian ser útiles para aquellas personas, que no habiendo estudiado la Medicina por principios, no desean mas que adquirir algun conocimiento en la parte práctica de este arte; pero lejos de que esto pueda ser así, no hay nadie á quien tales libros sean mas peligrosos que á semejante clase de sujetos. Un Médico que tiene conocimientos reales en la teórica y práctica de su profesion podrá sacar talvez alguna utilidad, porque conocerá los lugares en que los hechos se cuentan de un modo imperfecto, distingui-

rá los que son fáciles de inducir en error, y eligirá los útiles dexando los inútiles, ó que no le sirven de ninguna utilidad. Quando se trata de semejantes hechos no puede nunca especificarse con la suficiente distincion todas las circunstancias que se dirigen á hacer ver el efecto del remedio. Pongamos un exemplo en un remedio que se suponga como infalible para curar el dolor de cabeza : ¿ cuántas questões no se presentan que resolver ? ¿ En qué especie de dolor de cabeza se observó propiamente su eficacia ? ¿ El dolor provenia por ventura de una afeccion interior de la cabeza , ó de alguna congestion de sangre ó coleccion de agua, de alguna inflamacion del cerebro ó de sus membranas ? ¿ Era efecto de algun vicio del canal alimenticio ? ¿ Provenia de la acritud de una materia pútrida, ó de la acumulacion de una flema viscosa en el estómago ? ¿ Acompañaba calentura al dolor de cabeza, y de qué

especie era? ¿Se presentó esta en consecuencia de un frío ó calor repentino, ó fue producida por la embriaguez, por alguna herida ó violencia exterior, ó por alguna fuerte pasión de ánimo? Otras muchas preguntas podían hacerse sobre el mismo caso, y á menos de no contextar á todas ellas con distincion, la práctica no puede menos de ser defectuosa. De aquí se ve que en muchas de las circunstancias indicadas de dolor de cabeza, la aplicacion del remedio supuesto no habria tenido la menor probabilidad de suceso, y en otras hubiera sido peligrosa. Pero por fortuna para el género humano la mayor parte de estos remedios, que se proclaman como específicos para las enfermedades particulares, tienen tan poca virtud por sí mismos, y con relacion á la dosis en que se administran, que se pueden tomar con sèguridad en qualquiera de los casos.

Despues de habeí procurado de-

mostrar quan poco fruto ha sacado la Medicina de los trabajos de los empíricos, pasará á exâminar si ha resultado mas utilidad á los intereses de esta ciencia de las tareas de sus antagonistas que toman el nombre de Médicos *regulares, racionales ó dogmáticos*.

La palabra *dogmático* en sentido riguroso no conviene mas que á aquel que trata de reducir á ciertos principios los conocimientos que ha adquirido sobre las enfermedades; pero con el tiempo se apropiáron este título aquellos Médicos preocupados y orgullosos que pretendian hacer ver que su práctica estaba fundada en el conocimiento de las causas próximas de todas las enfermedades, y de los diferentes efectos de los medicamentos. En el dia esta palabra *dogmático* se usa con poco favor de aquel á quien se aplica, como queriendo expresar con ella aquellos Médicos que ostentan mucha presuncion, que toman un tono de dictador,

nacido de la ciega obstinacion á sus propias opiniones.

Las quejas que se han fomentado contra estos Médicos *racionales* ó *dogmáticos* han sido muy vivas y demasiado freqüentes para que se puedan creer destituidas de fundamento. Se les acusa de despreciar la observacion, y hacer poco caso de la parte práctica de la Medicina, que es la mas útil; de dedicar toda su atencion al exámen de cosas ajenas del verdadero fin de su profesion; de corromper todas las partes de la Medicina con falsos racionios y con hipótesis mal fundadas; de adulterar, suprimir y aun forjar hechos para apoyar sus sistemas visionarios. Siento seguramente verme precisado á confesar que estas acusaciones se hallan harto justificadas en la historia médica de todos los siglos; pero tambien debo observar que no rara vez se encuentran demasiado exâgeradas. Hay algunos que no contentos con declamar contra toda

clase de hipótesis y teorías, no quieren admitir en Medicina ningun género de raciocinio, como si estos se dirigieran siempre á conducirnos al error. Pero tratemos de determinar el sentido de algunos términos de que se hace uso en estas contestaciones de ambos partidos.

Raciocinio es propiamente el ejercicio de aquella facultad del alma, por la qual deduce una cosa de otra, y saca una consecuencia de sus premisas. Sin el ejercicio de esta facultad no podríamos ni obrar en los asuntos ordinarios de la vida, á menos de no ser impelidos en ciertos casos por el instinto, la imaginacion ó la pasion; ni dar el menor paso en la investigacion de la verdad, saliendo de los principios que son evidentes por sí mismos. Así pues, si nos vemos obligados por necesidad natural á hacer uso de la razon, todo nuestro conato debe ser el raciocinar exâctamente y con precision. Pero los falsos raciocinios no son mas comunes en Me-

dicina que en las leyes , en la Metafísica , y en los asuntos ordinarios de la vida ; y sin embargo , hasta ahora nadie ha querido insinuar que en tales materias estuviésemos obligados á abandonar el uso de la razon.

La principal objecion que se hace contra la teoría de nuestra arte no tiene mas fundamento que la ambigüedad de las palabras. La teoría de una ciencia significa propiamente la doctrina de los principios generales establecidos en ella , distinguiéndose de la arte práctica en que esta se reduce á hacer la aplicacion de aquellos principios á los usos de la vida. Así la teoría de la navegacion por exemplo , no consiste en un conjunto de principios hipotéticos , sino que está fundada en una reunion de principios sólidos é incontestables , y se distingue de la práctica de ella , en que esta solo se propone hacer la aplicacion de ellos con facilidad y oportunamente. Igual dis-

tincion cave entre la teoría y la práctica de la Medicina; pero no sé porque extraño modo de discurrir algunos quieren tratar la teoría de la Medicina como una ciencia supuesta que no se funda sino en conjeturas y especulaciones chíméricas. Desfigurando de este modo la verdadera imágen que ofrece esta palabra, se presenta naturalmente una oposicion entre la teoría y la práctica de la Medicina, como si estas dos partes no solo no tuviesen entre sí ninguna conexïon esencial, sino tambien como si debiesen ser distintas, y como si la una fuese enteramente fruto de la imaginacion, y la otra un resultado de la exâcta observacion y experiencia; siendo así que en la realidad, y segun el sentido riguroso de la palabra, la teoría se engendra de la práctica, no apoyándose sino en los hechos, que son los que han de testificar su verdad. Igualmente proviene del sentido equívoco de la palabra la

preocupacion que algunos conservan contra las hipótesis en Medicina. Se confunde ordinariamente la hipótesis con la teoría, quando la primera no es propiamente otra cosa que la suposicion de un principio que no tiene por fundamento á la experiencia, pero que puede hacerse mas ó menos probable por los hechos, los quales no son ni en bastante número ni bastante convenientes para deducir de ellos su existencia. Quando las hipótesis se proponen con la modesta desconfianza que conviene á una pura suposicion ó conjetura, lejos de ser perjudiciales, son por el contrario muy necesarias para establecer una teoría justa y adecuada. Las hipótesis son los primeros rudimentos; facilitan la reduccion previa de los principios; sin su auxilio no tendríamos ni observaciones útiles, ni experimentos ni método, porque no tendríamos ni principio ni motivo que pudiese en ejercicio nuestra investigacion.

Por consiguiente las hipótesis solamente son peligrosas y dignas de censura quando se proponen como principios ciertos, porque en este caso cierran el camino á otras tentativas mas exâctas, haciendo que el entendimiento se confie en principios que pueden tan probablemente estar bien como mal fundados. En este sentido es quando son perjudiciales á nuestra arte. Pero una de las principales ventajas que se saca de estudiar la Medicina segun un plan regular y sistemático, es hacernos más capaces de distinguir los hechos reales de las inducciones con que las confunde algunas veces nuestro espíritu preocupado, y poder conocer las notas de una teoría simple y adecuada, y los caractéres de una hipótesis chímérica y visionaria.



DISCURSO QUINTO.

Es un error muy comun suponer las leyes de la naturaleza en menor número y mas simples de lo que realmente son. = Las disposiciones naturales de los hombres influyen sobre su ingenio literario. = Exemplos de esta verdad en las personas de una imaginacion viva y exáltada, comparadas con las que gozan de un ánimo tranquilo, sosegado y juicioso. = Conseqüencias peligrosas del mucho amor á lo maraviloso. = Abusos que se notan en el estudio de la historia natural. = Causas que han retardado los progresos de las ciencias. = 1.º Falta de atencion en su principal fin, que es proporcionar las comodidades y la felicidad de la vida. = 2.º La vana ostentacion de sutilezas inútiles. = Sobrada atencion y aun nimie-

dad escrupulosa en el órden.=Observaciones sobre este último artículo.= 3.º La credulidad.=4.º El amor y respeto servil á los hombres célebres.=5.º Ciega admiracion por la antigüedad.=6.º Pasion por la novedad.=7.º Demasiada precipitacion en reducir las ciencias á sistemas.=8.º Demasiada atencion en la elegancia del estilo ú oscuridad muy afectada.=Recomendacion de la lectura de los escritos del Lord Bacon.

En los discursos anteriores dexamos notado que en nuestras investigaciones sobre la naturaleza humana, la impaciencia de llegar á conocer sus leyes junto con el amor que naturalmente nos lleva á la simplicidad, nos hace creer que estas leyes son menores en número y menos complicadas que lo son en la realidad. Quanto mas nos penetramos de su conocimiento, tanto mas simples y uniformes nos parecen,

particularmente si las comparamos con toda la extension y variedad de las obras de la naturaleza. Mas no por esto debemos persuadirnos que todas estan circunscritas dentro de los estrechos límites de nuestra ciencia : no son pues todas accesibles á nuestra inteligencia. Quando Newton , por un esfuerzo extraordinario de ingenio , descubrió que todos los planetas gravitaban hácia el sol en consecuencia de la misma ley que hace gravitar los cuerpos terrestres hácia su centro , nos dió , en solo este principio , la explicacion de muchos fenómenos , cuyas causas se ignoraban hasta entonces ; pero no tardó en abusarse de él , aplicándolo para explicar otros , que en lo sucesivo se vino á demostrar dependian de leyes enteramente diferentes ¹.

Descartes levantó el edificio de su sistema del mundo material sobre dos

1 El Doctor Reid en sus investigaciones sobre el espíritu humano.

principios; la existencia de la materia y una cantidad determinada de movimiento impreso en ella desde su origen; sin embargo, se probó posteriormente que dichos principios por sí solos no eran suficientes para explicar la máquina del universo, y se demostró evidentemente que era necesario admitir además de esto el principio de gravedad de que hemos hablado, la cohesión, la atracción corpuscular, el magnetismo, la electricidad, y otras leyes de que dependen la atracción y repulsión de las partículas de la materia. El mismo Newton seducido del amor á la simplicidad y analogía llegó igualmente á conjeturar, bien que con la mas prudente circunspección, que todos los fenómenos del mundo material se explicaban por la atracción y repulsión de las fuerzas impresas en las partes de la materia, quando en el dia podemos creer, no sin fundamento, que se engañó en semejante conjetura. En efec-

to, no es posible explicar por la atraccion y repulsion de las partículas de la materia la facultad que tienen las sales, los cristales, los vidrios, y otros muchos cuerpos del reyno mineral de fixarse y reducirse á formas regulares. En los reynos animal y vegetal ¿no tenemos indicios evidentes de la existencia de ciertas potencias de naturaleza diferente de aquellas que rigen los cuerpos inorgánicos? ¿No estamos convencidos que existe un principio interno que siente, que piensa, y que parece dar el ser á las facultades que hacen mover á los animales? Es verdad que ignoramos absolutamente la naturaleza de este principio; pero sabemos que tiene sus leyes particulares, de las quales, en virtud de su union con el cuerpo, nacen ciertos efectos que no se pueden explicar por las leyes de la materia.

Podemos observar aquí, quanto influyen las diferentes disposiciones propias de cada uno de los hombres sobre

su ingenio literario. Los que gozan de una imaginacion pronta y fecunda son naturalmente propensos al amor de las analogías, no siendo raro verse engañados por las ilusiones de su imaginacion; entregados al ardiente deseo de establecer sobre ellas principios generales, los siguen luego tan ciegamente, que no conocen las objeciones que tienen en contra; pero á vuelta de esto, si por qualquier accidente llegan á vacilar en la opinion que tienen de sus principios, los abandonan con la mayor facilidad, mientras que con un poco mas de paciencia y perseverancia acaso hubieran podido triunfar de las dificultades que les impedian ver toda su solidez. Sin embargo, no pocas veces les somos deudores de algunos descubrimientos útiles; pero por lo comun ellos mismos son la causa de arruinar sus proyectos, solo por la omision ó desprecio de una ligera circunstancia necesaria para su execucion, de la que

se aprovecha otro que tal vez dotado de menos talento , exâminándola despues mejor , viene á quitarles el honor y el provecho de la invencion. En fin, la suma impaciencia , que ordinariamente acompaña á esta vivacidad de ingenio, los hace incapaces de considerar con la atencion necesaria las observaciones y experiencias, y no les permite perfeccionar ninguna de sus empresas.

Hay otra especie de ingenio enteramente contrario al primero; este es tranquilo , reflexîvo, atento en distinguir las cosas que parecen semejantes, vigilante en espiar las operaciones de los espíritus intrépidos é inventores, cuyos descuidos sabe ridiculizan las mas veces con mucho acierto. Sin embargo , como son tan raros los hombres de ingenio verdaderamente original y propio para abrir nuevas sendas en el camino de las ciencias, no se debe omitir medio alguno capaz de reanimar su zelo , y excitar su noble emulacion,

principalmente quando exponen con modestia y candor sus opiniones. Los que no siguen los derrumbaderos ordinarios estan expuestos á errar continuamente; pero como estos peligros los conducen á hacer descubrimientos importantes , sus errores merecen la mayor indulgencia. Ambas especies de ingenio se encuentran freqüentemente reunidas en una misma persona y en diferentes grados. En efecto, no es imposible gozar de aquella ardiente imaginacion que es particularmente propia para la invencion, y poseer al mismo tiempo aquel juicio sólido que considera y pesa en una justa balanza todas las objeciones que pueden oponerse al plan principal, y que segun el peso de la evidencia sabe ó desecharlas enteramente, ó mantenerse en cierto estado de duda hasta adquirir el mayor convencimiento del mérito del uno , ó de la futilidad de las otras. Esta feliz y rara union de ingenio con la exâctitud y

profundidad de juicio es lo que constituye al verdadero filósofo, y lo eleva á la dignidad que lo distingue entre los otros.

Recogiendo en la historia natural lo que debe servir á las artes, y venir á ser el fundamento de la Física por lo tocante á los conocimientos útiles, hay, entre todas las maravillas que nos ofrece la naturaleza, una eleccion importante que hacer, la qual consiste en no parar nuestra consideracion sino en aquellas, que comparadas entre sí, y ordenadas convenientemente, pueden conducirnos á principios generales. Así la historia de qualquiera produccion monstruosa que no ofrece ninguna semejanza con otra alguna, no debe reputarse sino como propia para divertir la curiosidad. Sin embargó, este principio de curiosidad, y este amor á lo maravilloso dominan de tal modo á los hombres, que *los juegos de la naturaleza* es precisamente la única cosa que

llama su atencion. Si nace un animal con dos cabezas, en el instante tenemos una exâcta descripcion del monstruo que corre toda la Europa, aunque este suceso sea de la menor consideracion para los progresos de la ciencia. Este amor á lo maravilloso se echa de ver con particularidad en las obras de Medicina, las quales están llenas de enumeraciones minuciosas y molestas de casos extraordinarios que no tienen nada de comun, que ninguno se halla semejante, y que probablemente no se verá jamas; siendo así que los síntomas en que se diferencian ciertas enfermedades ordinarias de otras de naturaleza diferente que se les asemejan estan muy distantes de llegar á confirmarse. No quiero decir en esto que no les sea lícito á estos escritores procurar presentarnos dichos fenómenos con toda la exâctitud posible, porque tal vez contribuyen así á esparcir luces sobre las leyes de la naturaleza, y conducirnos

á su modo ordinario de proceder; pero lo que repruebo es su amor extravagante por los prodigios , abandonando por esto las investigaciones mas útiles y generales.

El gusto de moda , por lo tocante á historia natural , es en el dia un objeto de curiosidad mas bien que un estudio que debé servir de basa á la Física, y ser útil á la Medicina, á la Agricultura y á otras artes ventajosas. No solamente se cuida de describir con exâctitud cada produccion de la naturaleza , sino de adornarla de grabaduras exquisitas. ¿No es á la verdad una nimiedad ridícula componer un libro en folio para darnos la historia natural de una rana, y presentárnosla pintada en una infinita variedad de posiciones? Con este modo de estudiar la historia natural es evidente que se conseguirá aumentar los libros sobre los que tenemos; pero no se llegará por eso á añadir un conocimiento útil sobre los adquiridos.

Las causas que mas han contribuído á retardar los progresos de las ciencias son las siguientes.

1.º Una de las principales ha sido la poca atencion que se ha puesto en el verdadero objeto de su cultura ¹, que es la utilidad pública, ó todo lo que contribuye á las comodidades de la vida y á su felicidad. En lugar de proponerse este fin, los hombres por la mayor parte parece no haber tenido otro en este estudio que recrear su curiosidad, variar sus pasatiempos, ó fomentar su vanidad y ostentacion. La Medicina entre las demas ciencias es acaso la que ha padecido mas detrimento de esta falta de direccion á su fin, que no es otro que el de conservar la salud, prolongar la vida, y curar las enfermedades. Esta ha hecho á la verdad menos progresos que ninguna de las demas artes útiles, no porque

1 Bacon *de augmentis scientiarum.*

haya carecido de hombres de talento que la cultiven , sino porque estos no lo han sabido aplicar ; ni tampoco por falta de erudicion , porque pocas profesiones pueden gloriarse de haber poseido tantos hombres de mérito esclarecido en cada ramo de la bella y útil literatura como la Medicina. Los Médicos han cultivado con mucho suceso no solamente las diferentes ciencias que tienen relacion con su arte , como la Anatomía, Botánica , Química y diferentes ramos de historia natural, sino que tambien se han distinguido muchas veces como poetas , matemáticos y filósofos. Sin embargo, son muy pocos los que por su ingenio ó aplicacion han llegado á enriquecer con nuevas luces y descubrimientos la verdadera práctica de su profesion; ¿ y cuántos, al contrario, no podriamos citar que la han corrompido con teorías forjadas en su imaginacion , retardando los progresos lentos por su naturaleza, que, como

se sabe, en qualquiera arte fundada en la experiencia y observacion son fruto del tiempo solamente? Pero la causa de haber hecho la Medicina tan pocos progresos puede atribuirse por una parte á la dificultad del arte mismo, y por otra á los obstáculos particulares á que está sujeta la profesion, como procuraré manifestar mas adelante.

2º Las sutilezas metafísicas, lejos de ser de alguna utilidad en las investigaciones de la naturaleza, producen un mal verdadero, dirigiendo los esfuerzos del ingenio del lado que menos conduce á los descubrimientos; vicio que por muchos siglos ha sepultado las ciencias en la obscuridad, introduciendo en ellas largas y reñidas controversias. Los escolásticos por su parte contribuyéron á retardar sus progresos, pues dotados por lo comun de mucha penetracion, en medio del ocio que les permitia su vida monástica, pero poco versados en los buenos auto-

res, y todavía menos en las obras de la naturaleza, no recogieron de sus tareas, siendo frutos sazonados, mas agradables á la vista que saludables en la realidad. Como sus escritos no contenian mas que sutilezas y juegos de palabras, sin tener otro objeto que dar origen á vanas y continuas disputas de que no se sacaba ninguna utilidad, llegaron por último á fastidiar á los hombres dotados de sana razon, esto es, á la parte mas sabia del género humano, y desde esta época la antigua Filosofía escolástica quedó abandonada casi generalmente. Pero no hay ninguna ciencia á quien haya sido esta mas perjudicial que á la Medicina. Desde Galeno hasta mediados del último siglo no se hallaba en las instituciones de Medicina otra doctrina que el conocimiento de los elementos y de los temperamentos, discusiones continuas para saber si el arte de restaurar la salud era el objeto ó el fin de la Medicina, si una enfermedad era

una qualidad ó una relacion, con otras futilidades de esta naturaleza, que en general no eran mas que disputas de palabras, que la sola definicion bastaba para resolver. No es posible reflexionar sin dolor quanta sagacidad, erudicion é ingenio se ha desperdiciado en semejantes disputas, las quales solo han servido para deshorrar los talentos, empleándolos en corromper un arte, que para su perfeccion exíge en lugar de sutilezas metafísicas, observaciones prudentes y atentas, acompañadas de un juicio sólido y perspicaz.

En dos casos solamente se pueden emplear con utilidad las sutilezas de la Metafísica, y es, ó quando se trata de materias de poca importancia, pero difíciles de comprehender, ó quando el asunto es de pura especulacion, y por su naturaleza sujeto á la discusion. Tenemos el primer caso por exemplo en la antigua Lógica de las escuelas, y en la mayor parte de las investigaciones

metafísicas, antiguas y modernas, las cuales consideradas como unos ejercicios convenientes para el espíritu de los jóvenes, no hay duda que ofrecen algunas ventajas; porque mediante este uso se ejerce y aumenta el ingenio, se fortifican y extienden las facultades intelectuales, y se determina y fija la atención con mas precisión en los objetos; pero invirtiendo en esto mas tiempo del que se debe, se distrae el ánimo del estudio de la naturaleza y de las artes prácticas, contrayendo el hábito de disputar sobre todo, cosa sumamente desagradable en la conversacion. Pero querer siempre medir las cosas con el rigor de la exactitud, es cortar las alas al ingenio, poner límites á sus vastos proyectos, perjudicar los progresos de las ciencias, y no acertar á conducirse en el manejo de los asuntos particulares de la vida, para lo qual no se requiere otra cosa que una prudente atención aplicada á las pro-

babilidades, á los principios consigüentes, y á las exteriores apariencias de los objetos, para saber discernir prontamente hácia que lado se inclina la mayor probabilidad del suceso, y habituarse á tomar con facilidad y firmeza el partido que conviene elegir en consecuencia.

, Las materias importantes que debiamos exâminar á fondo no son para nosotros mas que objetos de disputas inútiles y de vanas especulaciones; pero nos fatigamos con mucho ardor en exâminar escrupulosamente ya preliminares que suponemos ser absolutamente necesarios, ya otros puntos que miramos como esencialmente unidos con aquellos, aunque en la realidad no tengan con ellos la menor conexiön ni próxîma ni remota. Es igualmente infructuoso nuestro trabajo, quando queriendo penetrar en la naturaleza mas de lo que permiten ciertos límites, nos afanamos por descubrir causas, que ó son incom-

prehensibles para nuestra inteligencia, ó que aun siéndonos conocidas, no nos conducirían á ningun conocimiento útil. Tales fuéron los filósofos anteriores á Newton, que quisieron explicar la causa de la gravedad, siendo muy contrario el modo de pensar de este grande hombre, que se contentó con exâminar atentamente las leyes que seguía en sus efectos, sin hablar de la causa mas que como de una conjetura que presentaba baxo la forma modesta de una qüestion. Las leyes con que obran la gravedad, el magnetismo y la electricidad son objetos propios de nuestras investigaciones, porque estan sujetos á nuestra inteligencia, y llegándolos á conocer, pueden conducirnos á las mas útiles consequencias; pero sus causas escapan probablemente siempre á todos nuestros esfuerzos, y acaso su descubrimiento no nos traeia la menor utilidad. La influencia recíproca del alma y el cuerpo es uno

de los puntos mas importantes y dignos del exámen del Médico; pero el estudio dirigido á indagar la naturaleza de su union es tan obscuro como infructuoso.

3.º Hay otra especie de nimiedad inútil, que consiste en la escrupulosa exâctitud por lo tocante al método y clasificacion. Y si esta es necesaria en alguna especie de materias, es precisamente en todas las partes de la historia natural. La justa distribucion de las plantas y otras producciones en muchas clases, géneros y especies es uno de los principales auxîlios para ayudar á la memoria, y aun para conocer sus virtudes; pero la grande dificultad está en clasificarlas completamente, lo que no podrá conseguirse nunca, si no se conocen todas las propiedades de los individuos que se quiere clasificar. Sin embargo, esto podrá executarse á favor de diferentes principios, como sucede en los diversos sistemas de Botánica,

los cuales , bien que en comun , no sea uno mas completo que otro ; con todo , cada uno en particular puede tener sus utilidades ; del mismo modo se pueden clasificar las enfermedades segun sus síntomas y sus causas próximas ó remotas. Ademas de este hay todavia otros medios imperfectos , á la verdad ; pero que sin embargo no dexan de traer siempre alguna ventaja.

Hay muchos medios que pueden cómodamente adoptarse para clasificar con órden las enfermedades , los cuales consisten ó en reunir aquellas que tienen entre sí una afinidad natural , de lo que resultará que la historia de una enfermedad dará luces para la de otra , ó en comparar las circunstancias en que convienen para deducir los principios generales relativamente á su género ó especie. Estas ventajas no tendrán lugar sino solamente quando la clasificacion está fundada en los principios de una analogía natural y positiva , como

por exemplo en las calenturas, inflamaciones tópicas y hemorragias ; pero no quando la distribución es puramente artificial. Así es que las diferentes especies de enfermedades que los escritores nosológicos han comprendido en la clase de *cachêxias* , no concuerdan en ninguna de las circunstancias que se derivan de una afinidad real para poder, segun su conexión natural, determinar la clase correspondiente , siendo cierto que aun la mayor parte de los géneros particulares que forman sus diferentes clases , se contradicen en todas las circunstancias esenciales. Pero siempre es útil un sistema metódico de enfermedades en quanto proporciona al Médico en los casos dudosos y difíciles la comparación que le ofrecen los autores en otros casos semejantes, facilitándole asimismo la comunicación de las observaciones que por este medio se consigue reducir á descripciones cortas y compendiosas.

La falta de definiciones claras y precisas ha sumergido la Medicina, no menos que las demas ciencias, si se exceptuan las Matemáticas, en un abismo de confusion y de disputas. Parece que al presente convienen todos en que el partido mas conveniente es definir el género de las enfermedades por la simple enumeracion de aquellos síntomas que se presentan mas constantemente, que son mas obvios á los sentidos, y que sirven para distinguir las mismas enfermedades de otras que tienen con ellas la mayor semejanza. Las definiciones no deberán contener ninguna hipótesis que tenga relacion con sus causas próximas, ni aun indicarla; porque de otro modo no seria posible que los Médicos, á menos de que no pensasen todos de un mismo modo sobre las causas próximas, pudiesen convenir jamas en adaptar unas mismas ideas á las mismas palabras. Quando se definen las enfermedades por una simple enumeracion de

los síntomas mas principales y manifiestos , casi no se puede menos de convenir en el nombre que se debe dar á qualquiera de las dolencias que acometen á un enfermo. Las definiciones de las enfermedades deben tomarse quanto sea posible de todos los síntomas juntos que se presentan; pero á veces es necesario para caracterizar la enfermedad hacer la enumeracion de ellos segun el órden sucesivo que siguen, como en el caso de calenturas. Asimismo no deberán contener , si es posible evitarlo, los síntomas que se manifestáron al principio de la enfermedad, y de los que el enfermo apenas podrá dar razon, ni suponerlos de alguna consideracion para la duracion de la misma enfermedad, porque aquella es siempre incierta. Es tambien necesario algunas veces que la definicion de la enfermedad comprehenda la causa externa ú ocasional, quando los síntomas solos no bastan para distinguirla de otras de naturaleza

diferente. Sin embargo, esta no deberá nunca hacer parte de la definición, á menos que no sea muy conocida : ni conviene mudar el sentido á las palabras sin una necesidad urgente. Pero siempre que los escritores de Medicina hayan convenido generalmente en dar tal nombre á cierto y determinado conjunto de síntomas , esta palabra no deberá aplicarse en ningun caso á otra reunion diferente de aquella para evitar la confusion.

No obstante lo que acabamos de exponer, es imposible definir el género de las enfermedades con tanta exactitud , que á veces no quede alguna duda sobre el género á que conviene referir ciertos casos particulares. Es todavía mas difícil formar una categoría sistemática de enfermedades , que de los cuerpos que ofrece la historia natural , á causa de la frecuente incertidumbre de sus síntomas diagnósticos, de su inestabilidad y de su complicacion.

Los que hasta aquí han querido clasificar metódicamente las enfermedades se han diferenciado mucho unos de otros en quanto al número, distribución y definición de clases, no menos que en quanto á los órdenes y géneros. Lo que unos han llamado género, otros lo han considerado como especie ó como síntoma. Es necesario convenir que no es acaso posible al espíritu humano evitar las dificultades, y vencer los inconvenientes de que semejante exámen es susceptible, á lo menos hasta que la Medicina y el conocimiento de las enfermedades particulares no lleguen á su verdadera perfeccion.

Es pues evidente que este espíritu de clasificacion abre un dilatado campo á disputas interminables, y que distrayendo la atencion del estudio de las enfermedades y del verdadero método de tratarlas, no la ocupa en otra cosa que en especulaciones inútiles sobre el

órden á que corresponden para su clasificación: he dicho inútiles, porque se invierte en esto el tiempo que pudiera emplearse con mas provecho en otras investigaciones. Pero, ya que se ha tocado este punto, no puedo menos de recomendar la obra del Doctor Cullen sobre la clasificación de las enfermedades, no solamente á causa de su simplicidad, sino de la claridad y precision de sus definiciones.

El que en el estudio de la historia natural no se ocupa sino en la exâctitud de la colocacion, y en el conocimiento de los nombres, no sacará ciertamente mas utilidad que aquel que se dedicará al conocimiento de la gramática griega y al de todas las palabras de un diccionario griego, sin leer nunca ningun autor de este idioma. No es posible hablar de esto sin dolor, al ver quan distantes estan los hombres del verdadero fin que deben proponerse en este estudio, siendo constante que se aprende

mas bien como una materia de curiosidad propia para exercitar el ingenio en materias divertidas y extrañas, que como un conocimiento realmente útil y provechoso. Es menos importante á la verdad fixar las clases, órdenes y géneros de las plantas, que confirmar sus verdaderos usos: no obstante, el primer punto ha merecido ser tratado á fondo, y el segundo ha tenido la desgracia de ser abandonado, y en lo tocante á la Medicina de ser infectado con una multitud de hechos falsos y exâgerados. Hase puesto el mayor esmero en reducir á su propia clase la variedad de lombrices que taladran y roen el cuerpo humano, exâminando escrupulosamente sus diferentes formas; pero á proporcion no se ha procurado con tanta atencion y trabajo confirmar las señales de su exístencia, los síntomas que producen, y el método mas eficaz para destruirlas. Sin embargo, no puedo dexar en esta parte de hacer jus-

ticia al mérito del gran Linneo, el qual manifestó un ingenio tan fecundo como original, reduciendo todas las partes de la historia natural al sistema mas bello y mas perfecto que se puede imaginar, sin que se limitase solo á esto su espíritu observador, sino extendiéndolo hasta aplicar el estudio de la historia natural á las artes útiles de la vida, particularmente á la Agricultura y Medicina.

4º Los progresos de las ciencias no han padecido menos perjuicio de la credulidad de los que las han cultivado, la qual se echa de ver por la facilidad con que damos asenso á lo que nos aseguran, admitiendo por hechos los que realmente no tienen todavía confirmada su autenticidad, por la vana creencia en el poder de algunas artes engañosas, por el amor fanático á los nombres célebres, por la veneracion supersticiosa á la antigüedad.

La facilidad de creer los hechos

que nos venden por tales , y admitirlos sin autoridad, ha infectado todas las partes de la ciencia de la naturaleza ; pero ninguna tanto como la Medicina. Porque en esta es difícil poder confirmar los hechos que dependen de la economía animal , por quanto está sujeta á mil mudanzas repentinas é inesperadas que provienen de una variedad de causas que no podemos señalar, y que las mas veces no dependen de ningun principio material, sino de alguna afeccion desconocida del sistema nervioso. Una imaginacion exáltada puede fácilmente desfigurarlos, el fraude puede adulterarlos, sin que sea tan facil llegar á descubrir el error ; de donde proviene que los efectos de los remedios permanezcan siempre en un estado de incertidumbre y aun de falsedad, quando otras muchas partes de la historia natural han tenido la fortuna de poder sacudir el yugo del error. Esto es lo que ha cau-

sado á la Medicina mas perjuicios que las mismas teorías. Porque la inestabilidad de una teoría se descubre fácilmente, y un hombre juicioso puede por sí mismo conocerla ; pero muchos trabajos reunidos son apenas suficientes para distinguir los hechos referidos con exâctitud y candor, de los hechos falsos y exâgerados, y aun esto no se puede lograr siempre, como no se presente por casualidad la ocasion favorable de repetir la observacion ó experimento, acaso no sin peligro de la vida de un enfermo. No quiero decir en esto que en punto de historia natural ó de Medicina no se deban admitir otros hechos que los que esten sólidamente establecidos; que mi intencion es solo hacer ver quan esencial es no confundir las relaciones inciertas con las verdades indudables, y saber distinguir las convenientemente las unas de las otras. Siempre que se afirma un hecho, aunque tenga alguna cosa de ex-

traordinario, merece sin embargo que se haga mencion de él, hasta que llegue á confirmarse su realidad. Porque no hay cosa que mas acredite nuestra ignorancia en las obras de la naturaleza y nuestro miserable orgullo, que el despreciar los hechos, solo porque no podemos explicar su causa.

La vana creencia que se ha puesto en el poder de algunas artes supersticiosas, y particularmente en la Astrologia, Magia natural y Alquimia han retardado el progreso de los conocimientos, apoderándose del espíritu de algunos ingenios extraordinarios, é introduciendo en la Medicina una multitud de hechos falsos fundados en la supersticion y en el error. Estas artes, que prometian ser de alguna utilidad en la vida, cautiváron tan fuertemente la imaginacion de estos hombres célebres, que todo el poder de la razon no era suficiente para romper su esclavitud. Puede decirse á la verdad que de ellas nos

han venido algunos descubrimientos útiles, y que los efectos raros que produxéron en el espíritu podrian suministrarlos excelentes materiales para la historia de la imaginacion humana.

No ha sido menos señalado el daño que ha resultado á las ciencias del amor servil con que se ha respetado la celebridad de los grandes hombres. La historia de la Filosofía nos presenta de tiempo en tiempo algun ingenio original capaz de formar un sistema, que es bien recibido generalmente por algunos años: los doctos lo comentan de mil modos, unos lo explican difusamente, otros lo compendian con rigor; pero ninguno da un paso mas adelante, y aun pocos llegan á alcanzarle. En el espacio de algunos años se anuncia al público otro ingenio distinguido, que hace ver la falsedad del sistema de su predecesor; formando otro en su lugar, el qual despues de haber sido igualmente honrado por sus comentadores,

traductores y redactores, viene á caer por último en el desprecio y olvido como el anterior. Tal ha sido la suerte de la Medicina desde Hipócrates hasta nosotros, en cuya época comienza ya á verse nacer en los espíritus una disposición general á sacudir el yugo de la autoridad para no apelar en materia de hechos sino á la naturaleza, y en materia de opinion y de racionio conservar el derecho del propio juicio en particular. No se entienda por esto quiero persuadir que en esta clase de materias puede pensar qualquiera por sí mismo y discurrir á su gusto : al contrario, conozco que la intencion de la naturaleza no es que cierta parte de hombres pudiese pensar por sí sola, y obrar por sus propios principios. Mi ánimo ha sido solo manifestar mi dolor al ver un ingenio que la Divinidad ha dotado de talentos superiores abastirse á seguir servilmente la autoridad que debiera exâminar, y prestar su

asenso con sumision á unos preceptos que con poco exercicio en sus facultades intelectuales hubiera podido declarar por fútiles é insubsistentes.

Otro de los obstáculos que se han opuesto á los progresos de las ciencias ha tenido origen en la ciega y supersticiosa veneracion con que se ha mirado á la antigüedad. Es inconcebible para aquellos que conocen qual es el grado actual de nuestros conocimientos, y saben pensar con la libertad que reyna actualmente, hasta qué punto pudo llegar en los tiempos pasados este amor frenético á la antigüedad, y quanto ha esclavizado los esfuerzos del ingenio, y retardado el progreso de los conocimientos. Sin embargo, si consideramos qual fue el origen de semejante pasion, y el tiempo en que dominó, nos parecerá muy natural y digna de excusa. En la decadencia del Imperio Romano, las ciencias útiles y las bellas artes fuéron igualmente decayendo has-

ta llegar en fin á extinguirse con las frecuentes irrupciones de los bárbaros. Las tinieblas de la ignorancia cubrieron la redondez del globo hasta fines del siglo decimoquinto. No dexáron de aparecer de tiempo en tiempo algunas débiles chispas en medio de la obscuridad, y solo á favor de algunos felices sucesos fue como pudieron conservarse los mas preciosos residuos de las artes y de la Filosofía. La Medicina sufrió la suerte de las otras ciencias, y quedó sepultada en las mismas tinieblas. Hacia mediados del siglo quince, Constantinopla fue tomada por los Turcos, de donde *Teodoro Gaza* trasladó consigo á Italia todos los manuscritos griegos que pudo hallar. Hacia esta misma época fue quando se descubrió el arte de la imprenta, con cuyo auxilio se divulgáron por toda la Europa los tesoros de la antigüedad: revolucion importante en los anales de la historia y memorable en grandes su-

cesos. El mundo comenzó á salir de aquel letargo en que yacia sepultado tanto tiempo. Apenas se conociéron las obras griegas y romanas, quando en el instante se echó de ver la superioridad que llevaban á quantas se habian presentado hasta entonces en pensamientos, gusto y elegancia, en especial aquellas que contaban ya muchos siglos. De donde debia naturalmente suceder que los doctos y literatos del tiempo se ocupasen entonces en adquirir, traducir y comentar aquellos restos de la antigüedad que se habian salvado del estrago y barbarie de los tiempos, y que hasta aquí habian estado reservados por muchos siglos en las celdas de algunos monges. Todas las bellas artes la Pintura, la Escultura, la Arquitectura se eleváron rápidamente al mas alto grado de perfeccion: se estudió con particular cuidado la pureza de la lengua, y la elegante simplicidad de la composicion, principalmente en

Poesía é Historia; pero apenas se hizo caso de la Física y de la Historia natural; lo que puede atribuirse á que los antiguos en lo tocante á obras de imaginacion , de gusto y de poesía no conocieron rivales capaces de disputarles su eloqüencia , su simplicidad, la pureza y elegancia de su estilo. Así es que en la ciencia abstracta de las Matemáticas servirán siempre de modelos por la claridad y precision tan esenciales en el raciocinio metafísico ; pero no fueron tan felices en Historia natural y Física, lo que provino en parte de no haber puesto especial atencion en estas materias, y en parte de que el progreso de estas ciencias no tanto depende del ingenio de un solo hombre, como de los trabajos reunidos de muchos. He aquí por que un Homero, un Apeles, un Praxiteles y un Demóstenes pudieron elevar la Poesía, la Pintura, la Escultura y la Eloqüencia á tan alto grado de perfeccion á que no han podido

llegar acaso ninguno de sus sucesores; porque quando estos grandes hombres perecieron, perecieron con ellos en gran parte sus artes mismas. Pero en Historia natural y en Física es muy diferente, porque el que se dedica á qualquiera de estos dos ramos puede servirse para sus adelantamientos de los trabajos y descubrimientos de sus predecesores. Y así como el conocimiento de la naturaleza en el renacimiento de las letras estaba poco mas que en la cuna, quedó casi enteramente abandonado hasta mediados del último siglo, por quanto antes de esta época no se ocupáron los doctos y eruditos en otra cosa que en estudios y disputas teológicas, y no cultiváron mas que las bellas artes y diferentes partes de la bella literatura.

El mismo entusiasmo por la antigüedad que cautivaba en aquel tiempo á los que cultivaban las ciencias, se apoderó tambien de los Médicos, y los

sujetó servilmente á los antiguos escritores de su profesion. Mas feliz hubiera sido el género humano si estos; en lugar de haberse contentado con tributar una ciega y estúpida admiracion á Hipócrates, llamado con razon el padre y fundador de la Medicina, se hubieran dedicado á estudiar esta ciencia con aquel juicio sólido y espíritu observador de que él estaba dotado. Hipócrates gozará siempre de la mas alta estimacion por razon de su exâctitud y fidelidad en la descripcion de las enfermedades, por razon de su franqueza, de su buen juicio, y de la elegante simplicidad de su estilo; pero sus sucesores, en lugar de seguir su plan, y continuar levantando el edificio sobre los cimientos que él habia puesto, empleáron todo el tiempo en comentar solo sus obras. Galeno fue el primero que escribió muchos volúmenes para demostrar las obras y producciones genuinas de Hipócrates, dedicándolos á conci-

liar sus contradicciones aparentes , y probar la verdad de sus observaciones con diversos argumentos apoyados no en su propia y dilatada experiencia, sino en la Filosofía de Aristóteles , los quales, aunque tal vez sean sutiles é ingeniosos, por la mayor parte se nota que son poco convincentes ó puramente sofísticos. Es ciertamente muy absurdo comentar obras que consisten en observaciones. Porque el primer exámen debe dirigirse en este caso á la especulacion de los hechos, de modo que hasta que ellos lleguen á quedar establecidos por observaciones exâctamente semejantes , es perder el tiempo y el trabajo empeñarse en explicar sus causas. Hipócrates nos ha dexado una porcion de excelentes observaciones; unas verdaderas solamente en ciertos casos y con ciertas restricciones; otras particulares al clima y pais en que vivia; muchas tan obscuras , que no se pueden comprender; algunas mal fundadas, y

un gran número de ellas que parecen curiosas é importantes; pero que ninguno de sus comentadores se ha tomado el trabajo de exâminar para convenirse de si eran falsas ó verdaderas. Cada uno puso todo su conato, á imitacion de Galeno, en probar la verdad de dichas observaciones, no por otras de la misma naturaleza, repetidas por sí mismo, sino por racionios hipotéticos tomados de la Filosofía que dominaba en su tiempo. Hipócrates fue el primero que trabajó en establecer el noble fundamento de las observaciones, y en dar el exemplo de las descripciones fieles y exâctas; pero en esto ha sido precisamente en lo que menos se han seguido sus huellas. Si en los siglos precedentes procuráron los Médicos verificar por sí mismos algunas de sus observaciones, fue solo para defender sus propias teorías, bien que fuesen las mas opuestas entre sí, apoyándolas en la autoridad de algunos lugares oscuros

que hallaban en los escritos del padre de la Medicina. No se han valido los Médicos casi hasta nuestros dias de las opiniones de Hipócrates (de las que él mismo usaba con mucha economía), sino para destruir la autoridad de los hechos, cuya verdad no necesita de otro apoyo que de la experiencia de qualquiera hombre veraz y sensato; de suerte que para escribir uno sus observaciones propias, se vió como en la necesidad de hacer ver que convenian con las de Hipócrates, ó á lo menos que no eran opuestas á ellas de modo alguno. ¿Qué ha sucedido de aquí? Que muchas veces se alteró la verdad de la naturaleza para hacerla corresponder con los juicios de Hipócrates, y aun con la autoridad de Galeno. He aquí lo que ha corrompido el origen de los verdaderos y solidos principios de la Medicina, introduciendo en sus escritos la mania de ostentar en ellos una pomposa erudicion, buena sin du-

da para perder el tiempo y fatigar al lector, el qual tiene mas interes en leer en la naturaleza, que en saber lo que pensáron Hipócrates y Galeno acerca de la Medicina. Aun falta mucho para que esta pedantería se haya desterrado de la Europa, pues se hallan muy pocas obras, que debiendo tratar solo de alguna de las partes de la Medicina, no salga aumentada en muchas páginas por las numerosas citas sacadas de los antiguos, ú observaciones comunes, que no tienen otro objeto que mostrar la erudicion del autor.

5º Otro de los obstáculos que ha impedido los progresos de nuestra ciencia ha sido el amor ardiente por la novedad, que nace en parte de un principio natural al espíritu humano, al qual le es agradable todo lo que es nuevo fuera de otra qualquiera consideracion; en parte de aquel penoso trabajo que cuesta el descubrir la verdad en una materia importante, difi-

cultad que nos conduce tal vez á abrazar la sombra por la realidad; y en fin, en parte de aquella propension de creer por cierto lo que deseamos que lo sea. La poca seguridad que se tiene en un método curativo aplicado á una enfermedad determina los enfermos, y muchas veces los Médicos á adoptar con ansia otro nuevo que promete remedios mas pronto y eficaces. De aquí viene tambien la propension universal de dar crédito á todo lo que se cuenta y exâgera acerca de los efectos de los remedios empíricos y decantados secretos que poseen algunas personas. En qualquiera enfermedad se alaban como infalibles estos remedios con una confianza, que el Médico prudente y juicioso no se atreveria á atribuir á ningun otro; de donde sucede que muchos de aquellos que mas se han preconizado como remedios generales ó eficaces para casi todas las enfermedades, vienen á caer poco tiempo des-

pues en un profundo olvido, como hemos visto en nuestros dias con el agua fria, el mercurio crudo, el xabon, el agua de brea, el agua de cal, el agua de mar, los remedios de Ward y otros, que todos son verdaderos venenos, los quales en los principios se creyeron como infalibles, hasta que manifestando el tiempo su ineficacia general, se fueron abandonando prontamente, como si un remedio no pudiese ser útil y propio para la curacion de una enfermedad por sola la razon de no ser universal. Sin embargo, la pasion á la novedad no ha sido un obstáculo tan grande para los progresos del arte como la veneracion supersticiosa que se tributaba á la antigüedad; porque la primera nos trae de tiempo en tiempo la adquisicion de algunos conocimientos nuevos; pero la segunda encadena las facultades del entendimiento, haciéndole admirar con una especie de estupidez lo que solo

podia merecer alguna consideracion quando la ciencia estaba en su cuna, y que en el dia apenas hay quien lo ignore. Este entusiasmo pasajero del público puede ser de alguna utilidad al Médico sagaz y circunspecto; porque le ofrece una ocasion de convencerse de los efectos de algunos de estos remedios, presentándoselos administrados en mayor dosis y por mas tiempo que en otras circunstancias en que no hubiera sido fácil persuadir al enfermo se sujetase á su aplicacion. Si la pasion á la novedad puede merecer tal vez disculpa, debe ser principalmente en Medicina; porque los hombres naturalmente sienten un placer en aumentar el número de sus conocimientos, ó dar á luz algun descubrimiento importante para su salud.

6º La demasiada precipitacion en reducir ^r qualquiera ciencia á un siste-

ma, por cabal y perfecto que nos parezca en todas sus partes, estando estas realmente incompletas y llenas de errores, contribuye tambien á retardar y poner un obstáculo á sus progresos. Este sistema parece por lo ordinario no dirigirse á otra cosa que á presentarse á los ojos del mundo baxo el aspecto que le sea mas favorable. Sus patronos le anuncian con fausto y con cierto tono magistral, á fin de inspirar confianza sin pasar por el exámen, lo que consiguen sin mucha dificultad por la razon de que esta propension á recibir un sistema es por lo comun muy halagüeña, porque es un medio de resolver todas las dudas, prometiendo principios fixos y ciertos, sobre los quales descansa el espíritu con confianza. El interes y la reputacion de los que enseñan ganan igualmente en reducir las ciencias á sistemas que aparentemente parecen completos. El que afecta tener un conocimiento perfecto de los prin-

cipios de la ciencia que profesa , no demostrando la menor duda sobre su solidez , se presenta á los ojos de todos de un modo mucho mas favorable que aquel que parece tenerlas , y lo confiesa ingenuamente : pues como la mayor parte de los hombres no puede ser juez del mérito de aquellos que cultivan una ciencia , les concede fácilmente la misma importancia que ellos le suponen , á menos que su vanidad no la exâgere con sobrada afectacion. Dexamos antecedentemente indicado el método mas conveniente para el estudio de la naturaleza segun un plan regular y determinado ; porque es sin duda preciso quando se enseña una ciencia fixar tambien el plan y órden que debe seguirse ; pero hasta estar establecidos ó determinados todos los hechos y principios contenidos en ella , es imposible reducirla á la forma de un sistema completo , siendo indispensable entretanto dexar absolutamente indeterminadas

muchas circunstancias relativas á la clasificación. Por lo que es tal vez mas ventajoso recurrir al simple método de los aforismos, que empeñarse en establecer un órden exácto, quando no hay principios seguros para ejecutarlo.

Este furor de formar sistemas se ha introducido con especialidad en la Medicina, causándole gravísimos perjuicios. Así vemos que en diferentes tiempos cayó esta ciencia entre las manos de los galénicos, químicos, cartesianos, matemáticos, stalianos y de algunas otras sectas compuestas de las precedentes, cada una de las cuales ha pretendido presentarla como reformada y acabada en todas sus partes; ya ofreciéndola unos baxo una forma misteriosa en que se dexan ver algunos rayos de una divinidad mística, ya pres-tándola otros cierto colorido astrológico, hasta que en fin vino á caer en todas las sutilezas de la Filosofía escolástica, segun que los Médicos se aplicaban mas

ó menos á estos diversos estudios. Sin embargo, por muy erróneos que sean todos estos sistemas, un Médico dotado de ingenio nunca dexará de sacar de su lectura alguna instruccion provechosa.

El último obstáculo que ha detenido los progresos de las ciencias en general ha procedido por una parte de la demasiada atencion en la pureza y elegancia del estilo, y por otra de la afectacion ridícula de un language obscuro y enfático. En las obras de gusto dirigidas á conmover las pasiones puede convenir el adorno del estilo: la elegancia, la sublimidad, el arte de interesar tienen aquí su principal lugar; pero quando se trata de comunicar una ciencia, el language debe ser claro, sencillo y exênto de toda compostura. Es tambien preciso dexar á los escritores originales, que tienen ideas nuevas que comunicar, la facultad de inventar palabras nuevas, y servirse de frases igual-

mente nuevas, á fin de expresar su pensamiento con mayor fuerza, cuyo derecho les pertenece en propiedad y exclusivamente, con tal que reine en sus escritos la claridad. El énfasis del estilo y la afectada obscuridad están al presente proscriptas del mundo literario. En el día se mira como un pedantismo el servirse de términos técnicos, quando se pueden emplear otras palabras tan claras y expresivas, no viéndose en aquel recurso mas que un velo propio para ocultar la ignorancia. Esta censura es á veces mal aplicada; pero en general es siempre justa. La vanidad fue quien introduxo aquella gerigonza científica que por tanto tiempo deshonoró á la Filosofía, y la que excluyó indignamente de las ciencias á todos aquellos que no hacian profesion de ellas. Pero de qualquier modo es evidente que no hay cosa mas perjudicial á los progresos de una ciencia, que quando se pone mas atención en las

palabras que en las cosas, sea que se dirija todo el esmero á hacer ostentacion de un estilo afectado ó pedantesco, sea que se mire con demasiada escrupulosidad la pureza de la diction ó la elegancia de la composicion.

Este lugar me ofrece una ocasion oportuna de recomendar seriamente el estudio de las obras del Lord Bacon, el qual fue acaso entre todos los hombres el que pudo gloriarse de tener el mas vasto y penetrante ingenio que cupo en suerte á ningun mortal. ¿Con qué incomparable precision y juicio no nos dexó trazado el verdadero método de adquirir las ciencias, y determinar sus progresos? ¿Quántos bellísimos ensayos de introduccion á la Filosofía, que pueden tenerse por otros tantos modelos, no nos dexó entre sus obras, principalmente en su historia de los vientos? Pero todas estas tentativas, así como otras muchas sobre la historia natural, no deben considerarse sino como

un prospecto del método practicado por él en las investigaciones de la naturaleza. Los hechos no merecen particular consideracion, ni aun deben ser recibidos generalmente, porque él se vió obligado á admitirlos tales como en su tiempo se hallaban adoptados por todos; los quales, ya fuesen verdaderos ó falsos, siempre servian para su intento. Su language y su estilo son verdaderamente suyos: se le ha criticado, y acaso con justicia, el amor á las figuras, lo que le hace obscuro en algunos lugares; pero en general la claridad, nobleza y energía de su expresion le hacen el mas recomendable para la adquisicion y comunicacion de las ciencias.



DISCURSO SEXTO.

Abusos particulares introducidos en la Medicina.= Inconvenientes del método ordinario de enseñar, originados tanto de las lecciones de los profesores, como de los libros.= Seria muy provechoso que el profesor por todo el tiempo de sus estudios tuviese una asistencia ordenada á la visita de enfermos.= Deberes de un profesor de Medicina.= Inconvenientes que nacen de reducir el estudio y práctica de este arte á una clase de hombres, que sacan de él su subsistencia.= Ventajas que resultarían de abrir la carrera de esta ciencia á personas instruidas y de talento, que sin estar sujetas á la profesion, la estudiaran como una parte interesante de la Filosofia= Exámen para probar que este método redundaría

en beneficio de la humanidad, propagando mas los auxilios que ofrece el arte.=Que esto facilitaria los progresos de la ciencia.=Que sosten-dria mas sólidamente la dignidad de la profesion.=Y que aseguraria mucho mejor la suerte de cada individuo de los pertenecientes á ella en razon de su verdadero mérito.=
Conclusion.

EN el discurso precedente procuré manifestar algunas de las causas que han impedido en general el progreso de las ciencias, aplicando, quando se presentaba oportunidad, mis observaciones particularmente á la Medicina. Traté en consecuencia de indicar el camino mas seguro que podia conducir á la perfeccion, y sobre este punto he creido deber manifestar mi modo de pensar, porque se me ofrecia una ocasion favorable de hacer conocer los principios fundamentales de nuestra arte; pero

antes de concluir esta materia , el honor y amor á la verdad de que hago profesion , me obligan á detenerme sobre algunos abusos particulares que se han introducido en la Medicina , los quales han impedido probablemente el que esta ciencia haya alcanzado toda la perfeccion de que es susceptible. No es mi ánimo tratar de descubrir los defectos de una profesion que amo con particular inclinacion , y cuyo esplendor tanto por honor como por otras muchas consideraciones , me veo obligado á defender , sino antes bien procurar establecer su gloria sobre un cimiento sólido é inalterable, indicando al mismo tiempo los errores é inconvenientes que trae consigo la falta de atencion en esta parte. Como mi opinion se diferencia en este punto de la de muchos de mis compañeros , me explicaré sin embargo con la libertad posible ; pero con aquel respeto que me inspira la superioridad de su

juicio y experiencia. Además de las dificultades esenciales á la Medicina hay otras particulares que han contribuido á retardar sus progresos, que son el modo de enseñar adoptado por el uso, y el haber reducido la facultad á una clase de hombres que hacen de ella una profesion lucrativa.

’ En primer lugar debo observar que el método general de enseñar en las universidades parece adoptado no tanto con el designio de contribuir á los progresos de las ciencias, como con la intencion de comunicarlas; menos para extender las artes particularès, que para comunicar los principios generales de ellas. Los que profesan las ciencias han recurrido por lo comun á diversos atractivos, unas veces con la intencion laudable de fixar la atencion de sus discípulos, otras para dar á su persona un carácter serio de dignidad, ya

aspirando al honor de algun descubrimiento, ó á la gloria de una refutación victoriosa, ya haciendo ostentacion de sabiduría, ó en fin disfrazando su orgullo baxo el obscuro velo del misterio. Los que enseñan la Medicina han adoptado por su propia comodidad el uso del método *sintético*, esto es, el de establecer principios generales, especialmente aquellos que tienen conexión con las causas próximas de las enfermedades y sus remedios, sin referir mas hechos que los que sirven para explicar dichos principios, ó los que se pueden deducir de ellos plenamente. La Medicina, como se practica ordinariamente en las universidades, en lugar de mirarse como imperfecta en la mayor parte de sus ramos esenciales, en lugar de mostrar claramente su insuficiencia en muchos casos, á fin de excitar la emulacion, y meditar su reforma, se presenta baxo la forma de un sistema regular y perfecto en apariencia. Un profesor

principiante que la considera baxo este aspecto seductivo, adoptando sin sombra de sospecha sus teorías con la misma confianza y tanta facilidad como si adoptase hechos confirmados por sus sentidos, se imagina conocer las causas de las enfermedades y la serie de los efectos que producen los remedios, satisfecho de tener en todos los casos principios seguros á que recurrir con entera satisfaccion; pero ¿quántas veces no fuéron falaces tales principios? La historia de la Medicina testifica suficientemente esta verdad, haciendo ver que constantemente fuéron pasando del estado de demostracion supuesta, al estado positivo de incertidumbre; por exemplo, la acrimonia de la sangre se ha mirado hasta hoy como causa próxîma de algunas enfermedades; se ha singularizado y distinguido la naturaleza de esta acrimonia; se ha explicado por qué causas ocasionales se puede producir; en consecuencia de estas verdades supuestas, se

han dado las indicaciones curativas, que parecen satisfactorias, se ha prescrito el uso de los remedios que corresponden á estas indicaciones, y determinado la virtud especial de que gozan para destruir tal ó tal acrimonia. Sin embargo, acaso podría hacerse ver mediante un profundo exámen, que no se descubre con evidencia en semejantes enfermedades la menor señal de dicha acrimonia, y que aun suponiendo que hubiese razon de sospechar en general que semejante vicio puede existir en la sangre, no conocemos hasta ahora nada de su naturaleza específica; que ignoramos igualmente de qué modo producen las causas externas los síntomas que le son propios; si principian viciando la sangre, ú obran inmediatamente sobre el sistema nervioso; que en razon de nuestra incertidumbre relativamente á estas circunstancias, las indicaciones curativas nos son igualmente inciertas; que no hay prueba para afirmar que los reme-

dios obran del modo que se les supone; y que acaso la mayor parte de estos, aunque se han tenido en el curso de muchos siglos como especialmente adaptados para la curacion de dichas enfermedades, no tienen contra ellas ninguna virtud absoluta, á lo menos en la d6sis comun en que se administran. En fin, lo que tal vez puede asegurarse de positivo es que toda la certeza que tenemos en semejante materia se reduce á saber que dichas enfermedades se engendran por la aplicacion de ciertas causas externas; que la experiencia ha confirmado los efectos de algunos remedios propios para curarlas, y que esta experiencia es la 6nica base segura sobre la qual se pueden levantar los cimientos s6lidos de una pr6ctica provechosa y racional.

Sin embargo, rara vez le es f6cil al profesor que principia sus estudios evitar los errores que le expone esta serie de hip6tesis, porque ignora en qu6

circunstancias se hallan fundadas : le parecen plausibles, porque ve la conexión que tienen entre sí; y le son tanto mas agradables, quanto le ocultan completamente las dificultades de la profesion.

Ciertamente que la Medicina y sus progresos deben prometerse muy poco de un Médico que sigue ciegamente los principios sistemáticos que le enseñaron en las escuelas, porque apenas cree que es susceptible este arte de admitir otros: su plan curativo es conforme á las reglas establecidas, y quando muere el enfermo nada se inquieta, porque nada ha omitido de lo que estaba en poder del arte. Parece que debia esperarse que la larga experiencia y la madurez del juicio llegasen al cabo á vencer sus preocupaciones; pero un escaso conocimiento del mundo nos hace ver, con quanta dificultad se llegan á desarraigar las preocupaciones que nacen de las impresio-

nes primeras que recibimos y conservamos profundamente grabadas : por el contrario , no omitimos la menor circunstancia que se dirija á confirmarlas , despreciando ingeniosamente todaś aquellas que pueden de algun modo debilitarlas , de suerte que el tiempo parece confirmar mas y mas nuestros errores.

A la verdad que es un sacrificio costoso y difícil de emprender el renunciar á las opiniones favoritas , y descender de un estado de seguridad y confianza al de duda y de incertidumbre. Así es que vemos no pocos Médicos que apenas mudan los principios que una vez adoptáron en los primeros tiempos de su carrera. Tenemos á la vista muchos exemplos de hombres acreditados por su ingenio , que habiendo escrito en su juventud obras de Medicina práctica , y llegado á la extrema vejez cubiertos de celebridad por sus talentos , despues de haber ad-

quirido la mas dilatada práctica, hicieron en el curso de su vida diferentes ediciones de sus sistemas, sin haber hecho en ellos la mas ligera mutacion, lo que prueba la adhesion extraordinaria que conservaban á sus primeras ideas.

Aunque los principios de la Medicina en su origen no tuviesen mas fundamento que el exámen ó induccion derivada de los hechos particulares, con todo, seria tan fastidioso como desagradable establecer su enseñanza baxo este plan solamente; por lo que soy de parecer que el mejor método que se puede seguir es el de combinar el *sin-tético*, que es el mas cómodo para comunicar la instruccion, con el *analítico*, que facilita los progresos y los descubrimientos. Si el estudio de la Medicina se dirigiese de este modo, el profesor seria en cierto respecto un testigo ocular de las observaciones y experimentos que sirven de basa á los principios

de su facultad ; esto es , si los estudiantes conversasen diariamente con los enfermos , sacarian de esto mucha mas utilidad que la que sacan de los libros y de las lecciones. Citaré algunos exemplos.

1º Todo aquello que vemos hace en nuestra mente una impresion mas profunda y durable que lo que aprendemos por via de descripcion.

2º Hay muchas circunstancias relativas á las enfermedades y medicamentos , de que es difícil dar una idea completa ; á saber , las diferentes señales exteriores del semblante , el estado del pulso , la respiracion , la voz , el olfato , el gusto y los diferentes grados de calor ; de suerte , que no hay Médico alguno experimentado , ni artista de qualquiera profesion que sea , que sobre estos objetos no sepa ó conozca mucho mas de lo que puede decir ó comunicar á otros.

3º En los sistemas se representan

las enfermedades como si existiesen únicamente por sí mismas; pero en la práctica se hallan complicadas de tantos modos diferentes, que no hay descripción que pueda especificarlas, ni reglas prácticas generales que se les puedan aplicar.

4.º Los hechos *médicos* se refieren por lo comun de un modo imperfecto, unas veces por falta de atención en el autor á las circunstancias concomitantes; otras porque cree que estas circunstancias no son de consideración. Pero á la verdad que en los sistemas rara vez se hace mencion de hechos sino con la sola idea de establecer una teoría, ó recomendar algun remedio; y si sucede que estos hechos no quadran con dichas miras, ó son en cierto modo contrarios, no se habla de ellos sino por cima, ó se suprimen enteramente. Por otra parte la codicia, la vanidad, la credulidad, el fuego de la imaginacion, ó la falta de juicio

han llenado los libros de Medicina de un fárrago indecible de hechos y relaciones falsas ó exâgeradas sobre muchos efectos de algunos remedios particulares.

5º Un profesor que sigue el método precedente de aprender, adquiere una atención habitual, un discernimiento eficaz en los casos mas complicados; ve la verdad de los principios generales que palpa por la experiencia, la qual le descubre la falsedad de los unos, y le enseña á conocer muchas excepciones y restricciones á que estan sujetos los otros. Las mas veces aprende á conocer que las indicaciones curativas mas plausibles son falaces y peligrosas, y que entre los numerosos remedios adaptados á cada una de estas indicaciones, no hay ninguno que pueda aliviar verdaderamente al enfermo. De este modo se acostumbra en lo sucesivo á desconfiarse de todo género de teorías, por especiosas que se le presenten.

6º No reconoce la importancia de las diferentes partes de la Medicina y de las especulaciones propias del objeto de cada una, sin referirlas al verdadero fin de su profesion, que es el de curar las enfermedades, baxo cuyo intento solamente hace su aplicacion.

7º Se familiariza desde luego con los caprichos y debilidades de los enfermos; adquiere cierta facilidad en manejar ingeniosamente su carácter, y consolarlos en sus miserias: conducta que en muchos casos es de la mayor importancia.

8º Adquiere poco á poco el arte de dirigir un enfermo, prontitud en el discernimiento, agilidad y presencia de ánimo quando conviene; aprende á decidirse y resolverse en los casos imprevistos. Un Médico principiante sin mas conocimientos que los que ha sacado de sus libros y de las lecciones que ha recibido, por instruido que esté en todos los puntos, y de consiguiente

capaz de discurrir con el mayor acierto sobre todos ellos, no se hallará menos embarazado y perplexo al comenzar á ejercer la práctica. La Medicina no es únicamente una ciencia especulativa que se puede adquirir solo por medio del estudio; es una arte activa y práctica que no se puede ejercer convenientemente sino despues de haberla practicado mucho tiempo. Nadie habrá que no convenga en que sucede aquí puntualmente lo mismo que en todas las artes prácticas, en las quales se establece una enseñanza dirigida bajo iguales condiciones. Figurémonos un mancebo destinado al oficio de marinero; supongamos que ha empleado los primeros años de su educacion en el estudio de las Matemáticas, de la Física, de la Navegacion, sin haber visto en toda su vida la mar; ¿quál será su situacion al presentarse por la primera vez en la embarcacion? Podrá ciertamente discurrir sobre las fuerzas mecá-

nicas, sobre el atrito, sobre la naturaleza de los efluvios magnéticos, sobre la teoría de los vientos, y en una palabra, acreditar su suficiencia é instrucción en las diferentes partes de su profesión; ¿pero ¿será capaz ni aun para manejar una cuerda? ¿Sabrá subir á los mástiles y amarrar las velas? ¿Será capaz de hacer observaciones en un mar borrascoso? ¿Será capaz de hacer alguna maniobra á bordo del navío? ¿Habrá quien quisiese fiarse de semejante piloto? Tal es la posición en que se halla un Médico principiante que ha seguido todos los cursos de su facultad con *puntualidad y aprovechamiento*, y posee los mejores principios relativos á las diferentes partes de su profesión, menos la práctica: al comenzar está, que es la mas esencial, cometerá continuamente mil errores, si antes no se ha ejercitado atentamente por algunos años en visitar enfermos: obligación importante que debe imponerse de an-

temano como la única que puede iniciarlo en la práctica de su arte. No le basta haber asistido algunos meses á las visitas de los hospitales, unas veces de prisa y otras sin órden ni concierto. Bien conozco que un jóven no sacará las mayores utilidades de visitar los enfermos, sin conocer los rudimentos de la Medicina; pero digo que no es de ningun modo incompatible el que reúna á sus primeros cursos el estudio de la práctica; al contrario, recogerá de este trabajo el fruto que dexamos referido. Por otra parte el poco tiempo que se concede ordinariamente al estudio de la Medicina no permite tampoco separar estos dos estudios.

Un Médico que ha seguido este plan, y no ha sujetado su entendimiento á ningun sistema, porque ha visto un testimonio diario de su inestabilidad, en lugar de hacerse en lo sucesivo presuntuoso y dogmático, se hace modesto, y aprende á desconfiarse de sí mis-

mo. Si se le desgracia un enfermo, se aflige interiormente, y siente haber ignorado los remedios eficaces para haberlo conservado; rara vez se persuade que vino la muerte por la imposibilidad de curar la enfermedad. En efecto, hay tan pocas de estas que puedan decirse rigorosamente incurables por su naturaleza, que yo querría que esta palabra no ofreciese otra idea que la de una enfermedad que no se sabe cómo se debe curar. ¿Cuántos enfermos se han enviado á los hospitales como incurables, que á pesar de esto, pasado algun tiempo han recobrado su salud; ya por los esfuerzos solos de la naturaleza, ya por medio de algunos medicamentos muy simples, y muchas veces por los que casualmente dispuso un empírico ignorante? Afirmar que hay enfermedades incurables¹ es dar acogida á la indolencia y á la pereza; es que-

1 Bacon.

rer sancionarlas como una ley , es poner la ignorancia al abrigo de la crítica severa. Esta desconfianza de nuestra sabiduría, junto con un juicio imparcial de la imperfeccion actual de nuestra arte, debe excitar nuestra emulacion á aumentar sus progresos no solamente en obsequio del arte misma , sino por amor y deber á la humanidad. Confieso que si esta desconfianza no va acompañada de firmeza de ánimo y resolucion puede ser perjudicial al Médico, haciéndole titubear en la práctica. Pero aunque la verdadera Filosofia nos la aconseje, igualmente que la prudencia, con particularidad quando se trata de formar los principios que en adelante nos han de gobernar ; sin embargo, quando se presenta la ocasion de obrar, una y otra nos muestran quan necesario es tener un ojo penetrante y perspicaz para distinguir hácia qué lado se inclina la mayor probabilidad del suceso, y obrar en consecuencia con

la mas pronta y firme determinacion que conviene.

No es muy difícil al que profesa un arte evitar los inconvenientes que se derivan ordinariamente de los sistemas, porque es de su obligacion en qualquiera materia que tenga que tratar hacer una plena descripcion de los hechos, separando los que exísten verdaderamente de los que son solo supuestos, y ordenándolos de modo que puedan conducir al descubrimiento de las causas y principios generales. Si no es posible establecerlos deduciéndolos legítimamente por una consecuencia inmediata, entonces le es permitido proponer una hipótesis; pero alegando las razones de su probabilidad, sin dexar al mismo tiempo de hacer presentes con imparcialidad todas las objeciones que pueden hacerse contra ella. En lugar de ocultar artificiosamente las imperfecciones del arte, deberá descubrirlas atentamente, y tomarse el trabajo de in-

dicar algunas observaciones y experimentos que se dirijan á corregirlas. Conociendo el ardor y credulidad de la juventud, su inclinacion á lo maravilloso , y ligereza en admitir los hechos, debe armarla contra los errores á que la exponen semejantes disposiciones naturales, y procurar con cautela vencer la fuerte inclinacion con que un jóven desea entregarse al estudio de aquellas materias que halagan la imaginacion, dirigiendo este fuego de la edad hácia otras , cuyo conocimiento le sea verdaderamente útil y necesario, que prometan campo á las observaciones y descubrimientos interesantes, y que sean realmente importantes y provechosas.

Las observaciones que acabo de hacer, inspiradas por una noble libertad, no serán indignas del espíritu filosófico que distingue á los profesores de todas ciencias, y que en ninguna parte brilla tanto como en esta universidad, á

la que en gran parte debo mi educacion; pero entre todas las obligaciones á que le soy deudor, á ninguna confieso mi gratitud con mas complacencia que á este espíritu de libertad que ha sabido transmitirse, y por el que ella se ha distinguido siempre.

Pero volviendo á nuestro intento, procuraré hacer ver lo perjudicial que ha sido á los progresos de nuestra arte el limitar el estudio y práctica de la Medicina á una clase de hombres que viven de ella por estado.

No hay cosa que pueda contribuir mas eficazmente á los progresos de un arte que hacer ver á los que lo practican el interes que á ellos mismos resulta de contribuir á su perfeccion; pero sucede por desgracia que esta atencion que necesariamente debe merecernos nuestro interes particular, viene á ser incompatible con aquel espíritu y aplicacion que exíge la ciencia para sus adelantamientos: los mismos motivos

que mueven en general las operaciones de los hombres, influyen igualmente en las de los Médicos: unos aman la Medicina, é invertirian con el mayor gusto en su estudio todo el tiempo y aplicacion que les permitiese su situacion: otros la exercen como exercerian otro oficio qualquiera. Pero háy en nuestra profesion una singularidad muy notable: el artista mas ordinario no tiene otro medio para distinguirse en su estado que el de sobresalir por su habilidad, porque el público es su único juez, y si es mal artesano, no tendrá ni obras que trabajar, ni esperanza de lograr reputacion. ¿Puede ninguno brillar en el foro, sin acreditar en el tribunal los talentos de un hábil abogado? Allí debe dar todos los dias pruebas evidentes de su erudicion, de su buena fe y de su eloqüencia, que el público juzga y estima segun su justo valor: el eclesiástico no se exíme tampoco de reconocer á este mismo juez por reu-

lador de su mérito. En una palabra, al público es siempre á quien compete en propiedad el derecho de apreciar los talentos de un miembro de qualquiera profesion , y en general la recompensa es siempre justa y proporcionada á su mérito. La Medicina solamente es la ciencia que ha sabido substraerse á los ojos del pueblo; porque se ha hecho como forzoso exercer este arte tan privadamente , que es muy difícil al público poder dar la justa estimacion que merece la habilidad de un Médico, juzgando por los buenos sucesos de su práctica ; así es que no hay profesion en que la recompensa del mérito sea tan incierta. Pues aunque un Médico no tenga mas que conocimientos superficiales en la práctica : si sabe manejarse con política y con prudencia, puede adquirir crédito y reputacion para con el pueblo; lo que no tiene nada de extraordinario, si en general pasa por hombre de talento y habilidad en

otras materias , porque se cree que esta habilidad debe extenderse y recaer sobre su profesion. Pero lo mas singular y extraño es ver, como sucede todos los dias, que algunos han alcanzado mucha reputacion , los quales lejos de poseer ciencia ni disposicion para nada , pasáron siempre entre todos por hombres limitados y de ninguna capacidad. Es preciso confesar que tienen de la Medicina una idea muy extraña los que se determinan á poner su vida entre las manos de un hombre, que se mira en otros casos como inhábil para la menor empresa que exíge algun juicio y racionalidad. Es fácil conocer por qué la privacion de la recompensa justamente debida al mérito , debe ser perjudicial á los progresos de la Medicina; pues por poco conocimiento que tenga un Médico del mundo, no le es difícil llegar á comprehender que el arte mas favorable á sus intereses privados no es propiamente el de su profe-

sion; sino que lo mas esencial para este intento es el arte de insinuarse, la ostentacion, el trato cortesano. Este modo de pensar es ciertamente muy ageno del verdadero mérito, y muy poco conforme con los fines de la facultad; pero sabe que por mucha consideracion que alcanzase como Médico, no encontrará fácilmente un protector, porque no tiene otros jueces que los miembros de su misma profesion, á quienes su interes personal sugiere las mas veces el de mantener oculto toda clase de mérito extraño.

No se entienda por lo que acabo de decir que haya sido otra mi intencion que la de dar á conocer los abusos que resultan naturalmente de permitir á los Médicos exclusivamente la facultad de juzgar del mérito de sus compañeros; porque es exponer la virtud humana á la prueba mas delicada; es pecar contra las máximas mas simples de la prudencia y de la humanidad de-

zar la formacion de un proceso á jueces que tienen interes en condenar al delinqüente. Lejos de mí la intencion de querer insinuar en esto los procedimientos de todos los individuos de mi profesion; aquella nota es aplicable á todos los estados. Conozco muchos entre mis compañeros cuya virtud puede pasar por la prueba mas severa; y es muy raro que el verdadero ingenio de que está dotado un hombre dexee de comunicar á todas sus acciones aquella elevacion propia de las almas grandes, haciéndolas tan superiores á las sugestiones de la envidia y del interes, como á los baxos artificios de la disimulacion. Las dificultades que tienen que vencer los Médicos de título, quando quieren introducir algun descubrimiento útil en la práctica, es una de las principales causas que obliga, aun á los que se sienten inflamados de un verdadero amor á la profesion, á dirigir su aplicacion hácia otra qual-

quiera de las partes que forman la Medicina, que preveen poder cultivar mas libremente y con mas seguridad. ¿En qué ramo de la Medicina no se han hecho útiles y numerosos descubrimientos? ¿Y cuánto mas rápidos no hubieran sido los progresos de la Medicina práctica, si igualmente que en los otros ramos hubiera sido permitido á los Médicos promoverlos y adelantarlos baxo la proteccion y exámen de personas capaces de juzgar de su mérito, exêntas de emulacion, y hallándose por su estado al abrigo de incurrir en ningun motivo vil de desacreditarlos?

Seria de desear que los hombres dotados de ingenio empleasen en el estudio de la naturaleza la mitad del tiempo que emplean en aprender opiniones. Para un jóven que se siente con disposicion y gusto para observar, no hay estudio mas importante ni mas ameno que el que le ofrece la historia

natural; y entre todas las partes de esta ciencia no hay ninguna que le presente mas dilatado campo para exercitar su ingenio y experimentar su talento, que la que tiene relacion con su arte. Si tales hombres reclamasen el derecho que tienen en el exámen de una materia que con tanta propiedad les pertenece, y se entregasen enteramente á ella, no tardarian en verse resultar para la Medicina los mejores efectos; su interés no se distinguiria de el del arte; levantarian el velo que sirve de máscara á la ignorancia presuntuosa; serian los jueces y protectores del mérito modesto. Ocurren con mucha frecuencia casos en que el Médico ve con dolor que su enfermo se va encaminando hácia el sepulcro: sabe de un remedio con que presume podria salvarle la vida; pero sucede ordinariamente que este remedio no corre en la práctica, y que es expuesto querer probar sus efectos: en este ca-

so no puede prescindir de este dilema que le intimida en su situacion crítica: si dispone el remedio, y el enfermo se muere, se expone á la pérdida de su reputacion y al riesgo de su ruina, porque la malignidad vela siempre sobre su conducta; pero si este órden de cosas llegara á mudar, y se viese reemplazado por una clase de hombres mas venturosos, que se dedicaran al estudio de la Medicina, entonces la confianza que pondria en el zelo y proteccion de estos jueces desinteresados, le inspiraria en su práctica la animosa intrepidez que necesitaba. Estos jueces, que habian roto las cadenas de la juventud, á quienes la autoridad no podria intimidar, ni el interes mover, exâminarian con libertad los principios comunmente recibidos en Medicina, y expondrían la poca solidez de aquellas máximas recibidas, contra las que un Médico parece apenas atreverse á formar la menor duda.

El jóven que se dedica al estudio de la Medicina, considerándola solamente como una parte interesante de la Filosofía natural, tiene á su favor algunas ventajas sobre el Médico que hace de ella profesion: pues las obligaciones y fatigas que exíge una práctica numerosa apenas le dexan á este mas lugar que para atender á aquellas materias que tienen directamente conexión con el caso que le ocupa; ni posee siempre aquella tranquilidad de ánimo, que tanto se requiere para toda especie de especulacion, principalmente quando es preciso trazar y conducir la serie de observaciones y experimentos que se necesitan para adquirir la experiencia. Ningun escritor sondeó mejor el dilatado campo de la Medicina, ni conoció mejor sus defectos y medios de rectificarlos que el Lord Bacon: también debe mucho este arte al Doctor Haller, el qual, ademas de haberla enriquecido con muchos experi-

rimentos , y haber indicado diferentes medios de perfeccionar muchas de sus partes , las que han hecho desde su tiempo notables progresos, nos dexó sobre todo un excelente modelo de observaciones ingeniosas hechas con toda delicadeza y fundadas en la experiencia. Cornaro, noble Veneciano, compuso casi á la edad de ochenta años, un tratadito sobre la dieta, en que se nota un candor, sencillez y precision muy singular. Con mas satisfaccion citaria en este lugar á Mr. Boyle, si su sobrada credulidad no disminuyese un poco la alta opinion que le merece su ingenio, su actividad, no menos que otras muchas de sus virtudes.

Pero para no insistir mas tiempo en acumular pruebas convincentes de los pocos progresos que puede esperar nuestro arte de su estado actual, considerando el limitado círculo á que se halla reducido , me contentaré con observar , como resulta de la historia de

la Medicina , que rara vez fue deudora esta ciencia del menor adelantamiento á aquellos Médicos que se dicen *regulares , sistemáticos , prácticos racionales* ; que por el contrario resulta , y esto es muy singular , que las mas veces se opusieron estos á sus progresos con argumentos vanos y especiosos , de lo que ofrecian buena prueba los casos que tenemos en los vexigatorios , en las opiatas , en la quina , en el antimonio , en el mercurio , en la inoculacion de las viruelas , y aun acaso en el método de usar el ayre en las calenturas. La pura casualidad es la que nos presentó muchos descubrimientos relativos á la curacion de las enfermedades. Los naturales de la América y otras naciones groseras son los que nos han comunicado algunos remedios saludables ; pero hasta estos últimos tiempos hubiera sido muy difícil señalar algunos descubrimientos sólidos y útiles para la práctica , que pudiese decirse

eran un resultado del raciocinio , ni de una serie regular de observaciones y experimentos. Si el uso habia adoptado cierto número de ellos , no eran sino aquellos que acogidos y depositados entre las manos de todos , debian esperar su mérito de la experiencia, y que en lugar de estar fundados en observaciones y hechos repetidos escrupulosamente, no tenian por apoyo mas que la celebridad de sus autores, ó la Filosofía dominante de su tiempo.

Por otra parte tenemos mas de una razon para condolernos de que los descubrimientos hechos por personas que no estan recibidas por miembros de la profesion, no han sido siempre exâminados con aquella franca imparcialidad que exîgia su importancia y su crédito , pues de los trabajos de estos hombres pudieran resultarnos otros descubrimientos todavia mas esenciales. En efecto , aun los mismos charlatanes en quanto á la práctica , tienen á su fa-

vor algunas ventajas que no pueden hallarse en los Médicos aprobados , por la razon de que aquellos tienen poco que temer, tanto en sus intereses, como en su reputacion, en caso de que sus experimentos no correspondan con su intento ; á lo que se junta la mayor práctica y exercicio que tienen en el trato de los enfermos. Convengo en que la ignorancia é inatencion de la mayor parte de estos hombres no les permite adquirir de su experiencia , así como de su libre y desembarazada práctica, mas que una parte bien pequeña del fruto que deberia esperarse ; y confieso igualmente que la relacion que hacen de sus curaciones no es siempre la mas fiel ni la mas digna de fe. Pero el Médico está siempre obligado , si desea con zelo su instruccion, á recoger de todas partes los conocimientos que necesita, por impura y despreciable que sea la fuente de donde estos se deriven ; pues de este modo podrá sa-

car provecho hasta de la grande experiencia del charlatan, lo que este no podrá hacer de la suya, aunque le viniere deseo de ejecutarlo. De los químicos vagabundos, y entre los mas baxos artesanos, y no de las escuelas de Filosofía, fue de donde sacó Mr. Boyle aquella vasta y preciosa coleccion de hechos con que enriqueció diversas ciencias. Sin embargo, debo notar aquí no sin mucha satisfaccion mia, que esta noble libertad de pensar y exâminar, que ha ilustrado todas las demas partes de la ciencia de la naturaleza, comienza á rayar en nuestros dias en el horizonte de la Medicina; que la tiranía y autoridad de los sistemas que hasta aquí la esclavizaron, comienza sensiblemente á decaer; y que otra aurora mas brillante nos anuncia el dia en que el edificio naciente de esta ciencia será reedificado sobre una basa mas sólida, que es la de la naturaleza, de los hechos y de las conseqüencias de-

ducidas inmediatamente de estos.

Los que quieren persuadirnos que el estudio de la Medicina debe limitarse únicamente á una clase de hombres que vivan de su ejercicio como de su verdadera profesion , dicen que esta ciencia es tan abstracta que solo pueden comprehenderla aquellos que consagran á este estudio toda su aplicacion y tiempo , alegando por prueba los pocos progresos que ha hecho á pesar de los trabajos y desvelos de tantos hombres de ingenio y de mérito como la han cultivado: añaden que estimulando á este estudio otras personas que las que han cursado metódicamente la carrera , y que no hiciesen ánimo de abrazarla como profesion , seria aumentar el número de los charlatanes , y los enfermos perderian aquella confianza en el Médico tan necesaria en muchísimos casos; finalmente , oponen que un conocimiento superficial de la Medicina solo contribuiria á llenar el espíritu del

pueblo de enfermedades imaginarias, no menos que de temor y sobresalto á la mas ligera indisposicion.

Estas razones han parecido tan poderosas á algunos miembros de nuestra profesion, que nunca miráron con indiferencia á ninguno que se ocupaba en tratar puntos de la facultad; su vigilancia y zelo les hiciéron declamar contra este abuso, y aun valerse de todos los medios de ridiculizar sus operaciones, por mas que se viese que no tenian otro fin que el alivio de la humanidad. Esto; muy lejos de atribuir semejante conducta á algun intento baxo y poco decoroso: los talentos sublimes engendran un espíritu noble y generoso que lo hacen superior á la menor sombra de sospecha, y no hay profesion que pueda alabarse de poseer mas hombres de ingenio, de erudicion y de mejor educacion que la Medicina. Pero pareciéndome que las razones expuestas para aislar el estudio de la facultad no son

enteramente concluyentes, me tomaré la libertad de exâminarlas cada una en particular.

Me parece que en quanto al primer punto es demasiado exâgerar las dificultades que hallaria un jóven, que sin destinarse á exercer la Medicina, quisiese adquirir en esta ciencia algunos conocimientos importantes: las hay ciertamente verdaderas é inevitables; pero por la mayor parte ó son imaginarias, ó únicamente provienen del lenguaje misterioso, no menos que del estilo afectado y obscuro, de que siempre hiciéron ostentacion los escritores Médicos, llenando sus obras de términos técnicos, bárbaros y de especulaciones inútiles ó inaplicables á la práctica. La Medicina considerada bajo este concepto, es una ciencia sin límites; pero esto no debe impedir á ninguno el dedicarse á cultivar su estudio, porque lo mismo puede decirse de qualquiera otro ramo de las ciencias

naturales : no hay ninguno de estos que no nos haga conocer tantas mas dificultades , quanto mas nos internamos en él , mostrándonos todos los dias hasta donde podrian llevarse sus adelantamientos. Sin embargo, el argumento que se dirige á probar la dificultad y complicacion del arte, fundándose en la lentitud de sus progresos , á pesar de los trabajos reunidos de tantos Médicos como se han dedicado únicamente á este estudio , se puede destruir sin mucha dificultad, atendiendo á esta simple observacion, que si por Medicina se entiende el arte de conservar la salud y curar las enfermedades, la verdad es que son muy pocos los Médicos dotados de ingenio que han tratado de cultivarla, y entre los pocos que lo intentáron, abrazáron un partido para llegar á este fin , que probablemente no podia prometerles ningun suceso.

No habrá quien no confiese de bue-

na fe que un Médico que ha estudiado metódicamente las diferentes partes de la Medicina, debe llevar ventajas muy superiores, aun en la práctica, á otro qualquiera que se ha aplicado á este estudio sin tanto cuidado; pero no se sigue de esto, que sin estar perfectamente instruido en todas sus partes, no se puedan adquirir conocimientos suficientes en la práctica para ser útil en caso de faltar el auxilio de un Médico instruido. En efecto, para un jóven de buenos principios y algunos conocimientos, no debe ser una cosa muy difícil aprender en los elementos de Medicina lo que necesita para poder entender los mejores autores que han escrito sobre esta materia, y juzgar del mérito del Médico á quien confia el cuidado de su salud, de las personas que ama ó que estan á su cargo. Es difícil poder determinar qué grado de instruccion necesaria semejante discípulo antes de poder preten-

der ejercer la práctica , como hemos insinuado arriba; lo mas que se puede exígir de él será que hubiese llegado á aquel en que se hallan ordinariamente los prácticos de mejor nota, ó al que se juzgue unánimemente necesario por los Médicos que han cursado en diversas escuelas , y seguido sus diferentes teorías. Baxo de este concepto es evidente que por lo tocante á conocimientos anatómicos , solo tendria necesidad de los que se requieren para comprender la economía en su estado de salud y de enfermedad; que deberia tener principios de Química, particularmente de su aplicacion á la Farmacia y otras partes de la Medicina; que deberia conocer la historia de las enfermedades, y en especial aquellas circunstancias características que sirven para distinguirlas quando se presentan semejantes en apariencia, siendo distintas en la realidad, y exigiendo diverso método curativo; y en fin, debe-

rá conocer la naturaleza de los remedios usuales. Estos conocimientos le serán fáciles de adquirir consultando aquellos autores que mas se han distinguido por su sagacidad, ingenio y buena fe; pero sobre todo por la observacion y la experiencia, que son las fuentes mas puras de la Medicina. La familiaridad y conversacion de un Médico hábil y experimentado le serán tambien de suma utilidad, principalmente si este se toma el cuidado de dirigirle en sus estudios, y hacerle distinguir los hechos verdaderos de los supuestos, y enseñarle á elegir entre el caos de confusion en que yace la Medicina, aquello que verdaderamente puede solo serle útil. Un curso de estudios tal como el que acabo de describir, aunque inmenso á primera vista, no lo es verdaderamente para los que desean y aman vivamente su instruccion, teniendo, como hemos supuesto, algunos conocimientos y principios de su buena edu-

cacion. Es cierto que á cada paso ocurren en la práctica casos difíciles y complicados que exigen todo el discernimiento del Médico mas diestro ; pero qualquiera que tenga alguna inteligencia, y no carezca de talento, puede sin mucho trabajo reunir en su espíritu los principios generales de Medicina, tanto teórica como práctica, si los hechos en que se apoyan se han explicado plenamente y con toda claridad.

Ni tiene mas fundamento que las precedentes la objecion tomada de que si el campo de la Medicina se abriese como en las demas ciencias á todo el mundo, se aumentaria por este medio el número de los charlatanes, y se disminuiria en la misma razon la autoridad de los Médicos. No es posible limitar la práctica de la Medicina á los Médicos aprobados solamente. Todos los dias vemos que no siempre es dable á los infelices enfermos poder gozar del auxilio de un Médico de la fa-

cultad ; ¿y no seria una crueldad querer privarlos del uso de ciertos remedios que verosímilmente podrian aliviarlos, ó impedir que un amigo ó un asistente los socorriese en semejante situacion? Pero como en tales casos sucede siempre que qualquiera de las personas que se hallan presentes mandan los remedios que creen convenientes segun las circunstancias, se trata solo de saber si el arte deberá acudir con sus socorros á estos enfermos, ó si será mejor abandonarlos á los remedios que les dicte su capricho. Si se les niega la asistencia del arte, y se hubiesen de abandonar á sola la naturaleza todas aquellas enfermedades que no pudieran ser consultadas con el Médico, estos tendrian una excusa laudable para perpetuar en secreto su ignorancia, porque alegarian que basta la simple naturaleza sin ningun auxilio del arte para executar por sí sola mas curaciones que todos los remedios aventurados por per-

sonas que solo tienen de la Medicina conocimientos imperfectos. Pero no sucede así verdaderamente en ningun caso en que la enfermedad es de alguna consecuencia. Pondré un exemplo , exponiendo el modo de que generalmente se vale el vulgo para curarse sus calenturas , quando no puede lograr la asistencia del Médico. Se pone ordinariamente al miserable enfermo en un quarto cerrado con el mayor cuidado, ó tapiado por mejor decir, en donde solo se respira un ayre caliente y corrompido: no se omite medio alguno para excitar el sudor: se le carga de ropa, y tal vez se le obliga á beber licores fuertes y espirituosos, ó una gran cantidad de cocimiento caliente de harina de cebada mondada, aunque su estómago lo repugne , y le cause flatos y opresiones. Si por el mucho calor , ó arrebatado del delirio intenta salirse de la cama , se le sujeta á ella por fuerza , y no se le permite mudar de sá-

banas ni camisa hasta que la calentura haya faltado enteramente. Por este medio el ayre se altera mas y mas , agravando todos los síntomas , y haciendo la enfermedad contagiosa. Tales son los casos en que por no ser los enfermos asistidos de Médico , y porque no toman remedios , se dice haber dexado á la naturaleza la curacion de la enfermedad : ¿ pero no es este un error ? Si realmente hubiera sido así , se hubiera tratado al enfermo de un modo muy diferente ; se le hubiera concedido quanto hubiese apetecido ; hubiera respirado un buen ayre , un ayre fresco ; no se le hubiera atormentado , obligándole á tomar mas bebidas de las que hubiese deseado ; quando hubiese pedido agua fria ó cerveza , se le hubiera dado quanta hubiese apetecido ; hubiera salido de la cama á su voluntad á respirar el ayre libre ; no hubiera tenido mas ropa que la que le hubiese acomodado , pudiendo á su libertad des-

hacerse de la que le molestase; hubie-
ra mudado de camisa todos los dias, y
todo habria respirado al rededor suyo
limpieza y aseo; ¿ cuántas enfermeda-
des no nos pueden ofrecer el mismo
ejemplo? Está tan lejos de poderse de-
cir que en los casos en que no se con-
sulta al Médico, se dexan las enferme-
dades á la naturaleza, que al contrario
se atormenta por lo comun á los infe-
lices enfermos con una infinidad de re-
medios, recomendados como infalibles
por un charlatan, ó por el zelo indis-
creto de un amigo oficioso y diligente.

No me parece deber pasar por alto
en esta ocasion una preocupacion que
reyna tambien contra los Médicos, acu-
sándolos de que desprecian ó desapru-
eban siempre toda suerte de remedios,
quando los que los proponen no son
miembros de la facultad, ó principal-
mente quando dichos remedios estan
recibidos como secretos; pero sin me-
terme en averiguar si esto sucederia así

otras veces, ó si realmente sucede todavía entre algunos individuos, diré siempre que esta imputacion por lo general es infundada. Porque ningun miembro de nuestra profesion se niega nunca á exâminar con imparcialidad qualquier remedio que se le propone y que promete alguna utilidad; lo digo con confianza de todos los que exercen la Medicina en el Imperio Británico, porque en general es aquí en donde se práctica con mas franqueza y humanidad; pero seria hacer poco honor á sus conocimientos, y aun á la razon, si habian de dar crédito á tantas curaciones extraordinarias y maravillosas como todos los dias ponderan los ignorantes para cautivar la credulidad del género humano.

Si hay algunos que impidan á los Médicos en los principios de su práctica poner en execucion todo lo que creen poder contribuir al restablecimiento del enfermo, no son segura-

mente aquellos que con sus conocimientos y educacion pueden dar mas fuerza , y hacer mas respetables sus opiniones , sino los ignorantes y fanáticos, y de consiguiente los mas presuntuosos de los hombres. Tampoco tienen que temer los Médicos la menor usurpacion, de que los estudiosos se dediquen un poco á la Medicina , porque estos no podrán menos de ser modestos y circunspectos, atendido el grado de instruccion que pueden haber adquirido en esta materia, ni se descuidarán en ningun caso en recurrir á la asistencia de un Médico hábil y experimentado, respetando siempre su parecer, y dando con su aprobacion mas autoridad á sus prescripciones; al paso que por otra parte podrán sugerir al mas experto de la profesion avisos útiles que le pueden gobernar. Supongamos dos Médicos en el principio de su práctica , ambos igualmente adornados de buenos conocimientos y de la mejor instruccion;

pero uno patrocinado, protegido y defendido por los verdaderos jueces de sus talentos, y el otro privado de estos auxilios, y entregado á las preocupaciones y caprichos de los ignorantes y de los impertinentes que se meten á juzgar de todo: ¿qué hombre sensible dexará de ver quan agradable y lisonjera es la situacion del primero, y quan digna de compasion la del segundo?

Tales son las razones por las cuales he procurado hacer ver, que lejos de resultar el menor perjuicio á la profesion de dexar abierto el campo de la Medicina á qualquiera que quisiese dedicarse á su estudio con alguna instruccion y talento, sin pretender ejercerla como Médico, seria favorecer y extender los intereses de la humanidad, conspirar á los progresos de la facultad, mantener mas eficazmente su dignidad, y asegurar á cada individuo con mucha mas certeza el suceso que

le es debido en razon de su verdadero mérito.

Acabo de exponer sinceramente mis opiniones, de las quales me parece resultará á la verdad, que no ha sido mi intento disminuir en nada la dignidad de una profesion que mereció en todos tiempos la mas honorífica é importante consideracion; pero he creido que su dignidad y esplendor no debian estar vilmente sostenidas por el espíritu baxo é interesado de sus miembros, ni mendigar su crédito en las frívolas exterioridades del trage, ni en la ridícula afectacion de gestos misteriosos, graves y presumidos. La verdadera dignidad de la Medicina no puede consistir ni recaer sobre la persona de los que la profesan, sino en tanto que estos la sostengan con la superioridad de sus talentos, con la extension de sus conocimientos, con sus buenas costumbres y franqueza, y que inflamados de aquel espíritu de candor que aborrece toda

especie de simulacion y artificio , acrediten en sus pensamientos la noble libertad que los anima. Con estas armas la Medicina no tendrá que temer tantas sátiras injustas y frecuentes críticas, á las quales, no sin descrédito suyo, estuvo expuesta por tanto tiempo.